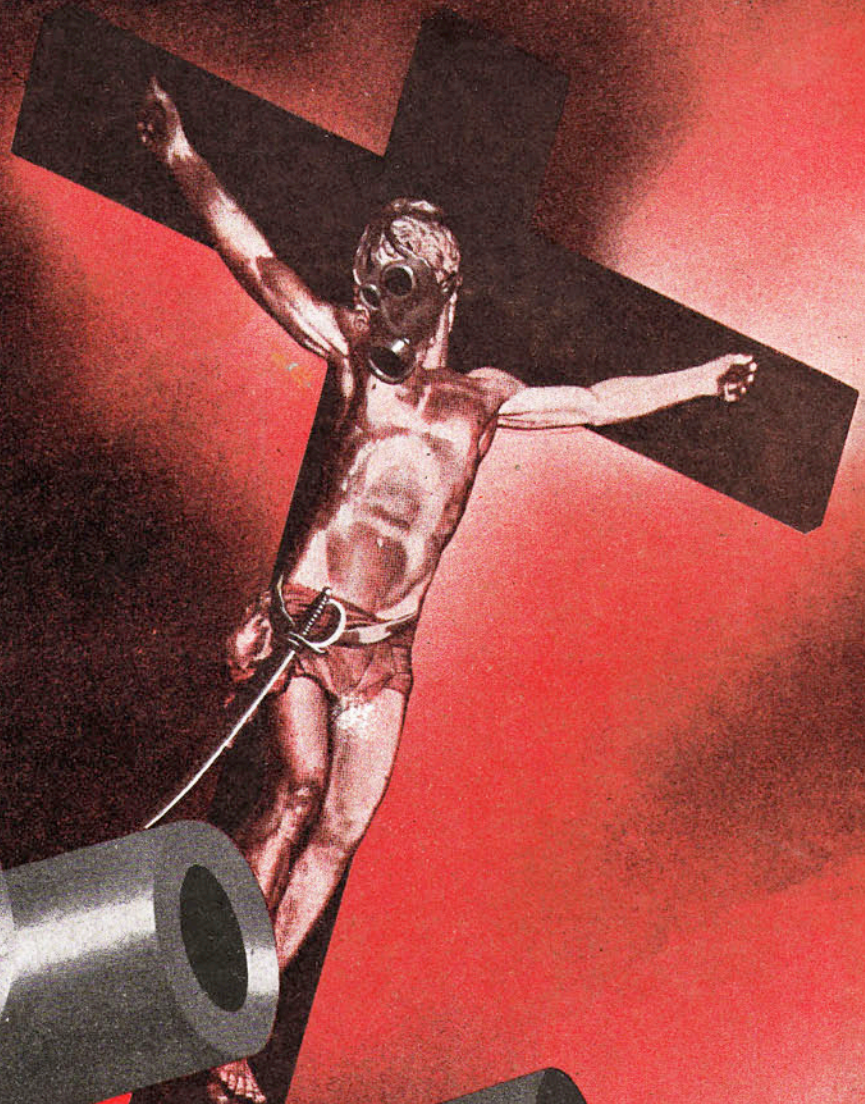


Estudios

Estalbac
No. 122-1933



renau

en este número
"PAGINAS NEGRAS DE LA GUERRA"
sensacional
informacion
grafica

50cts.

¡Ayude usted a ESTUDIOS comprando sus libros!

La Biblioteca ESTUDIOS tiene como especial misión la de ayudar al sostenimiento de esta Revista por medio de la venta de sus libros, cuyo producto se destina íntegro a sufragar el déficit que supone cada número, pues no tiene ni admite otros ingresos que los de la venta de sus ejemplares, y estos ingresos no llegan, ni en mucho, a compensar el coste y demás gastos de su impresión.

Rogamos, por tanto, a los lectores de ESTUDIOS compren y recomienden los libros aquí mencionados, si desean ayudar a ESTUDIOS en su labor educativa.

Esta biblioteca editará siempre obras de indiscutible valor literario y cultural y de utilidad para la vida privada, selectamente escogidas de entre los autores de reconocido prestigio universal.

Además, los corresponsales y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los descuentos señalados, pudiendo, por tanto, adquirir excelentes obras en ventajosas condiciones.

Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 30 por 100 de descuento, y el 20 por 100 en las obras encuadernadas. En los diccionarios, el 15 por 100.

Gastos de envío, a cargo del comprador.

Se envía el Catálogo General gratis a quien lo solicite.

PARA TODO PEDIDO DE LIBROS ES CONDICION INDISPENSABLE EL PAGO POR ANTICIPADO.—

Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicarse que se haga el envío a Reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado.

LAS SUSCRIPCIONES SE ABONARAN POR AÑOS ANTICIPADOS (12 NUMEROS, COMPRENDIDO EL EXTRAORDINARIO DE 1.º DE AÑO, 6'50 PESETAS PARA ESPAÑA, PORTUGAL Y AMERICA, Y 8 PESETAS PARA LOS DEMAS PAISES).

Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

Toda correspondencia, giros, etc., diríjense a: J. JUAN PASTOR. Apartado 158. — VALENCIA

Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento en rústica, y el 20 por 100 en tela

CONOCIMIENTOS UTILES

EDUCACION E HIGIENE

El exceso de población y el problema

sexual, por G. Hardy. Obra importantísima sobre los medios más modernos y científicos para evitar el embarazo y sobre los procedimientos abortivos. Verdadera enciclopedia sexual. Ilustrada con 66 grabados en negro y cinco láminas a tricolor 10 12

Enfermedades sexuales, por el doctor

Lázaro Sirlin. Segunda edición 1

Medios para evitar el embarazo, por

G. Hardy. Segunda edición 3'50 5

La mujer, el amor y el sexo, por Jean

Marestan 1

Educación sexual de los jóvenes, por el

doctor Mayoux. Segunda edición 2 3'50

Amor sin peligros, por el Dr. W. Wasro-

che. Segunda edición 2 3'50

Generación consciente, por Frank Sutor.

Embriología, por el doctor Isaac Puente 3'50 5

El veneno maldito, Dr. F. Elosu 1

Eugénica, por Luis Huerta 2

Libertad sexual de las mujeres, por

Julio R. Barcos. Cuarta edición 3 4'50

El a b c de la puericultura moderna,

por el doctor Marcel Prunier 1

El alcohol y el tabaco, por León Tolstoi.

La maternidad consciente. Papel de la

mujer en el mejoramiento de la raza, por Manuel Devaldés 2 3'50

La educación sexual, por Jean Marestan... .. 3'50 5

Sexualismo libertario (Amor libre), por

E. Pagán 1

La educación sexual y la diferencia-

ción sexual, por el doctor Gregorio

Marañón... .. 0'50

Lo que debe saber toda joven, por la

doctora Mary Wood 1 2'50

Educación y crianza de los niños, por

Luis Khune 0'75

Camino de perfección, por Carlos Brandt.

La expresión del rostro, Luis Khune 2 3'50

NOVELAS - SOCIOLOGIA - CRITICA

Gandhi, animador de la India, por Higi-

nio Noja Ruiz 1'50 3

Como el caballo de Atiav, por Higinio

Noja Ruiz 5 6'50

La que supo vivir su amor, por Higinio

Noja Ruiz 4 5'50

Hacia una nueva organización social,

por Higinio Noja Ruiz 2 3'50

El botón de fuego, por José López Monte-

negro 3 4'50

Un puente sobre el abismo, por Higinio

Noja Ruiz 2 3'50

La muñeca, por F. Caro Crespo 1'50

La desocupación y la maquinaria, por

J. A. Mac Donald. Segunda edición 1'50 3

La vida de un hombre innecesario (La

policía secreta del zar), por Máximo Gorki.

El año 2000, por Edward Bellamy 2 3'50

La conquista del pan, por Kropotkin 1'50 3

En rústica En tela

Estudios

Revista ecléctica

Publicación mensual

— Octubre
Año XI 1933
Núm. 122

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
APARTADO 158.-VALENCIA

Actualidad

Dionysios

Jamás se había elogiado tanto a la clase media, en España, como desde que se proclamó la República. ¿Por halagar al que está en el Poder? Sin duda. Como la mayoría de los que escriben pertenecen a esa clase, se elogian, por otra parte, a sí mismos. ¿Tan poco valen como intelectuales que han de alabarse por algo tan ínfimo como pertenecer a la clase indudablemente menos respetable de todas?

No es preciso, me parece, hacer historia de por qué es la menos respetable. Todo lo feo de las sociedades sobrevive gracias a ella. Siempre ha sido y será el obstáculo más poderoso para cualquier transformación.

¿En qué virtudes tuyas, por lo tanto, se funda ese elogio persistente que advertimos de dos años a esta parte?

A la de las ciudades se le llama sostén de la renovación española; a la de los pueblos, único medio de regeneración de las masas aldeanas. ¿No será hora de salir al paso de esa estupidez?

Entre los muchos argumentos que se me ocurren para ello, prefiero contar al lector una historia que podría titularse *Historia de una mujer guapa*. Debo su conocimiento a un notabilísimo escritor, incapaz de mentir y que ha seguido su desarrollo durante varios años, para escribir una novela que será, lo aseguro, una obra maestra.

Cuando apenas era moza casaron sus padres a la mujer guapa, sin consultarla, con un barbero establecido que había estudiado, ade-

más, en la corte, lo necesario para ser practicante. Un hombre así, en un pueblo, es un representante típico de la clase media.

Su padre, bastante bien acomodado, no había intervenido en la boda. Dos años después de celebrada ésta se informó de quién era su nuera, y escribió a su hijo: «He sabido que tu mujer es muy decente, pero que su familia no tiene ni un céntimo. Preferiría que fuese menos decente y que tuviera algunos cuartos. Sé que te quieres venir a mi lado. Tu hijo y tú (tenían ya un niño de nueve meses) tenéis mis puertas abiertas; tu mujer, no.» El barbero cogió a su hijo y se marchó al lado de su padre, abandonando a su mujer. Esta le siguió, no por él (se emborrachaba diariamente y la apaleaba), sino por su hijo. Como el suegro no la admitiera en su casa, alquiló otra y se puso a trabajar: quería estar cerca de su hijo.

El secretario del Ayuntamiento del pueblo, el amo político de éste, protegido de diputados y ministros, hombre con títulos universitarios, es decir, otro representante típico de la clase media, se entró un anochecer en la casa de la mujer abandonada y cerró la puerta. Inútiles fueron los gritos de la infeliz demandando socorro. Todo el vecindario sabía que quien había entrado era el amo político del pueblo, esto es, el que podía llevarlos a la cárcel cuando quisiera. Las cosas no pasaron a mayores porque el secretario estaba capado, a consecuencia de una enfermedad venérea; pero el escándalo estaba

dato, que era lo que aquél quería. Todo el mundo señalaría en lo sucesivo a la pobre mujer como amante suya.

Abandonada, despreciada, ignorante de que en el mundo hay otros caminos, accedió a vivir con el secretario, segura de que así nadie le faltaría al respeto. No se engañaba en esto; pasó a ser la señora secretaria, y su amante (llamémosle así) se dió el placer a que aspiraba: mostrar como suya en todas partes a la mujer guapa.

El marido y el suegro, al ver que ya no era decente, a su juicio, y que podía disponer de dinero y de influencia, empezaron a tener para ella, en lo íntimo de su conciencia, toda clase de consideraciones. Ella, joven, robusta y sana, tenía necesidades sexuales que el secretario no satisfacía. Cayó enferma. Aquél la llevó a un pueblo vecino para que descansara. Allí la fué a buscar el marido. Para ella era quien tenía todos los derechos. Al casarla se lo habían dicho. Le hizo el marido otro hijo, y al descubrir que aun no había sacado dinero al secretario, la abandonó de nuevo. Este la recogió otra vez y volvió a lucirla. El marido intimó con él y empezó a ser visita asidua de la casa. Las necesidades sexuales de la mujer seguían, naturalmente, sin satisfacer. El marido lo adivinaba. Hizo otra criatura a su esposa, ahora sin llevársela del lado del amante, y empezó a sacarle dinero a éste. El suegro estaba en sus glorias.

Sin saber cómo, se supo el estado del secretario: y la mujer que él lucía y otro gozaba, asustándole, amenazándole con un escándalo, cada día estaba más guapa.

Los hombres del pueblo, los de la *clase baja*, se contentaban con relinchar cuando pasaban por su lado. No así los de la clase media. Formaron un cerco alrededor suyo; un cerco de deseos, de amenazas, de coacciones, de halagos, de instintos desatados; pero si ella seguía entregándose a su marido, al que aborrecía, pero al que se creía ligada por las leyes, como si él no hubiera roto todas las ligaduras, y se dejaba manosear, claro está que nada más que manosear, por el secretario, al que también se juzgaba ligada por la fatalidad, no estaba dispuesta a que nadie más la tocara en ningún sentido: tuvo que defenderse a arañazos del teniente de la Guardia civil, no sólo perteneciente, como los otros hombres que se habían atravesado en su camino, a la clase media, sino representante máximo en el pueblo, además de uno de los aspectos de la autoridad (póngase aquí

Estudios

todo lo que los líderes de la clase media dicen que significa ese aspecto de la autoridad: orden, guarda de las buenas costumbres, etc., etc.). El juez, otro representante típico de la clase media, otro hombre con títulos universitarios, sobornó a una querida que tenía el marido de la desgraciada, pagada con el dinero que éste sacaba al que era fácilmente el amante de su mujer, para que fuese a provocar a ésta, de modo tal que llegara a pegarle para tener un pretexto gracias al cual llevarla a la cárcel. Todo sucedió tal como el juez había previsto, y la secretaria, en ausencia de su amante, fué encerrada en un calabozo, en el que, poco después, se presentó el juez a ofrecer la libertad a cambio de que la infeliz se entregara a él. Nueva lucha a arañazos, repetición de la tenida con el teniente de la guardia civil. El juez no pudo lograr su objeto; tuvo que abandonar la lucha derrotado.

Pongamos punto aquí. ¿Verdad, lector, que basta?

Los tres pueblos de España en que han sucedido esos episodios repugnan'es, ¿para qué nombrarlos? Todos los pueblos de España, en ese particular, son como esos tres. Y lo que sucede en las ciudades es idéntico. No sólo en España, sino en todo el mundo. La clase media está podrida hasta los tuétanos.

Pueden seguir nuestros escritores haciendo cuantos elogios quieran: no por eso dejará de estar podrida.

Rusia actual y futura

Por Jorge Fr. Nicolai

Una de las más altas mentalidades de nuestra época, el sabio inquieto y dinámico que es Nicolai, estudia y enjuicia el régimen soviético de una manera acertadísima, como nadie hasta ahora lo había hecho, no desde el punto de vista del partidismo, sino juzgando el hecho revolucionario que ocupa la sexta parte del mundo, desde el punto de vista de su importancia histórica, y de la trascendencia que para la evolución social y para las generaciones futuras representa la creación de una nueva moral y una nueva civilización.

Precio, una peseta.

La compulsión religiosa y el instinto sexual

S. Velasco

VIII

El auge de la religiosidad y la esclavitud sexual

Es notorio que, en Caldea, el proceso modificativo de las manifestaciones de la sexualidad siguió análogos cauces a los que se pusieran de relieve al describir las costumbres de Egipto (1), y no cabe duda alguna de que los instintos genésicos, bajo el tórculo, en un principio casi subrepticio, de los propugnadores del totemismo y del fetichismo primero, y, luego, de los hechiceros que dieron nacimiento al cuerpo sacerdotal y a la religión en sus formas más elevadas, hubieron de atemperar su exteriorización a las corrientes morales artificiosas que, sucesivamente, pusieran en vigor las distintas modalidades místicas que en el pueblo caldeo fijaron sus raíces.

Pero el estudio de semejante desarrollo progresivo de la idea religiosa y del influjo que ejerciera en las relaciones sexuales, aunque constituye un tema de irresistible atractivo por la luz que podría proyectar en los planos de la prehistoria y aun en los de la Historia misma, resulta tarea ardua y prolija en la que el historiógrafo veraz no puede enfrascarse porque los elementos de investigación que se poseen y los datos en que habría que apoyarse son por demás inciertos, vagos, flotantes. Ciertamente es que, partiendo de hipótesis aventadas en el análisis de la vida de los salvajes y por los indicios aportados por los descubrimientos de los poblados y necrópolis neolíticas y eneolíticas, ha sido posible establecer, de una manera casi indubitable, la es-

tructura social de nuestros antepasados remotos y aun ha podido teorizarse con respecto a su constitución familiar y tribal; pero en aquello que constituye la base misma de la convivencia humana, en lo que atañe a las manifestaciones de la libido y a la satisfacción del impulso sexual nada ha podido vislumbrarse. Todo cuanto se ha dicho a este respecto —sin que con ello queramos restar mérito a las obras, indiscutiblemente valiosas, de bastantes investigadores eminentes— es pura fantasía, puesto que no existe documento alguno auténtico en que basar la descripción histórica.

De entre todas las teorías elaboradas en torno a tan palpitante cuestión, destaca, por su evidente falencia, aquella que presenta a la prostitución incipiente como régimen sexual de los agregados humanos primigenios. Nada está tan lejos de la verdad, por cuanto, según lo ha evidenciado con maravillosa diáfana el insigne tratadista inglés Havelock Ellis, el concepto de prostitución, que implica venalidad, es un producto de las corrientes civilizadoras, y, concretamente, de la ingerencia del hieratismo y de la mística en la regulación de las satisfacciones sexuales.

Precisamente, si algún testimonio puede extraerse de la vida de los salvajes actuales con respecto a las costumbres de nuestros predecesores remotos, es el de que, entre los primitivos, desconócese —por lo menos en aquellas tribus que conservan impólitas sus prístinas costumbres— el amor venal o interesado, y, si bien se dan algunos casos de promiscuidad y no pocos de libertad absoluta en cuanto a las satisfacciones eróticas, está comprobado que ello no implica relajación, de costumbres, depravación y mucho menos prostitución.

Un historiador ilustre, Bloch Loewens-

(1) Véanse los números 115 al 121 de ESTUDIOS.

tein (1) aseveraba que es tan inherente a los núcleos civilizados la idea de prostitución —por lo que atañe al sexo— que no puede, en modo alguno, ser aplicada a las costumbres de los salvajes por cuanto éstos, aun en aquellos casos en que se manifiesta esporádicamente un conato de especulación sexológica, no consideran degradada a la mujer que se ha entregado a tal permuta —dinero, joyas u otros objetos a cambio del goce erótico—, sino que la conceptúan como digna de admiración por haber sabido aprovechar sus encantos en beneficio propio y de la comunidad. Pero semejante actitud frente al acto de prostituirse, ni la acción misma de venta sexual, pueden ser atribuídos con certeza a los seres humanos que formaron los núcleos sociales de los primordios, a pesar de las afirmaciones un tanto dogmáticas de nuestro, en tantos conceptos admirado, amigo E. Armand (en su libro *Prostitution et Libertinage*). Y no es posible relacionar éstos con aquéllos por la sencilla razón de que las condiciones ambientales, biológicas, etc., no podían ser las mismas veinte mil años antes de nuestra Era que en la actualidad, aunque tomemos como materia de estudio aquellas comunidades humanas que han permanecido en un estado inferior de civilización.

Lo que parece fuera de duda y que, compartiendo el criterio del eminente profesor Gurlitt, aceptamos como indiscutible, es que, antes de que la reglamentación religiosa hiciera sentir el peso de sus restricciones absurdas en aspecto tan vital como el del sexo, los agregados familiares, los clans y las tribus no concedieron importancia alguna al estado de virginidad, y es muy posible que semejante despreocupación, naturalísima, diera origen —como veremos más adelante— a la prostitución hospitalaria, que constituye una de las formas más simpáticas de la libertad sexual condicionada por el sacerdocio.

Hemos de confesar, pues, paladinamente y sin eufemismos que, en puñada histórica, resulta imposible reconstruir, ni siquiera de un modo aproximado, las costumbres sexuales de los caldeos prehistóricos y hemos de buscar nuestras fuentes de información en los monumentos y tabletas que, si bien son de una antigüedad sorprendente, aparécenos, asimismo, como los testigos de una civilización portentosa que nada tenía de primitiva y en la cual la religión dominaba

todas las actividades de los pueblos, ya fueran ellas políticas, estratocráticas, sexuales o éticas.

Lo que parece fuera de duda, y que no resulta aventurado aceptar como verosímil, es que, cual aconteciera en todos los pueblos primigenios, los caldeos de la prehistoria tenían establecida la más absoluta libertad sexual, y, sin que pueda decirse que recurrieran a la comunidad de mujeres, no consideraban a la hembra como una propiedad —concepto absurdo que puso en v.igor la religión: al pretender santificar un acto de por sí tan exento de limitaciones—. Una prueba palmaria de que debió ser así nos la ofrecen las reminiscencias primarias que en las costumbres sexuales de los caldeos podían observarse aún en los últimos tiempos del esplendor babilónico, pues caracterizábanse los pobladores del imperio por una indiferencia absoluta con respecto al estado, virginal o no, de la que habían elegido como compañera, y ello, según hemos apuntado en párrafos anteriores, constituye una característica peculiar de la mentalidad primitiva no maleada ni deformada por conceptos e imposiciones de índole religiosa.

Es innegable, por tanto, que el origen de las anomalías amorosas, cual la prostitución, la monogamia, los celos, etc., ha de buscarse en las nefastas influencias del misticismo, mejor dicho, en el ansia de prepotencia de los hechiceros y protosacerdotes que culminara en el prurito ordenador y compulsivo de la clerecía de todos los tiempos y todos los países. La religión, pues, encarnada en sus hombres representativos en toda la corporación hierática desde las épocas más remotas esforzóse, consiguiéndolo en no pocas ocasiones, por modificar la primitiva libertad del sexo para someterla a determinadas normas que pugnaron siempre con el libérrimo impulso de la libido. De esta suerte, al resistirse o rebelarse los instintos primordiales contra los límites que el hieratismo pretendía imponer a la sexualidad, hubieron de discurrir por otros cauces, y, no siendo posible el expansionamiento libre, surgieron nuevas modalidades amoratorias, patrocinadas algunas por el propio sacerdocio, y, otras, al margen de toda legislación, aunque estas últimas llegaron a formar parte de los códigos merced al poder asimilativo de los gobernantes.

Así, no es de extrañar que los caldeos, bajo la influencia de los semitas y el peso de la re-

(1) *Die Prostitution*. Berlín, 1912.

Charla psicosexual

Luis Bonilla G.

La sensualidad en el hombre civilizado no es sino un reflejo psicógeno sobre la psicología individual, es algo que brota del inmenso mar de lo inconsciente. La verdadera sensualidad no es un instinto animal, una tendencia orgánica, sino un proceso meramente psicofisiológico.

Si como dice Freud la sensualidad aparece antes de la adolescencia es indudable que la sensualidad nace ante un medio casi puramente psicológico y esto es verosímil; las narraciones y conversaciones de determinada índole acarrear en la mente del sujeto, del aun no adolescente, representaciones eróticas de carácter objetivamente asociativo a los anteriores medios estimulantes y el objeto de la sensualidad aparece en los sueños reuniendo los caracteres exactamente deseados; es decir, que podríamos asegurar que el estimulante de esta sensualidad naciente es de índole puramente psicológico.

Por lo tanto, si en la infancia de la sensua-

glamentación hierática, al no poder manifestarse, en sus relaciones sexuales, en la manera y medida a que su pretérita libertad les impeliera, acogieron a las distintas modalidades de la prostitución religiosa, invocando, para ello, el culto a la fuerza generatriz que en el panteón de Caldea, como en los de la mayoría de pueblos antiguos, ocupaba un lugar predominante. De los dos polos religiosos que el hieratismo pusiera en vigor, a saber: la abstinencia y la relajación —que no hay misticismo alguno que no propague uno u otro de estos extremos, y aun los dos a la vez, como en el caso que nos ocupa—, eligieron los caldeos el último. Así, so pretexto de rendir tributo de veneración a las misteriosas fuerzas de la Naturaleza que todo lo fecundan, hallaron la manera de dar rienda suelta a la actividad sexual sojuzgada. Tal fué el origen de algunas prácticas sexuales, sancionadas por el hieratismo y la ley, que habremos de estudiar en sucesivos artículos.

lidad ésta tiene un carácter psicológico, es indudable que al caer inexorable sobre ella la tendencia de sexo acarree un proceso psicofisiológico.

Si preguntamos a una persona idealista cuál es el objeto de sus sueños, nos contestará invariablemente: su ser amado.

¿No nos demuestra esto que no se trata solamente de una tendencia orgánica, sino por el contrario, de un influjo psicológico? Porque si no fuera así, si solamente se tratase de un instinto animal, ¿por que se iba a subjetivar de esta forma? La sensualidad no buscaría sino un ser indeterminado variable, en que calmar su impulso orgánico.

En estas personas es en las que verdaderamente podría afirmarse que la sensualidad reviste para ellos un proceso marcadamente psicológico; podríamos decir que se goza entonces del ser amado, más con el espíritu que con el cuerpo, pues como dice De Vauvenargues: «Lo más delicioso de la voluptuosidad procede de la mente y del corazón.»

La sensualidad no es un instinto brutal como quiere decir la mayoría de las gentes, es uno de los sentimientos más bellos, y como dice Balzac en su *Catecismo conyugal*: «Hacer nacer un deseo, nutrirlo, desarrollarlo, hacerlo crecer, estimularlo y conseguirlo es en resumen un poema», y realmente podríamos preguntar, como dice Montaigne: «¿No son más brutos aquellos que llaman brutal al acto que les dió la vida?»

Francamente no se comprende por qué quieren envolver en una aureola de vicio aquello que puede constituir una virtud, pues ya dijo Spinoza: «Placer equivale a perfección», y parece ser que la persona que llama vicio a una cosa tan bella es porque ella así lo siente y por lo tanto no merece ser digno de compartir con nadie una poesía, tan dulce, que ni sabría comprender ni interpretar en su grado más delicado.

La sensualidad no es un pecado —dijo Frenssen—, sino todo lo contrario, es un regalo de la Naturaleza, es como el agradable

airecillo de la primavera y del estío; alegre y conscientemente debemos gozar de ella y anhelarla de todo corazón para los seres sanos y adultos. Sin embargo, los mismos que tachan de inmoral la sensualidad, los eclesiásticos que envolviendo su hipocresía en su fanática indumentaria, al dar sus SANTOS consejos a la futura esposa procuran convencerla de que sólo debe pensar en el momento de la conjugación que está engendrando un hijo para mayor gloria de Dios. ¡Así se gana el cielo! ¡Esto es moral! ¿No tenemos el ejemplo de los jesuitas, que llaman con la mayor naturalidad y complacencia «amistad particular» al amor unisexual?

¿Por qué no llamar a las cosas por su nombre para que estén al conocimiento de todos sin recurrir a vergonzosos eufemismos? Y ellos son los que predicán que la voluptuosidad es un vicio. Y todos estos sectarios son los que quieren coaccionar, influir en los débiles de espíritu, fanáticos, que tendrán como virtudes ridículas pudibundeces que no son en el fondo sino inmensas inmoralidades. Estos son los que consenten que un matrimonio con varios hijos, al que no alcanza para mantenerlos el jornal del padre, se envuelva en la mayor miseria antes que entregarse a la práctica neomaltusiana; convierten el acto sexual en un lujo que pocos pueden permitirse. ¿Y esto es humano? Ciertamente que no; todos tendremos derecho a disfrutar de aquello que la Naturaleza por sí sola tiene a bien otorgarnos. Y si lo miramos desde otro punto de vista, oiremos la autorizada voz del profesor Luis Huerta: «Uno de los errores de bulto más deplorables es el que padecen los países que tienen establecida oficialmente la concesión de subsidios a familias numerosas. Esta práctica se sostiene sobre el falso supuesto de que la prole numerosa constituye un bien para el Estado; pero las investigaciones genéticas comprueban que los locos, idiotas, los imbéciles, los débiles, los criminales, los epilépticos, los histéricos, los neurasténicos y los tuberculosos pertenecen casi siempre a las familias numerosas. Los más grandes Estados han sido a veces los más pequeños en lo que al número de ciudadanos se refiere, pues lo importante es la *calidad* de éstos, no su *cantidad*.»

Y volviendo a lo anterior, la sensualidad no puede ser nunca absolutamente un hecho animal, nada más que para aquellos que así lo sienten, pues como dice Guy de Maupassant: «Nada hay tan sublime, cuando de ve-

ras se ama, como dar cuanto se posee en la vida, entregando los pensamientos, el cuerpo, todo lo que se tiene, gozando que se da aún exponiéndolo todo, a fin de poder dar cada vez más.» Aquellos que llaman a la sensualidad vicio, aquellos que así piensan, generalmente convierten a la mujer en una bestia de cría, reconociéndola como un ser completamente inferior, confundiendo la delicadeza con la inferioridad y la debilidad con el desprecio, sin comprender que la mujer debe ser eternamente amante para que pueda cumplirse el sabio precepto de Stendhal: «El amor no envejece.» Es cierto, porque cuando la sensualidad no puede existir, existe el recuerdo de las horas vividas en común dicha. ¡Insensatos aquellos que se unen a un ser que de antemano consideran como bestia! La mujer es débil y por esto debe reducir su voluntad al hombre amado, de su grado, por complacencia propia, pero esto no hay que trocarlo en inferioridad, pues el hombre, a su vez, debe sacrificar a cambio su egoísmo, pues como dice Balzac en *Recuerdos de unos recién casados*, «la mujer es un ser débil, que una vez casada, debe sacrificar al marido su voluntad. En justa correspondencia debe el marido sacrificar su egoísmo».

La mujer tiene derecho al deleite, por el mismo motivo que ella lo proporciona; es un caso de mutua reciprocidad, ya que como dijo Michelet: «Lo que martiriza a la mujer, no es la tiranía de su esposo, sino su indiferencia.»

ORIGEN Y DESARROLLO DEL TRABAJO HUMANO

Por Jorge Fr. Nicolai

El trabajo como maldición.—El trabajo específicamente humano.—El hombre primitivo no trabaja.—La primera esclavitud: Mujeres y Agricultura.—Igualdad de derechos.—Diferenciación sexual biológicamente adecuada.—La segunda esclavitud: Hombres y Oficios.—La influencia de los instrumentos.—Imprescindibilidad de los trabajos forzados.—La superfluidad del obrero.—Los siglos XIX y XX.—La máquina salvadora.—Resumen.

Precio, una peseta.

¡Abajo la guerra!

Andrenio

.....
No puede esperarse una súbita y radical conversión de la Humanidad a la causa de la Paz. Pensemos en la larga tradición guerrera que llena la Historia y que ha formado una fortísima herencia. Desde la escuela, en la Historia al uso, se iniciaba a las nuevas generaciones en estos sangrientos misterios presentando como suprema expresión de la gloria a la conseguida en los campos de batalla. La guerra aparecía como el gran instrumento de engrandecimiento de los pueblos. Todo concurría a mantener en los pueblos la afición a este sangriento juego: patriotismo, aspiración a la superioridad, sentimiento de honor y de pujanza.

Pero se está formando un nuevo espíritu, una nueva actitud moral. Desde la Gran Guerra, el hombre civilizado siente el sonrojo de la guerra. Gobiernos, pueblos, individuos sobresalientes protestan de su amor a la paz. Si se alza una voz reproduciendo las no lejanas apologías de la guerra, suscitaría una protesta universal, parecería el grito de combate de un *siux* o un *apache*. Esta vergüenza de la guerra es el contorno más claro de la nueva actitud moral.

...Mas la mudanza no puede ser radical y rápida. El ilustre Cajal expresaba en una entrevista, durante la guerra, que la modificación de las células nerviosas es tan lenta, que no permite esperar transformaciones que no sean largamente seculares en el carácter del hombre.

Hay, además, otra causa poderosa, cómplice y celestina de la guerra. Es el miedo. Mentira parece que Marte sea movido por el miedo a sus hazañas, pero nada hay más cierto. Si Alemania aventuró su preponderante situación industrial y política de 1914, fué por miedo de que Rusia perfeccionara su red de ferrocarriles y completa su reor-

ganización militar; de que Francia aumentase su potencia bélica; de que Inglaterra avanzara en su predominio naval. Para evitar una guerra futura más desfavorable, provocó una guerra que creía ventajosa.

.....
Marte camina, en efecto, guiado por el miedo. Por el miedo hace ademán de sacar la espada. Si suprimiéramos o atenuáramos el miedo, habríamos dado un gran paso en el sendero de la paz.

...El terror que enloquece a Marte y le lanza ciegamente, con la cabeza baja, a la aventura bélica, depende muy principalmente de los grandes armamentos.

Cuanto más perfectas son las organizaciones militares, cuanto más fulminantes pueden ser las movilizaciones y las entradas en campaña, y más poderosos los elementos de destrucción acumulados, más grande es la inquietud de una agresión súbita. Así surge entre los pueblos primero la ruinosa competencia de los armamentos, el afán de estar tan armado o mejor armado, si es posible, que el vecino, y después la tentación de adelantarse a la agresión, de sorprender, para no ser sorprendido.

El *si vis pacem para bellum* ha sido refutado por la Gran Guerra. Los grandes armamentos no conspiran a la paz, sino a la guerra. No son un seguro, sino un entrenamiento. Desarrollan el espíritu belicoso; dan a las industrias de guerra un desarrollo anormal, monstruoso, que puede tener una funesta influencia en la política; crean un órgano de combate vibrante, ansioso de demostrar su eficacia, pronto a dispararse. Son por su coste y por el estrago que causan en el espíritu humano, una guerra incruenta, prólogo fatal de guerras tan monstruosas y crueles como la de 1914-1918.

.....

El contagio moral y la lucha contra las psicosis colectivas

Santiago Valentí Camp

II

Hace notar con acierto singular el ilustre publicista francés Carlos Fernet que, al lado de aquellas enfermedades de carácter virulento derivadas de un germen animado y contagioso, han de colocarse determinados fenómenos psicofisiológicos, insólitos para las gentes vulgares, y que pueden transmitirse asimismo por contagio, pero que difieren no poco de los padecimientos debidos a infecciones, así por su elemento causal, que es un germen vivo, como por su proceso evolutivo. Las indagaciones llevadas a cabo por algunos tratadistas insignes, como Le Bon, Sighele, de Sanctis, Tarde, Fouillée, Pascual Rossi, Mc. Dougall y otros que cultivaron la analítica de las muchedumbres, han puesto de manifiesto que hay fenómenos o accidentes singularísimos que propáganse de unos individuos a otros. Los citados autores, y otros que han proseguido tales investigaciones, patentizaran que esos efectos han podido ser contrastados al advertirse que se producían verdaderas epidemias psicomorales y cuyas causas determinantes son, de ordinario, de índole puramente nerviosa, al igual que los trastornos y desórdenes sintomáticos que las caracterizan.

Profundizando en el examen se ha demostrado que con suma facilidad transmítense, en las personas sensitivas, impresionables, determinados fenómenos tan naturales como la risa, el llanto, el hipo, el bostezo, algunos tics, etc. Especialmente la risa a carcajadas se contagia por simple imitación, a veces. En la actualidad, nadie duda de que tales actos, predominantemente fisiológicos, se provocan

por la continuidad de las impresiones sensoriales a las que los centros nerviosos responden de modo directo, en virtud de los fenómenos de reacción que actúan de una manera análoga a un germen contagioso que se difunde, dando lugar, siempre, a manifestaciones muy parecidas.

Las perturbaciones predominantemente nerviosas, según el testimonio de los expertos en este género de inquisiciones, transmítense igualmente por contagio, como algunas muecas y tics, los espasmos y convulsiones de carácter parcial o general, revistiendo no pocas veces la forma de ataques histéricos y aun epilépticos, y también de otros fenómenos nerviosos más o menos raros y que se han atribuído al magnetismo animal, los cuales propáganse con la misma facilidad que las enfermedades infecciosas y, a veces, dan lugar a una verdadera epidemia.

¿Cómo podrán interpretarse tales desórdenes, como no sea invocando una simple acción refleja? Para otros analistas hay que achacarlo al mero instinto de imitación, que es mucho más poderoso de lo que se supone y de lo que creían los psicólogos que teorizaban sin tener en cuenta los datos de la experiencia, ya que, ni el hombre ni los animales superiores, escapan a las apremiantes solicitudes del sensorio. Hase controvertido, desde hace cuatro o cinco décadas, acerca de si el instinto de imitación es cosa nativa o no, y si su influencia y aun poderío avasallador, acreciéntase de un modo progresivo. Es indudable que, para conseguir el autodomínio, es preciso que se desenvuelvan las facultades intelectuales y, sobre todo, que la razón se sobreponga a las apetencias y de-

seos, y que la volición, al desenvolverse, ejerza, en nuestros actos, unas veces la acción impulsora y otras la inhibitoria.

En nuestros tiempos las tendencias imitativas pueden aquilatarse en mayor medida que antaño. Por donde quiera dirijamos la mirada escudriñadora, hallaremos, aquí y allá, muestras irrefragables de que el instinto de imitación y el contagio nervioso desempeñan, en la vida de las muchedumbres, un papel principalísimo. Pudiera decirse que una de las manifestaciones que dan tono y colorean la actividad colectiva, es la influencia marcadísima que un hábito o un uso llega a tener en el modo de producirnos. Incluso entre los niños es fácil distinguir con cuánta presteza se transmiten y contagian determinadas expresiones verbales, lo propio que los gestos y actitudes. Además, es incuestionable que al par que la puericia y la muchachez hay centenares de miles de adultos que se pliegan a los módulos más en boga, porque carecen de aptitudes y dotes para resistir a aquellas sollicitaciones inmediatas que tanto contribuyen a formar los tipos humanos. De ahí que algunos psicofisiólogos hayan sentado la afirmación de que cuanto más débil es la razón y más floja la voluntad, es más fácil producir esos tipos de hombres vulgares y adocenados que, en sus idaciones y por su manera de comportarse, se asemejan a los productos elaborados en serie.

Es curioso que a medida que se difunde el asociacionismo y se divulgan las nociones de la cultura contemporánea, aunque sólo sea en lo elemental, el común de las gentes ofrece menos resistencia a aceptar las denominadas «modas del espíritu».

Dése la interpretación que se quiera a tales ejemplos, es indudable que los casos de contagio psiconervioso abundan cada vez más. Ello atestigua que la calidad no se ha superado, antes bien, el promedio de hombres y mujeres que discurren por cuenta propia, en todos los países, va decreciendo. Y es que el instinto de imitación servil constituye una fuerza avasalladora difícil de ser contrarrestada, porque el ceder para bienquistarse con los demás es una cualidad genérica. Ello explica que, para conmover y arrastrar a las muchedumbres, sea más útil el empleo de los tópicos y las frases hechas que el pensamiento original y elaborado de primera mano. En esto, los hombres y mujeres aseméjense a los animales, que están también sometidos a las influencias del medio

circundante, lo cual, según Fernet, contribuye en gran medida a patentizar que la razón interviene mucho menos de lo que se cree en la formación de la conciencia individual y claro que de la colectiva.

Observando con alguna minuciosidad las manifestaciones, no sólo las ostensibles, sino aquellas que se hallan más diminutas, adviértese que el contagio moral no está menos extendido ni reviste menor actividad que el meramente orgánico. Y ello no constituye siempre un motivo de aflicción, cuando se trata de contrastar el avance de la personalidad individuada y de la colectiva, porque al lado de los efectos deprimentes, agotadores y subvertidores, hallamos aquellos que producen un indudable bien porque contribuyen a fortalecer la individualidad y el alma de los pueblos. Pero, aun considerando el contagio en su aspecto óptimo, es innegable que el que produce efectos deletéreos predomina sobre aquel que infunde alientos y hace corajudos a los tímidos y pusilánimes.

En una época como ésta en que nos tocara vivir las leyes de la imitación, como hiciera notar Gabriel Tarde, revisten una trascendencia inmensa. Examinemos el problema con la máxima objetividad, sin apresuramientos, sin propósito predeterminado, y rehuendo toda ulterior finalidad de índole interesada.

Prodúcese en todas las edades el contagio moral, aunque cuando se manifiesta de un modo más notorio es en la mocedad y en la juventud. Ello podría explicarse recurriendo a la patología. Así como los gérmenes infecciosos atacan preferentemente a los organismos todavía en período ascensional y triunfan con facilidad por la escasa resistencia que ofrece el organismo, de igual modo las influencias psicomorales tienen acceso facilísimo en la mocedad y la juventud, de las que se apoderan súbitamente, teniendo un poderío que, muy a menudo, prevalece y anula, en parte, las disposiciones y aptitudes peculiares, e incluso llegan a alcanzar una acción preponderante y decisiva.

La amistad, cuando se convierte en camaradería, constituye, para el individuo, una influencia tan marcada que incluso, en ocasiones, modifica la personalidad inicial, trocándola en otra por completo distinta. En las relaciones amorosas, especialmente en las de carácter íntimo, los efectos del contagio denominado psicopático es cosa indubitable. Por su intervención continua e incesante lle-

ga a ser avasallador. Los amantes impónense uno a otro sus tendencias peculiares y primitivas y predomina, no el más vigoroso y acometedor, sino aquel que, por su impulsividad desnivelada, agobia al que es más dueño de su sensorio.

Cabe, pues, aseverar, que la influencia moral, expresada por medio de la palabra, o por las maneras, y lanzada en un medio impresionable, terreno abonado para el contagio, hiere los espíritus y apodérase de los corazones ya predispuestos a experimentar el choque que surte efectos traumáticos. Claro es que, en determinados casos, las impresiones producen efectos contradictorios porque provocan reacciones que asimismo se propagan, difunden y reproducen con todas las consecuencias inherentes que, en general, son funestas para la personalidad, porque la lanzan a empresas superiores a la capacidad del sujeto, el cual vese constreñido a actuar en un ambiente que no se acomoda a su intrínseca y real manera de ser.

Este es el aspecto más triste y siniestro de la imitación, porque desnivela a gentes que, en su prístino medio, se hubieran desenvuelto con mayor franqueza y sin contrariarse en lo fundamental.

Menos mal que, en nuestro tiempo en que tanto predomina la frivolidad, las impresiones del ambiente social suelen ser tan superficiales como fugaces, pero en muchos casos hay que tener en cuenta también que la reacción es igualmente repentina y pasajera, y entonces lo inmediato es la completa despersonalización del individuo que es atraído, única y exclusivamente, por aquellas influencias imitativas.

Hay que distinguir entre los fenómenos reflejos, que sólo revisten un carácter ocasional, y esas perturbaciones nerviosas profundas que ejercen en el carácter una influencia tan honda que abaten e incapacitan, porque la apetecida reacción no surge. Y ello se comprende cuando el contagio trastorna y conturba el ánimo, porque es que hay elementos deletéreos persistentes que intoxican e impiden el desenvolvimiento normal, puesto que el germen infeccioso perpetúase y posee una fecundidad inagotable, y las vibraciones nerviosas morbosas propáganse hasta lo infinito. ¿Cómo pretender que los buenos consejos y los ejemplos de virtud tengan una fuerza moralizadora poderosa y eficaz, cuando la individualidad se desmorona al descentrarse, y los más preciosos beneficios de una educa-

ción familiar honorable no pueden surtir efectos de género alguno?

Por desdicha no es menos cierto que los ejemplos e incitaciones protervas revisten una mayor tendencia imitativa que la gestión moralizadora. En todos los individuos hay, no sólo tendencia, sino a veces prurito, de realizar aquellos actos inauditos que desde las remotas civilizaciones se consideraron como indeseables. Y ello tiene una explicación y es ésta: la individualidad considera que aquellos que fracasaron en su actuación por haber realizado aquello que se intenta de nuevo, fué por incapacidad, y el que comete una transgresión supone que a él la fortuna habrá de sonreírle, por aquello que popularizara el conocido refrán español «nadie escarmienta en cabeza ajena».

Además, es notorio que la convicción de aquel que habla con pasión febricitante y gestos expresivos, es por sí misma contagiosa en alto grado. Mirbeau decía a este propósito: «Existe contagio de los movimientos apasionados.» Y ello es cierto, innegable; hallamos inúmeros testimonios históricos que así lo patentizan, pero esto, asimismo, quiere decir que determinadas imágenes y palabras tienen el extraordinario poder, casi el privilegio, de despertar, en quienes les escuchan o leen, un mundo de emociones, recuerdos, metáforas, etc., que penetran hasta lo más recóndito del ego, excitan la sensibilidad y provocan movimientos psicofísicos que se traducen y proyectan con singular viveza al exterior, creando un a modo de periespíritu, como afirman determinadas sectas religiosas contemporáneas, cuyas doctrinas no compartimos, aun aceptando algunos de los fenómenos innegables en que se escudan aquéllas, con objeto de dar mayor virtualidad a sus credos insostenibles.

Para mí, la República es aún opresión y tiranía. Si la idea del contrato social estuviese bien determinada, no sólo no dejaría en pie la monarquía, no dejaría en pie ni la República.

F. PI Y MARGALL

Los conceptos de salud

Isaac Puente

Hay dos conceptos de salud bien distintos entre sí. Uno, es el que sirven los médicos, y defiende la Sanidad oficial. Otro, el concepto llano de bienestar corporal, que trata de reivindicar el Naturismo.

La salud que trata de garantírnos la Sanidad oficial, es semejante al orden social, que impone el Estado por medio de su brazo armado. La Sanidad oficial, como hijuela del Estado, cada vez mejor cebada por el presupuesto, no se opone a la miseria, ni al hambre, ni a las privaciones, ni a la habitación malsana, ni a la reproducción de enfermos, ni a las mil sofisticaciones de los alimentos, independientes de las adulteraciones químicas del tendero. Procura guardar las formas sociales, concentrando su máxima actividad en la lucha contra el microbio. De este modo se aparta la atención pública de las verdaderas causas de enfermedad, consubstanciales con el régimen social capitalista.

La que reputamos verdadera salud, es la normalidad en el funcionamiento de nuestro organismo, resultado de la correlación armónica de nuestros diversos órganos. Se mide por la resistencia a las enfermedades, y por el aguerrimiento contra las condiciones del medio que pueden resultar nocivas, así como, también, por la rapidez y seguridad con que se recupera la salud una vez perdida. Es la del hombre que llega a edades avanzadas, sin haber necesitado de médicos, ni de medicinas. Es la dentadura que para conservarse en buen estado, no ha precisado de cepillos ni de dentífricos. La buena encarnadura para las heridas, sin la ayuda de antisépticos. La inmunidad para las enfermedades infecciosas. En una palabra, la adaptación del organismo al medio en que ha de vivir, y el equilibrio estable logrado entre la nocividad del medio y las defensas naturales que nos protegen de él.

Con esta salud nada tiene que ver el médico ni las medicinas. Se hereda o no se here-

da. Se cultiva con normas racionales de vida, y se dilapida con hábitos viciosos o con alteraciones artificiales del medio. No necesita de la vacunación contra la viruela, hecha obligatoria para escarnio de la libertad individual, ni de la vacunación antitífica o antidiftérica. No necesita apartarse de los enfermos, ni de los microbios, ni beber agua esterilizada, ni de comer verduras crudas, ni de ingerir drogas, tomar aperitivos, ni rehuir las inclemencias de los agentes propios del medio. A nuestro organismo se le confunde con un reloj, o con un motor, que desarreglados, no pueden repararse por sí mismos, sino que precisan la intervención del mecánico. La Medicina no ha llegado a tener un conocimiento tan completo de nuestro organismo, como lo tiene el relojero del reloj o el mecánico de una máquina complicada. Nuestro organismo puede repararse a sí mismo en multitud de trastornos y de enfermedades, y por esto, el médico, puede estorbar, y hasta perturbar con su intromisión, el proceso de curación espontánea. Complaciendo al enfermo y a sus familiares, el médico se presta a producir un alivio inmediato o una desaparición brusca de los signos de enfermedad, lo que no siempre equivale a curación, ni se consigue impunemente, pues suele costar un serio quebranto para la salud ulterior, y se llega a ver muchos años más tarde.

La verdadera salud es la que ha comenzado a buscar el hombre con su acercamiento progresivo a la Naturaleza, saliendo de las ciudades —en días de asueto— al campo, al mar o a la montaña, en afán de un aire más puro, de un sol más activo, de un ejercicio más sano, liberándose de la tiranía del vestido, y en busca de regeneración para su piel degenerada por imperativos de una moral estúpida. La salud estable, es la que se esfuerza en lograr el individuo, cuando adopta un régimen de alimentación distinto del ruti-

Significación cultural y ética de la limitación de los nacimientos

Dr. Juan Lazarte

IV.—LIBERTAD Y EMBARAZO

Siendo el parto una aventura biológica tan audaz y arriesgada en la cual entran en juego dos intereses básicos, la madre y la sociedad, no es posible que quede al arbitrio caprichoso de la ignorancia.

La sociedad está representada por el niño, éste ya tiene derechos reconocidos a ser engendrado por padres sanos y en buenas condiciones mentales, económicas y morales.

La libertad de los padres, principalmente de la madre, ha de contemplarse. La madre tendrá hijos después de una preparación consciente y una maduración voluntaria, vale decir tendrá el hijo cuando quiera y más lo desee.

Al arriesgar contemplamos en primer término a ella. Existe, pues, un derecho a ser madre, un derecho a la maternidad, como dijera Ellen Key, que implica una libertad de embarazo y su realización en las más óptimas condiciones regladas o en relación con el conocimiento de los anticonceptivos.

La libertad femenina, que podríamos llamar emancipación biológica, no sólo es un factor de calificación superior del niño, sino un nuevo venero de relaciones paternas. La libertad de embarazo complica en su aspecto positivo y complementa integralmente las relaciones humanas.

Queda evidenciado que por condiciones biológicas y morales, la mujer llega a poseer el derecho de una limitación de los nacimientos y las perspectivas

nario, en el que las frutas ocupan el puesto principal como alimentos más adecuados y apropiados para la nutrición del hombre. Esta salud es la que impone medida al individuo, en el acto de reproducirse, haciéndole ver toda la responsabilidad que puede tener al engendrar un ser condenado desde la cuna al sufrimiento y a servir de estudio y de experimentación a los médicos

Estando nuestro organismo en íntima relación con el ambiente, la salud resulta del equilibrio entre las influencias exteriores y las tendencias interiores. Este equilibrio no se puede imponer ni forzar, sino que ha de ser como todos los equilibrios, resultado espontáneo de la libre manifestación de los agentes del medio y de las defensas del ser vivo. La Sanidad alcanzaría el máximo acierto procurando la normalidad del medio ambiente y la del organismo viviente. El medio ambiente nos puede resultar nocivo, no por su propia nocividad —alimentos, clima, composición atmosférica, luminosidad solar, microbios habituales—, sino por nuestra propia

indefensión o por nuestra previa anomalía. Si nos hace daño el frío, es porque nos falla la defensa que contra él tenemos en la piel. Si nos daña el sol, es por la falta de costumbre para exponernos a sus rayos. Si nos invaden los microbios, es porque nuestro tegumento no está íntegro, o porque nuestros fagocitos carecen de la sensibilidad debida. No podemos pretender cambiar el medio, ni modificar el mecanismo de preservación de nuestro cuerpo, sino exponiéndonos a hacer más inestable el equilibrio entre ambos. Tenemos que aceptar el medio vital, tal como es, y capacitarnos para vivir por acostumbamiento y por entrenamiento de nuestras defensas, en el clima y el ambiente en que nos es forzoso vivir.

Lejos de esto, la Medicina está contribuyendo a que el hombre busque la salud no en el medio natural en que naciera, sino en un medio artificioso, como planta de invernadero y como fruto de estufa. Y el resultado no puede ser más aleccionador ni más lamentable.

de una acción sobre el embarazo mientras la colectividad no sufra en su esencia moral ni la vida de la madre corra un peligro serio.

La maternidad, en su etapa embrional, también se pone bajo la acción triple de la consciencia, inteligencia y ciencia, separándola de la religión, donde yacía sepultada.

Ni servidumbre ni subordinación. La mujer surge por las amplias vías del derecho después del destronamiento del dictador, que de una manera u otra la incorporó a su propiedad; honrada con un nuevo atributo escapa a la sumisión enriqueciéndose con una nueva responsabilidad, que era paradójico la retuviera el hombre para sí, cuando no le correspondía la función parto.

Reconocemos, pues, la libertad de embarazo.

V.—CONCEPTO ARCAICO DE LAS UNIONES

La moral corriente llegó a considerar el acto sexual como la expresión material de una función. Las teorías religiosas, al respecto, lo disminuyeron a más bajo nivel todavía, pecado y cosa sucia. Los nuevos pensamientos lo elevan hacia un instinto altamente éticosocial.

Separada en su condena nos resta como un rito de comunión donde entran por igual lo espiritual y lo corpóreo, el presente y el futuro, la alegría y la emoción, esperanza y porvenir. Sólo así puede originarse el embarazo respetado y largamente querido.

La mujer de nuestros días, que la considero la mujer de transición hacia la que aparecerá en 1940, espera algo en su matrimonio. Si la unión le trae muchos embarazos y sólo ello, sucede un fenómeno extraordinario, se rompe la felicidad, pierde su libertad y el matrimonio se transforma en una condena, de la que si tarda mucho ni el divorcio puede salvarla, pues carece de vitalidad, energías e ideales, tal es el estado a que lleva corrientemente una maternidad demasiado plural. Muchos embarazos es espantoso. Ha sido comprobado por todos los higienistas del mundo; no es necesario recurrir a ninguna cita especial, porque los ejemplos encuéntrase a mano para cualquier observador.

Convenimos que la gestación de un hijo es una cosa seria, heroica y organizante. Qué no será al matrimonio esa sucesión ininterrumpida de gestaciones que año tras año aparecen. ¿Qué organismo puede resistir sin sentirse seriamente cinco hijos en seis años?

Los múltiples y seriados embarazos crean un problema de higiene y humanidad. Recorred las clases más pobres del proletariado que se apiña en Madrid, Barcelona; Chacarita, Boca y Lanús, de la ciudad de Buenos Aires; las chacras de la pampa donde aun no ha llegado la civilización; los «ranchos» de Santiago, Tucumán o Salta y podréis comprobar el cuadro trágico de mujeres madres de muchos hijos que a los cuarenta años son piltrafas de mujer, ruinas de ser humano, que ambulan por médicos y hospitales, sin que nadie logre llevarles consuelo, pues es tal el agotamiento orgánico, que sólo un cambio mágico podría levantarlas. Comparad luego estas mujeres con esas norteamericanas, inglesas, argentinas de las clases «inteligentes» y podréis comprobar que entre unas y otras existe no sólo una diferencia de veinte años, sino de vida y de muerte.

El término medio de la edad que vive una madre múltipara (ocho o nueve veces) es muy inferior a la edad media de la que tuvo dos o tres hijos. Es natural; si una gestación implica un esfuerzo vital que todos comprendemos, ¿qué significarán diez hijos?

Así vemos andar en los pueblos semibárbaros de nuestras llanuras, mujeres presas de la melancolía, tris-

tes, amargadas, destrozadas en su físico, y si unimos factores como miseria y alguna herencia o contraste patológico, el cuadro queda completado en su fondo negro y trágicos dibujos.

¿Qué felicidad, qué alegría puede traer al hogar, a la vida de los niños al optimismo de los pueblos un conjunto numeroso de madres víctimas de un destino cruel? Traen un infierno vivo. En las clases proletarias (proletaria es el que tiene prole), sector mayoritario de la sociedad, es donde el hecho apunta su nota culminante.

Si la miseria, ignorancia y desocupación han roto el hogar del pobre, las tragedias de la maternidad le han restado el apoyo emotivo y salvador, de aquí que el pobre sin redención económica, cultural y social no tendrá jamás hogar, si de tal puede calificarse excepcionalmente a los de la pequeña o gran burguesía (excepciones también) no alcanza a la clase más numerosa y sufrida de la colectividad: campesinos y obreros.

El hecho de entrar los contraceptivos implicaría la llegada de un «factor activo y cooperador de la civilización».

VI.—LA MEJOR MADRE

¿Cuál es la mejor madre? ¿Acaso la que tenga veintidós hijos y se le dé una subvención como en Francia, o el presidente de la República sea padrino del séptimo varón? ¿Esa será la que más convenga a la colectividad? ¿Qué hacemos con 22 hijos de los cuales 16 son tuberculosos, escrofulosos y los restantes débiles o anémicos? ¿Se imagina el lector lo que cuesta y costará esta familia al Estado, y hemos pensado cuántas familias podríamos sustentar con el dinero y tiempo gastado en remendar semejante prole, y ha calculado el despreocupado estadista cuánto costará esta descendencia al finar los cincuenta años?

No es la mejor madre la que tiene más hijos; seguramente está entre las peores.

La maternidad no es una cuestión de cantidad, sino de consciencia, selección y calidad.

¿Por qué la madre de muchos hijos ha de ser la mejor madre?

El criterio de los muchos hijos proviene de lo animal. Antaño, cuando los pueblos pastores cultivaban hacienda, se atenían solamente a la cantidad, pero hasta en los ganaderos civilizados varió el criterio, pues por selección se purificaron las razas y en nuestros días cambiaron radicalmente, estableciendo el sistema de poco y bueno. Sólo las sociedades humanas—excepto Rusia, Alemania, Suecia, Inglaterra, Francia—mantienen este resabio de las edades bárbaras de las grutas y cavernas.

La mejor madre es aquella que se identifica con su hijo antes de nacer, estableciendo vínculos de inmortalidad física y psíquica. Aquella que ha medido la fuerza de su soma y da el hijo para perfeccionarse, superándose contribuyendo a la formación de la verdadera humanidad. Un niño deseado, sano y fuerte, habiendo calculado las condiciones económicas y morales para su perfeccionamiento gradual.

Si los primeros factores de la ley pueden ser generales refiriéndose a los pueblos de la tierra, las causas económicas y morales son parciales considerando al mundo, pues la extrema limitación será practicada en países de economía encadenada o individualista y lo contrario en pueblos de economía socializada o matrimonios en condiciones materiales desahogadas. Una vez más el factor económico entorpece o acondiciona el

Humanitarismo y Eugenismo

Eugen Relgis

I

La Eugénica, ciencia de la regeneración

Raro es que los problemas vitales de la Humanidad, considerados en relación con sus intereses generales y permanentes, sean examinados con la clarividente sinceridad que pasa por alto los absurdos y las mentiras colectivas para llegar a la causa inmediata y elemental del mal. En muchos dominios sociales, desde la economía hasta la educación, desde la higiene hasta la ética, la lucha contra el

mal es un trabajo de Sísifo. Es la lucha contra los efectos que reaparecen después de haber cedido en apariencia, como vuelven a encenderse las brasas de un hogar mal extinguido.

Combatimos la guerra, pero dejamos que trabajen los arsenales; combatimos el alcoholismo, pero las destilerías hacen toda su producción; combatimos el analfabetismo, pero mantenemos a los niños y a los adultos en la ignorancia de todas las cosas esenciales; combatimos el pauperismo, pero «alentamos» a las familias prolíficas, y así sucesivamente.

sexo y el amor, pues generación y economía están vivamente unidos.

La mejor madre no podrá contribuir con más de tres o cuatro hijos si ella misma ha madurado y ha puesto en su prole la ambición suprema a que se refiere Nietzsche en *Así hablaba Zaratustra*: «Debéis a vuestros hijos una reparación por haberlos engendrado. ¡Que sea esta la redención de vuestro pasado, la bandera de vuestra vida!»

VII.—EL TRABAJO FORZADO DE LA MATERNIDAD

La mujer ignorante corre el riesgo de una esclavitud nueva: maternidad continua.

Hemos denunciado los prejuicios y alternativas fisiológicas, nos queda establecer la trama con los paisajes individuales que desencadenan los muchos hijos indeseados.

Dejemos aparte la disminución y destrucción orgánica y lleguemos a un hogar pobre de esos que forman la mayoría.

Casada joven ha tenido diez hijos. No los ha querido, pero han llegado y no tiene más que conformarse. El cura le ha dicho que Dios lo manda. El médico ha enmudecido a sus preguntas, y la mujer, después del quinto embarazo, ha entrado en la etapa del castigo y en los estadios del horror.

Pobre paria, vive espantada; la realidad es una negación y el amor un egoísmo sólo perfumado por el recuerdo de un error o por la contemplación de sus jóvenes amigas.

Los hijos, para las clases pobres, no son ni una riqueza (como para aquella matrona madre de los Gracos, que mostraba los suyos), ni una alegría. Son el sacrificio diario, muchas veces hasta la muerte.

Imagínese una madre pobre que trabaja en la fábrica, porque el jornal del marido no alcanza. Necesita manejarse con un mínimo de dinero y con milagros de tiempo. Verá la miseria, falta de ropas, carencia de alimentos, abandono de los niños, suciedad. No tendrá tiempo para echar un vistazo a la vida que puede resultar bellísima y confortadora. ¿Cuántas madres pasaron sus mejores veinte años atadas al sucucho, trabajando como bestias día y noche amarradas por la miseria, roídas por sus enfermedades, preocupadas por la de sus hijos, heridas siempre por la muerte de alguno de ellos?

Gran mayoría de las madres proletarias han sufrido este doble proceso de bestialización por el trabajo y la cría.

La madre pobre, en la sociedad moderna, está condenada a arrastrarse miserablemente; del drama de la maternidad a la pena del hogar, si es que puede llamarse hogar al apiñamiento indecoroso, de nueve o diez seres humanos en una pieza o al destierro de un grupo de personas en medio de la llanura; de ahí generalmente sale para la prematura muerte, regular fin de los que dieron su sangre a la humanidad en la abnegación de la servidumbre individual y esclavitud social.

El trabajo forzado de la maternidad viene a romperse en sus dos raíces con el conocimiento de la técnica anticonceptiva, porque él, como sostiene Margarita Singer, significa civilización, porque ella progresa por la sustitución del orden por el desorden, «por la difusión de conocimientos útiles y por la aspiración de hacer posible para todo el cuerpo social una vida digna de ser humana».

Mientras la mujer sea una incubadora de maternidad y una sirva de la ignorancia, miseria, marido e hijos, no habrá redención humana posible y la condena se perpetuará por los años de los años...

El humanitarismo proclama la fraternidad de los pueblos como primera ley moral, pero los pueblos cultivan sus enfermedades morales y las enfermedades sociales con el ahinco del ignorante que se envenena todos los días con el alcohol, con el opio, con la nicotina, persuadido de que las ilusiones de la embriaguez y las humaredas del sueño son más reales que los intereses colectivos.

La contradicción entre la intención y la práctica no se manifiesta en parte alguna más evidente que en el dominio genésico. Ante el problema de la procreación, numerosos hombres son como aquellos asesinos italianos que hacían sus devociones ante el altar de la Madona antes de ir a hundir su puñal en el pecho de su víctima. Si los efectos de la ignorancia o del absurdo sexuales no fueran tan trágicos, el modo en que los hombres obran en contrasentido en este orden de actividad, en las más importantes circunstancias de la vida, constituiría para el observador sagaz un espectáculo de una comicidad irresistible.

Cuando los gusanos ciegos se ponen en marcha forman una cadena con el fin de no extraviarse: la cola de uno está en la boca del siguiente y avanzan de ese modo con la certeza de llegar al término de su viaje. Mas si ocurre que el gusano que va en cabeza de la cadena coge la extremidad del gusano de la cola, transformando la cadena en circunferencia, entonces los gusanos dan vueltas y más vueltas creyendo avanzar: darán vueltas siempre, de manera absurda, en derredor de su círculo, hasta que mueran todos de agotamiento, aun cuando su subsistencia no esté separada de ellos sino por una pequeña distancia.

Así proceden muchos de nosotros. Cometeremos los errores más desastrosos con la convicción de que oímos la voz de la razón, cuando en realidad somos víctimas de la necesidad consagrada por la Opinión pública o de los intereses de algunos aprovechadores cuyo privilegio se halla sancionado por las leyes... democráticas. Los imperativos de la «moral social» nos obsesionan con un continuo engaño. Sociedad, Nación, Raza..., expresiones abstractas, en nombre de las cuales es sacrificado el individuo desde el mismo momento en que se le concibe. Olvidamos que la sociedad es una asociación de individuos; la nación, una asociación de clases, y la raza, una asociación de pueblos. Queremos realizar la justicia social, pero oprimimos al individuo, despersonalizándolo; queremos

enriquecer y elevar a la nación, pero excitamos a la lucha de clases, a la guerra civil, hasta al terror ejercido sobre la conciencia y sobre el lecho conyugal; queremos purificar la raza para aumentar la riqueza y la cultura de la Humanidad, pero las naciones guerrearán entre sí, manteniendo las unas a las otras en la esclavitud económica o bajo un «protectorado» que hace incubar el fuego del odio debajo de las cenizas de la humildad...

Cualquiera que haya adquirido la convicción de que la biología es el punto de partida de todos los problemas, no solamente sociales y económicos, sino también morales y estéticos, reconocerá que es, lejos de ser «simplista», el método de los que reducen la trágica lucha de la vida humana a una causa primordial: la procreación. Algunos escépticos que se creen muy inteligentes sonreirán al enunciado de esta verdad de Perogrullo. ¡Sí, pero una verdad que todos contorneamos, como los gusanos ciegos en su procesión circular! Un número reducido aun de clarividentes, que nosotros llamamos *eugenistas*, se han atrevido a demostrar la causa de las causas. Su esfuerzo para iluminar a las innumerables víctimas de la ignorancia sexual se nos aparece como una de las más heroicas acciones de la ciencia puesta al servicio de la Humanidad.

La eugénica, la rama más joven, pero también la más esencial de la ciencia biológica, fué fundada por el antropólogo inglés Francis Galton (1822-1912), primo de Carlos Darwin, autor del *Origen de las especies* (1859). La teoría de Galton se deriva de la de Darwin, de igual manera que éste es discípulo de Malthus, autor del *Ensayo sobre el principio de población* (1798).

Manuel Devaldés ha coordinado sus diversos estudios sobre el eugenismo y el malthusianismo en una obra sugestivamente titulada: *La maternidad consciente*. Es un libro de doscientas veinte páginas, de tal claridad, de un orden tan sencillo, que puede ser leído incluso por los hombres privados de cultura general. Pero, documentada gracias a minuciosas indagaciones, esta obra sintetiza todos los resultados obtenidos en el vasto dominio de la biología humana. Si fuese publicada como folletón por todos los diarios del mundo, para ser leída por las multitudes ignorantes, tendría lugar entonces una verdadera revolución intelectual y moral.

El mérito de Manuel Devaldés —que no es un sabio, sino un individualista social que ha

buscado siempre el perfeccionamiento personal por medio de la libertad y de la cultura— consiste en haber sabido reunir, en un trabajo desprovisto del aspecto intimidador de los tratados científicos, las verdades biológicas que pueden ser aplicadas en la vida de cada individuo normal. No tan sólo en el individuo normal, sino también en el que, físicamente anormal, se halla, además, privado de inteligencia.

Para completar el humanitarismo como doctrina pacifista e internacionalista, la teoría eugénica se impone, no como una conclusión, sino como un punto de partida. Sin el eugenismo, el humanitarismo sería como un árbol sin raíces. Todos los esfuerzos para humanizar por los medios sociales (la cultura, la técnica, la economía, la educación, la ética) serían inútiles si el problema de la procreación fuera dejado al azar, a lo que algunos llaman todavía la «selección natural», pero que es también una selección artificial que resulta de la opresión, porque el orden social es también artificial y tiránico.

En nuestra exposición del eugenismo, seguiremos el trabajo de Devaldés que, con algunas reservas, podemos considerar como una contribución al conjunto de las obras destinadas a la acción humanitarista. En una palabra, el eugenismo engloba las condiciones necesarias para el «buen nacimiento». Además, se halla en relación *directa* con todas las manifestaciones de la vida humana. La parte científica del eugenismo —la eugénica— está bastante avanzada, pero no ocurre lo propio con la parte práctica. Las verdades eugénicas apenas han recibido por uno y otro lado un principio de aplicación. De manera intuitiva, las gentes se entregaban, antes del fundador de esta ciencia, a algunas prácticas eugénicas.

Galton, que también creó la palabra, ha definido la eugénica como «el estudio de las influencias susceptibles de ser sometidas a la autoridad social y capaces de mejorar o de deteriorar las cualidades racionales de las generaciones futuras, ya física o ya mentalmente». El ideal de Galton consistía, pues, en sustituir a la cruel selección natural, en lo que atañe a la Humanidad, por la *selección racional*. De igual modo que Darwin, Galton trabajó como hombre de ciencia y como naturalista, pero también como médico y fuera de todo prejuicio. Ninguna ironía y ningún obstáculo pudieron desalentarle. Vivió el tiempo suficiente para poder asistir a las pri-

meras aplicaciones de su teoría. En 1865, proclamaba la necesidad de un «esfuerzo sistemático para mejorar a la especie humana, reduciendo sin cesar la proporción de la natalidad de los individuos ineptos en una sana procreación y favoreciendo la reproducción de los aptos». Antes de Darwin, creíase en la fijeza de las especies, y de ahí la vanidad de todos los esfuerzos con miras a su mejoramiento. Hoy en día, los éxitos obtenidos en el mundo de los vegetales y de los animales justifican la convicción de que ha de poder crearse un hombre nuevo y una raza nueva.

La eugénica es «la aplicación racional a la especie humana de los principios de selección derivados de las doctrinas de la evolución formuladas por Lamarck (1744-1829) y por Darwin (1809-1882)». Darwin considera la lucha por la existencia como la causa principal de la evolución; su consecuencia es la selección natural con la supervivencia de los más aptos (cuya expresión es de Spencer). Pero Lamarck atribuye la evolución a la influencia del medio. Ambos se encuentran de nuevo en el terreno de la herencia. Los caracteres hereditarios se transmiten, bien sea que hayan sido adquiridos en la lucha por la existencia o que hayan sido causados por la adaptación al medio.

Malthus (1766-1834) es un precursor de Darwin y de Galton. Ha explicado la causa de la lucha por la existencia en la especie humana. (Darwin ha considerado la lucha por la existencia en las otras especies.) Según Malthus, la causa de esta lucha se halla en «la prolificidad humana y, en su consecuencia, el desequilibrio entre la población y el alimento, es decir, el exceso de población». Por lo tanto, la lucha por la existencia se halla determinada por el medio. El medio humano puede ser modificado por el hombre en bien o en mal. La selección natural no es una fatalidad para el hombre. El hombre puede hacer una selección racional por la Naturaleza, pero también *contra* ella.

La eugénica aplicada puede ser negativa (eliminación de los ineptos) y positiva (multiplicación de los aptos). Puede distinguirse también la eugénica preventiva que defiende a los generadores (hombres o mujeres), en la edad de la adolescencia o de la madurez, contra «los venenos de la raza: envenenamientos profesionales, enfermedades venéreas, alcoholismo y otros elementos de disgenismo, esto es, de mal origen». La eugénica positiva no es suficiente; la eliminación

Piedras preciosas

Los parásitos

Los propietarios representan la forma ideal del parasitismo: son las tenias del cuerpo social. Se poseionan tan fácilmente de la riqueza como el gusano solitario de la materia nutritiva: la extracción capitalista se opera automáticamente, por así decirlo. Desde el momento que estáis en posesión de tierras, de casas o de capitales industriales, podéis, como afirma Henry George, sentaros y fumar tranquilamente vuestra pipa, tenderos, como los *lazaroni* de Nápoles o los *leperos* de Méjico, subiros en globo, hendiros en el suelo y, sin hacer nada provechoso, sin aumentar en lo más mínimo la riqueza de la sociedad, percibir de un modo apacible vuestros alquileres, vuestros arren-

damientos, o los intereses de vuestros capitales.—VANDELVERDE Y MASSART.

Palabras, Política, falta de originalidad

El español, que no cree en muchas cosas auténticas, cree, en cambio, en las palabras declamatorias y en las frases. De aquí la oquedad de sus revoluciones.

Se ve que la política siempre ha sido lo mismo: una cosa turbia, vulgar, de logreros y de histriones, adornada con una literatura de último orden. Es de temer que seguirá siendo igual durante siglos.

El culto de la palabra en su forma oratoria, la elocuencia, y en su forma literaria, el estilo retórico, yo creo que es de países de poca originalidad.—PÍO BAROJA.

de los ineptos, por cruel que pueda parecer, se impone cada vez más como medio de preservación de la raza. Siendo maltusiano, Devaldés se esfuerza en demostrar que el valor, la cualidad de la raza se halla íntimamente ligada a la cantidad de los individuos que la componen en un momento dado, así como a la cantidad de alimentos de que disponen esos individuos. Llama la atención de los eugenistas sobre el hecho de que la calidad de la población no proviene solamente de la herencia, sino también del medio (medios de vida). La eugénica, que quiere ignorar la ley de población, tiende a exceder de las proporciones que sus medios de vida o de subsistencia le permiten en el cuadro de un territorio determinado. El exceso de población tiene siempre efectos disgénicos.

Existen dos medios de aplicar la eugénica. El primero consiste en apelar a la «buena voluntad del individuo», y el segundo radica en sanciones legales. A pesar del estado actual de la sociedad y de lo que es la mentalidad de la mayoría de los hombres, es preciso, sin embargo, que nos apoyemos primeramente en

la «buena voluntad», es decir, en la conciencia individual. Las sanciones legales, en tanto sean aplicadas por una minoría privilegiada, serán ilusorias: favorecerán la reproducción de los tipos humanos moralmente inferiores. Los hombres políticos no tendrán nunca fines objetivos científicos; tienen, ante todo, intereses inmediatos. Pueden legislar en favor de un espíritu restrictivo de clase; pueden tener concepciones retrógradas, nacionalistas o rásticas; pueden ser dominados por cierta moral dogmática, pero no se elevarán hasta la consciencia de los intereses generales y permanentes de la Humanidad.

A causa de esto, y a pesar de los obstáculos que se interponen, la eugénica individual, libre y basada ante todo en «la educación sexual intensiva y extensiva», es preferible. Ahí está el secreto de la solución del problema. La mayoría de los hombres tienen «el temor instintivo de las verdades sexuales». De la ignorancia y del disimulo de estas verdades provienen casi todas las calamidades sociales. Y la solución no es otra que «la generalización de la educación sexual integral».

El primero que llega, un ganapán, un bohemio, un especulador, puede, si tiene dinero o encuentra quien se lo dé, fundar un periódico de alto vuelo, agrupar en torno suyo un numeroso estado mayor de periodistas de profesión y convertirse de la noche a la mañana en una potencia que ejerza presión sobre los ministros y el Parlamento, el arte y la literatura, la Bolsa y el comercio.

«Pero —se objetará— si el nuevo periódico debe de ser una potencia, no puede conseguir esto sino de un modo: adquiriendo gran difusión, lo cual supone que lo escriben hombres de talento y que expresa ideas que son simpáticas al público; ahora bien: por un lado no es verosímil que personas de talento se dejen imponer la alta dirección, el dominio de un individuo despreciable, y esto garantiza la moralidad del fundador del periódico. Además, no es probable que el público en masa se suscriba a un periódico si no está conforme con las ideas de sus redactores, y esto garantiza que el periódico expresa realmente la opinión pública. Al suscribirse a un periódico, el lector elige al mismo tiempo a sus redactores como sus portavoces; la lista de suscriptores es el mandato de la redacción; cada renovación trimestral significa a la vez una renovación del pleno poder que tiene el redactor para hablar en nombre de todos sus lectores.»

Esto parece evidente, y, sin embargo, no hay en ello una palabra de verdad. La experiencia muestra que con dinero se puede comprar siempre y en todas partes la colaboración de hombres de talento, pero faltos de carácter. A docenas se conocen antiguos corredores de anuncios, usureros y banqueros quebrados, criminales condenados, aventureros, agitadores, groseros ignorantes, que han fundado grandes periódicos, han alistado brillantes plumas, y han llevado adelante su empresa según sus bajos sentimientos, su inmoralidad, su falta de convicción.

El argumento que se saca del número de suscriptores no soporta la crítica tampoco. Bástale a un emprendedor sin conciencia especular sobre los instintos miserables y despreciables que existen en la multitud al lado de tendencias nobles y buenas, para estar seguro de encontrar lectores y compradores. —MAX NORDAU.

La moral es la regla de las costumbres. Y las costumbres son los hábitos. La moral es, pues, la regla de los hábitos. Llamamos buenas costumbres a las costumbres habituales; malas costumbres, a aquellas a las cuales no se está acostumbrado.

Los antiguos hábitos son queridos y sagrados para los hombres: este es el origen de la ley religiosa. También vemos que la moral de las religiones se refiere a un estado antiguo de las costumbres. Esto es exacto respecto de todos los cultos. En este sentido dijo Lucrecio que la religión produce los delitos.

En los pueblos cristianos, especialmente en los católicos, la moral teológica representa un estado anterior de la civilización. Es respetada, pero poco comprendida, y de hecho no se la tiene en cuenta.

El Derecho, que es la sistematización de la moral práctica, es independiente en Europa de toda idea confesional. El ministro italiano Minghetti, ha hecho notar, oportunamente, que el Código Napoleón reproduce una gran parte del Derecho romano anterior al cristianismo, y que, en las partes nuevas, está inspirado en el espíritu del siglo XVIII.

Nosotros tenemos ya, no sólo una moral, sino sanciones morales independientes de los dogmas religiosos.

Pero éstas no pueden ser fijas. La moral cambia sin cesar con las costumbres, de las cuales es la idea general.—ANATOLE FRANCE.

La igualdad

La mejor garantía, la condición precisa de la libertad positiva, es la *igualdad*. Por no haber establecido la libertad con la efectiva igualdad social, es por lo que las victorias liberales se han perdido. Todos tenemos un mismo orden de necesidades, como tenemos un mismo derecho. Para todos es la Naturaleza y de todos es el patrimonio social. Al tratar del trabajo hemos demostrado que ningún hombre puede bastarse a sí mismo, y que la labor socializada es la que satisface con exceso todas las necesidades: obra es de todos, y de justicia es que para todos sea su utilización. Por otra parte, si no existe el trabajador explotado y el acaparamiento del trabajo de muchos por unos cuantos, es de todo punto imposible la irritante desigualdad

Las falsas corrientes libertarias

Helios Pierrevolt

Iniciada ya, como ruina inminente, la última etapa de crisis capitalista, el obrerismo internacional lucha denodadamente por librarse de la opresión a que ha sido sometido, y si la masa proletaria lucha, es evidente que es porque el capitalismo presentado como tal, y hasta socializado por el socialismo, su soporte actual, se resiste, tratando no sólo de ganar, sino también de desarticular y pulverizar toda convulsión revolucionaria, aun a costa de los horrores que sean.

El capitalismo tiene el poder de serlo; dispone de los medios de fuerza y tiene la seguridad de vencer. Sin embargo, los socialistas revolucionarios, sindicalistas y anarquistas de todos los países no lo creemos así, sino precisamente al contrario. Partimos de que el edificio del Estado capitalista, de viejo, de inútil e inservible para sí mismo, se cuarteo y caerá, aun con sus apuntalamientos fascistas. Ni Mussolini, ni Hitler, ni MacDonald, semidioses de la nobleza y los ejércitos a beneficio de la Banca anglobritánica evitarán el derrumbamiento...

Ya puede ser cierto todo esto, lo creemos sin duda.

Pero es preciso tener conciencia de lo que supone. Es necesario capacitarse para el cometido • la dirección de un futuro posible; sin que seamos, por eso, tan ilusionados como Kropotkin, ni tan pesimistas como Christian Cornelissen, por ejemplo, quien motiva en gran parte el contenido de este escrito.

No estamos de acuerdo ni con éste ni con Besnard, ni con otros por el estilo que abusan demasiado de las líneas directrices, de los fastos organizantes, de los grandes y complicados cuadros de economía sindical. No. No es eso. Creemos firmemente que los individuos que hayan de asumir la dirección • la administración de una industria tendrán que poseer un volumen mínimo de conocimientos, y quizás superior, en la mayoría de los casos, al nivel cultural que tienen en la actualidad los técnicos de empresa. Mas nunca en la proporción que Cornelissen apunta en su ensayo, titulado *El Comunismo libertario y el régimen de transición* (1).

(1) Ed. Orto, Valencia, versión de Muñoz.

que hoy reina. O el trabajo y el trabajador son libres, y planteada queda de hecho la positiva igualdad social, o de cualquier modo que se exploten los esfuerzos de otros la desigualdad subsiste, la libertad desaparece, continúa la tiranía y el malestar general se perpetúa. No hay otro dilema. Siendo esto axiomático, la obra emancipadora no será efectiva si no figura entre los fundamentos sociales el principio de la igualdad.—JUAN JAURÉS.

El patrioterismo

El patrioterismo, esa llaga que yo llamaría francesa si no existiera con los mismos caracteres nefastos en casi todos los pueblos, no se obstina en vivir sino en los cerebros

que la evolución ha dejado atrás. El que a priori considera a los hombres nacidos fuera de las fronteras de su país como enemigos o «extranjeros», no mirándolos simplemente con ojos humanos, reniega de sí mismo y retrocede a los últimos grados de la animalidad. No ven en una nación más que las bayonetas con que se eriza en ciertas épocas, es tener un alma de antropoide, mal disimulada por la hipocresía sentimental y patriótica. De que yo ame mi hogar porque en él están todas las raíces de mi infancia, porque en él tuvo origen mi vida, no debe en modo alguno sacarse en conclusión que no he de amar los demás hogares. Amo mi hogar, y los hogares que le rodean, y los hogares más distantes, y todos los hogares, en fin.—LEÓN BAZALGETTE.

Tenemos, por razón, que disentir de esa manera de pensar; y, aunque juzguemos a buena fe la opinión en ese sentido, aseguramos que es casi absurdo esquematizar y hasta proyectar con tanta meticulosidad de detalles orgánicos lo que pueda o haya de ser la sociedad de *mañana*.

Desde luego que nosotros no llevamos los años de experiencia que lleva el culto holandés estudiando los problemas económicosociales del mundo proletario, ni menos pretendemos equiparar la nuestra con su capacidad, por ningún modo. Apreciamos a Cornelissen en el valor que tiene; pero nada más. No imaginamos cómo este señor ha podido concebir ese engendro de régimen bancario, como transición entre nuestro tiempo y la liberación. Pero, ¿es que el Comunismo libertario no es ya de por sí esa transición natural e inmediata que nos aproxime al anarquismo como máxima aspiración de superaciones y goce íntegro de nuestra libertad individual?... Otra cosa sería *transigir ya demasiado* en perjuicio de los ideales que debemos sustentar tan firmes por toda la vida.

De acuerdo que es preciso capacitarse, y, mejor aún, prepararse para el futuro próximo que está gestando la Humanidad, pero creemos imprudente de veras intervenir en forma tan medida el terreno que compete únicamente a las circunstancias y al arbitrio juicioso de las libertades individuales y colectivas. Es mucho, también, lo que llevamos aprendido de los rústicos, y no pocas veces nos duele iniciarles en determinadas cuestiones, quizás ventajosas, discutidas desde el punto de vista económico, sin temor a corromper y aun a anular su personalidad legítima. Ya hemos visto lo poco que al socialismo burgués le ha costado producir una buena parte del tronco robusto que tuvo sus raíces en la primera Internacional, convirtiendo a sus afiliados en un rebano insensible y abúlico para su cometido en la vida social.

No hay que olvidar que la libre iniciativa es la determinante más característica del hombre, y que si el gañán del Alto Aragón hace instituciones privadas verdaderamente geniales en materia de trabajo, ¿de qué no hubiera sido capaz esta gente campesina, disponiendo de cultura y medios científicos de producción, y —como dice un compañero— sin tener que mantener a tanto señorito gandul? (1).

Aragón, por ejemplo, lugar donde ahora nos encontramos, es una región agrícola, cuyo volumen de exportación de productos, así como su movimiento en harinas, aceites, vino, azúcar, etc., es de sobra conocido; y es indudable que si se consiguen pingües emolumentos y rentas para sostener la Banca zaragozana, sin conocimientos técnicos, siendo, además, sus gerentes, apoderados y directores algo menos que rurales conscientes, el diagrama económico aragonés elevaría sus líneas a puntos insospechados, si se prescindiera por completo de arribistas corporativos, agentes de explotación anónima, legalizados por el derecho de administración en general, y, en particular, por

los Códigos de comercio. Indudable, también, que ese diagrama —y lo que se dice de Aragón podría decirse igualmente con respecto a otra región cualquiera, y con referencia al carácter de sus producciones y desenvolvimiento peculiares— adquiriría todavía proporciones mayores sobre lo insospechado con los medios de que pudiera disponerse en un régimen libertario, aun transicional, y esto no sólo en cantidad, sino en calidades, apreciadas ahora tan burdamente en sus oscilaciones por gentes que carecen de sentido al especular sus negociaciones, mezquinas hasta para su lucro, por insolvencia mental, incluso de sus técnicos.

Creemos, pues, manifestar con esto que si no confiáramos muchísimo en cuanto valen nuestras clases trabajadoras y en el desarrollo que puedan en su día dar a la producción controlada por su libre iniciativa, eficazísima al desaparecer el yugo de la explotación y limpiarse y curarse, con la emulación y el estímulo, de enfermedades morales adquiridas por el contagio de las castas dominantes, podíamos poner en duda nuestro optimismo acerca del desarrollo de nuestras industrias y hasta caer en la sugestión cornelissiana de esa excesiva necesidad de técnicos seleccionados que tan de fino criba en su libro.

Repetimos que admitimos, en parte, esa necesidad, sobre todo en ingenieros químicos y electromecánicos, y aun en administradores adecuados al rigor de nuestra organización. Sin embargo, nuestro sentido de interpretación en el caso concreto de las industrias agrícolas, como en otros muchos, es bien distinto al mantenido por Cornelissen, pues, siguiendo su criterio, tendríamos que esperar quizás más de doscientos años a que el proletariado fuese capaz de asumir con esa integridad académica, la dirección y la administración de su trabajo. Todavía más. Creemos que esperándolo esto, además, bajo el dominio del imperio capitalista, los 200 años pudieran multiplicarse por no sabemos qué factor apreciable. Pero habíamos de dejar de estar convencidos hasta la saciedad, como lo estamos, de que el aparato del actual régimen de cosas ha de hacerse polvo mucho antes de que en esas condiciones pudiera educarse siquiera una generación de proletarios para ser ingenieros.

Tomando al proletario entre las cosas tal y como están en el lanzamiento revolucionario, vemos que es útil, y ya es bastante si le acompaña inteligencia para hacerse después lo que quiera. Decididamente, lo que parece que interesa es desviar o confundir la revolución a fines que no acertamos a comprender muy claro, defraudando los deseos de reivindicación que laten con violentas energías en la masa de los trabajadores, mostrándoles sin cesar dificultades infranqueables para que se debilite en su pensamiento la idea de conciencia libertaria, e invitándoles a ir continuando esta vida de inmoralidades y horrores, o a dejarse morir, es lo mismo, mientras cualquier aventurero se adueña de mapas extensos sin otra competencia que sus crímenes.

(1) Felipe Alaiz. *El trabajo será un derecho*. Zaragoza, 1922.

Principios fundamentales de Medicina naturista

Dr. R. Remartínez

(Continuación) (1)

Concepto y definición de enfermedad

El concepto del estado de enfermedad, como fenómeno, ha sufrido innumerables modificaciones en las distintas épocas según el modo de pensar de cada definidor y según las teorías más en boga en el momento correspondiente.

En la infancia de la Humanidad, como todavía en ciertos pueblos o razas de costumbres primitivas y ayunos de toda cultura, cuando la Medicina no existía aún con categoría de Ciencia y sólo era un conjunto de prácticas empíricas de fondo mágico, y cuando sus representantes eran medio brujos, medio sacerdotes y por completo ignorantes, la enfermedad (cuyas causas se ignoraban) hubo de ser tenida como un castigo, una maldición o una venganza de las deidades superiores, dioses o espíritus, a las que el hombre primitivo siente subordinada su existencia, y sólo podía contrarrestarse con sacrificios, ofrendas o mágicos ceremoniales expiatorios que encalmasen las iras de los poderes desconocidos.

Desde lo que pudiéramos llamar época histórica de la Medicina, el concepto cambia, dueños los hombres de más sólidos conocimientos, y ya no se cree en un origen divino o sobrenatural de las enfermedades. Señalaremos de aquel tiempo las ideas de Hipócrates que atribuye la enfermedad a una alteración de los humores, término algo ambiguo con que designaba los diferentes líquidos o sustancias vitales del organismo. Sin detenernos a analizar el modo de pensar hipocrático, en el cual hay indudable fondo de verdad, como

ya veremos, dejemos sentado que la definición peca de incompleta. Lo mismo podemos decir de las de Sydenham, Sthal y otros que, siguiendo las enseñanzas del sabio de Coos, abundaron en las hipótesis humorales de los estados morbosos.

Pasando por alto otras teorías y definiciones más o menos caprichosas, como la del «esfuerzo contra la Muerte», de Hoffman, la del «Araqueo», de Van Helmond, las puramente mecánicas de Buffalini o Asclepiades, o bien las confusas y demasiado vagas de otros biólogos posteriores, llegamos (para no hacer interminable este preámbulo) al concepto de enfermedad, según aquel sabio incomprendido, gloria de la Medicina patria, que se llamó doctor Letamendi.

El doctor Letamendi, partiendo de su concepto de la Vida como función y producto de la energía individual por las energías cósmicas, siendo el primer factor fijo para cada individuo y variable el segundo, y estribando la salud en la justa adecuación de éste a aquél define la enfermedad diciendo que es: *una perturbación vital relativa, ocasionada por causa cósmica, determinada por aberración física de la energía individual y caracterizada por desórdenes plásticodinámicos.*

Dada la exactitud y justeza de esta definición, poco habremos de añadir nosotros para puntualizar el concepto que del fenómeno enfermedad tiene la Escuela Médicanaturista. Veremos, desde luego, el fondo letamendiano de nuestra definición, pero no podría suceder de otro modo si confesamos basar nuestras convicciones en la fecundísima y genial Patología general del citado autor.

CUARTO PRINCIPIO. *Definición y concepto de enfermedad.* ENFERMEDAD ES UN MODO DE VIVIR ANORMAL, OCASIONADO POR INADECUACION CUAN-

(1) Véase el número 119 de ESTUDIOS.

TI O CUALITATIVA DEL MEDIO CON RELACION AL INDIVIDUO, LO QUE DETERMINA UN ESFUERZO DE ADAPTACION O COMPENSACION POR PARTE DEL ORGANISMO, Y CARACTERIZADO POR ALTERACIONES MATERIALES Y DINAMICAS CON UNA TENDENCIA FINAL CURATIVA O NORMALIZADORA.

COMENTARIOS.—Analicemos, frase a frase, la anterior definición. Sólo así se podrá comprender mejor lo que queremos expresar fijando mejor nuestras ideas y evitando al tiempo equívocos de interpretación.

ENFERMEDAD ES UN MODO DE VIVIR ANORMAL.—La enfermedad no es un ente, ni algo corpóreo, limitable o tangible; no es tampoco un ensayo de la Muerte, como alguien ha pretendido. Sigue siendo Vida, vida desviada de su cauce, función perturbada, movimiento alterado; pero vida, al fin, y tanto que sólo el intento por conservarla adaptándola a condiciones diferentes de las que rigen el estado de salud es lo que determina, en un esfuerzo de defensa, que la enfermedad estalle. Ya veremos más adelante, cuando nos ocupemos de otro de nuestros principios, que en toda enfermedad (tanto es normal su mecanismo y lógica su evolución) no hay ni siquiera funciones patológicas, es decir, funciones nuevas que sólo se ejerzan bajo el imperativo morboso, sino solamente mecanismos fisiológicos, alterados, desviados, incrementados, pero idénticos a los que podemos observar en estado de salud y perfecta normalidad funcional.

... OCASIONADO POR INADECUACION CUANTI O CUALITATIVA DEL MEDIO AL INDIVIDUO.—Vimos efectivamente al tratar de la definición de la Vida, que ésta, como fenómeno, no es sino un acto resultante del producto de dos factores: la energía intrínseca individual y las energías cósmicas que constituyen los diferentes modos de sustento del organismo. Vimos también que la armonía funcional, o sea, la salud, estriba y se fundamenta en la necesidad de un ajuste entre los dos factores, no en el producto máximo; que se precisa una adecuación de entrambos, es decir, que los valores del segundo factor en cantidad y también en calidad sean aproximadamente los que precise el individuo, siendo las necesidades de éste fijas para cada momento de su vida. Pues bien, si bien ciertas oscilaciones o variaciones cuantitativas del medio (alimen-

tación, respiración, aire, luz, etc.) son compatibles con el estado de salud por las posibilidades de rápida adaptación o acomodación del organismo, si se rebasan los límites haciendo difícil esta acomodación por ser las condiciones cósmicas muy alejadas en cantidad o distintas en calidad a las requeridas como normales, surge el estado de enfermedad, que no es en ocasiones sino un esfuerzo extraordinario de adaptación o bien la expresión de una lucha con tendencia restablecedora de la normalidad o bien todavía una reacción defensiva del organismo.

...LO QUE DETERMINA UN ESFUERZO DE ADAPTACION O COMPENSACION POR PARTE DEL ORGANISMO.—Ya queda dicho. Muchas, no todas, pero sí una gran mayoría de las dolencias, son la expresión de la tentativa del organismo que pretende acomodarse a condiciones de vida distintas de las normales. Un músculo que se hipertrofia, una mucosa que se inflama, un estómago que se dilata, son a menudo señales o manifestación de esta tendencia adaptativa. Casi toda la patología del aparato digestivo con sus diversas manifestaciones morbosas y múltiples enfermedades catalogadas, no es quizás en el fondo sino el esfuerzo frustrado del organismo por adaptarse a una alimentación completamente antinatural como lo es la que siguen la mayoría de los humanos y al abuso de alcohólicos y excitantes. Las reacciones de defensa en toda enfermedad infecciosa (fiebre más o menos elevada, sudor, eliminaciones tóxicas, sea por el lugar que fueren, dolor o laxitud que obligan al reposo, etc., etc.), no son sino la puesta en juego de mecanismos defensivos con el intento de adaptar provisionalmente al organismo enfermo y ayudarle a remover y expulsar las causas de su mal. Unas hemorroides que sangran periódicamente en un viejo arterioescleroso cumplen una función compensadora del peligro de un exceso de tensión arterial que amenaza gravemente a su cerebro con una apoplejía; un corazón que se dilata por una lesión valvular, trata de acomodarse a las deficientes condiciones en que funciona y compensa la pérdida de parte de su esfuerzo útil haciendo más enérgico el sístole. Podrían multiplicarse los ejemplos y siempre veríamos que, aunque a veces por caminos menos evidentes a primera vista, el organismo busca siempre, aunque a veces no lo consiga (que ello es función de su remanente de energía vital) el retorno a la normali-

dad y, entretanto, la compensación acomodaticia a las condiciones en que se ve obligado a vivir.

...CON UNA TENDENCIA FINAL CURATIVA O NORMALIZADORA.—Mucho se ha discutido sobre lo que Hipócrates llamaba *Natura medicatrix* (la Naturaleza que cura), pero es innegable que, pese a los que la niegan, la tendencia curativa se manifiesta casi siempre en la mayoría de las enfermedades. Las curaciones espontáneas de algunos casos de incluso graves dolencias no pueden ponerse en duda y son su más clara expresión. Por otra parte, es sabido ya por los modernos estudios de Patología que la mayoría de los síntomas son una manifestación defensiva que casi nunca conviene contrariar sino encauzar ayudando a la Naturaleza en su propia tendencia. Ni la enfermedad es una equivocación de la Naturaleza, ni lo son sus manifestaciones sintomáticas, ni el papel del médico es, por tanto, enmendar la plana a aquélla, sino tratar de estudiarla y procurar seguir para la curación parecidos caminos y procedimientos a los que ella espontáneamente emplea en ocasiones. Combatir ciegamente la fiebre, por ejemplo, y suprimirla con poderosos medicamentos antipiréticos es un absurdo, ya que la fiebre cumple el primer, más precioso y urgente papel en toda infección determinando la puesta en marcha de diversos mecanismos que, aunados, contribuyen a vencer el mal. Primero, la elevación de la temperatura en el medio orgánico dificulta muchas veces e impide otras la multiplicación y desarrollo de los gérmenes; luego, el forzamiento y la activación de las combustiones orgánicas contribuye a la destrucción de los elementos de desecho, insertibles restos orgánicos que constituyen el mejor medio de cultivo para los microbios; item más el incremento de la circulación sanguínea favorece el arrastre de los detritus y, a la vez, aporta mayor número de elementos de defensa (fagocitos) al teatro de la lucha; todavía, la sed (que jamás debe contrariarse en ningún enfermo febril) procura con la absorción de agua la más fácil eliminación de las sustancias tóxicas previamente disueltas por los diferentes emuntorios (sudor y orina, sobre todo); finalmente, actúa probablemente por otros mecanismos nerviosos y sutiles, y entre todos ellos coadyuva a la vuelta a la normalidad funcional y somática perturbadas.

Otro tanto pudiera decirse de muchos sín-

tomas, la mayoría de los cuales expresan una tendencia defensiva que se precisa saber encauzar en lugar de combatirlos ciegamente como si ellos fueran el mal mismo. Debe tenerse en cuenta, y ya nos ocuparemos de esto al tratar de otro principio, que la *enfermedad es un proceso* y que como tal tiene un principio (que no es siempre el instante de entablarse la lucha entre el germen y organismo, sino muy anterior), que tiene también un curso inevitable durante el cual se establece la lucha con tendencia a remover las causas anteriores del mal, y que tiene una finalidad: la vuelta a lo normal. Solamente comprendiendo así a la enfermedad, estudiando a la Naturaleza, siguiendo sus sabias indicaciones y guiándonos de sus enseñanzas, es como estaremos en condiciones de conocer el fondo de la enfermedad y orientando nuestros esfuerzos a remover sus verdaderas causas podremos curarla. Tal es el criterio de la Medicina Naturista.

UNA OBRA DE GRAN UTILIDAD
LA ESFINGE ROJA

Por Han Ryner

Sin duda alguna, una de las mejores y más acabadas obras de este gran escritor de fama ya universal, es *La Esfinge Roja*. En ella plantea un problema de gran alcance social, al cual deberán hacer frente quizá muy pronto todos los hombres de conciencia libre: el problema de la guerra, única solución que el capitalismo, en su situación desesperada, trata de lanzar al mundo para salvar sus odiosos privilegios.

No puede seguirse ya considerando a los pueblos como a rebaños inconscientes, propicios a dejarse matar estúpidamente. La guerra es un crimen horrible, un asesinato brutal y odioso, aunque los tiburones de la Banca, de la alta política y los fabricantes de armamentos traten de disfrazarlo con los tópicos Patria, Civilización, Derecho, etc., para nutrir sus arcas, ávidas de oro.

Leed esta obra, de emoción y de belleza incomparable, inspirada en una nueva moral humana y más digna.

Precio, 3 Ptas.; encuadernado en tela, 4'50.

La educación de la infancia

Andrés Angiulli

Se considera como máxima fundamental que la educación, abrazando desde la infancia todas las facultades del individuo, debe conformarse a las leyes fisiológicas y psíquicas que presiden su desarrollo; debe ser, por lo tanto, científica en sus procedimientos. En segundo lugar, la instrucción debe partir de la cooperación de la experiencia del mismo niño y procurar hacerle adquirir noticias de las propiedades y relaciones reales de las cosas en la gradación de su creciente complejidad; por lo que deben tener en sus elementos consistencia y valor científicos hasta las primeras lecciones dadas a los más tiernos niños. La enseñanza infantil debe ser una preparación para la escuela elemental propiamente dicha, pues ésta podría resultar infecunda, sobre todo en su aspecto educativo, si al recibir los niños a la edad de impresiones, sentimientos, representaciones y hábitos volitivos hubiese sido mal construido. Por lo tanto, el problema de la educación infantil es el problema capital de nuestro tiempo.

En lo referente a la escuela primaria se afirman dos cosas: que sea educadora de todas las actividades humanas y abraza, por lo tanto, la gimnasia, el canto, el dibujo, los elementos más sencillos del trabajo manual; y comprenda, por otra parte, en forma elemental y tomando como base la experiencia, los conocimientos más importantes acerca de los hechos de la Naturaleza y de la vida social, para que cada uno sea apto para cumplir en la vida los deberes de hombre y ciudadano. Por lo que junto con el aumento del contenido científico de la escuela se ve la necesidad de aumentar el tiempo de su duración, añadiendo, para los que no quieren seguir la segunda enseñanza, algunos años de escuela complementaria. En las naciones más adelantadas se ha visto la necesidad de añadir a los programas de la escuela prima-

ria, además de la lengua nacional y de los elementos de aritmética y geometría, nociones de las ciencias naturales, de la geografía, historia y ética...

Se pretende, por lo tanto, que el hombre salga de la escuela primaria instruido de los hechos y leyes capitales de la Naturaleza, de la vida y de la sociedad; preparado para poder desarrollar sus actividades de un modo provechoso a sí mismo y al todo de que forma parte.

Como las enseñanzas referentes a estos diversos objetos deben, por razones pedagógicas, ser distribuidas en los diversos grados de la escuela elemental, de tal modo que primeramente sean dadas las nociones más sencillas y por último las más complicadas de los hechos naturales de la sociedad y de la historia, la enseñanza primaria o elemental no obedecería a su objeto si no engendrara en la conciencia del individuo la concepción de las relaciones existentes entre los diversos objetos que la constituyen, si no enseñara el puesto que el mismo individuo ocupa en la Naturaleza, en la sociedad, en la historia, en una palabra, la idea general del orden cósmico; porque sólo de esta manera el hombre podrá tener su criterio regulador de su conducta moral en lo referente a la existencia y respetar la armonía de lo real y la armonía de las acciones humanas, todo lo cual constituye una verdadera filosofía.

¿Deberemos, por consiguiente, enseñar filosofía en las escuelas elementales? ¡Sólo nos faltaría esto!, oímos exclamar a muchos. No se asusten las inteligencias que pretenden ser sensatas cuando sólo son pobres; no pretendemos que se den cursos de filosofía en las escuelas primarias. Sólo deseamos que las anime un espíritu filosófico. Queremos solamente que las enseñanzas elementales de la física y de las ciencias naturales se unifiquen en una concepción elemental de cosmología

que es la forma más sencilla de la filosofía, y que en la enseñanza de la historia y de la ética se demuestre cómo la ley del progreso social se enlaza con las leyes de la vida y de la Naturaleza. De este modo, de la enseñanza de las leyes naturales y morales surgirá espontáneamente una doctrina del mundo y de los fines de la existencia que es precisamente la instrucción filosófica considerada como norma superior de la conducta.

Si el hombre, como se ha dicho, debe salir

de la escuela con un conocimiento de su puesto en la Naturaleza y en la historia o en la sociedad, este conocimiento será más exacto y útil cuanto más científico y filosófico sea. Por lo tanto, sin exigir una enseñanza filosófica, las enseñanzas físicas y éticas pueden proporcionar una instrucción filosófica. Para ello es preciso que los maestros reciban una educación más extensa en las escuelas Normales.

Acerca de EL HOMBRE Y LA TIERRA

Nuestros lectores extrañarán seguramente la demora en aparecer la edición que tenemos anunciada de la gran obra EL HOMBRE Y LA TIERRA.

A este respecto debemos una explicación acerca de las dificultades que nos impiden el llevar a cabo nuestro propósito enseguida, como es nuestro deseo.

Apenas anunciada en ESTUDIOS nuestra proyectada edición económica, la casa Maucci, de Barcelona, nos hizo saber que posee los derechos exclusivos de publicación en español de dicha obra, adquiridos de los sucesores de Francisco Ferrer Guardia.

Ya antes de haberla anunciado, nosotros habíamos recabado y obtenido la autorización de los familiares de Reclus, que acogieron con gran simpatía nuestra iniciativa de poner esta maravillosa obra, en forma digna y esmerada, al alcance de todos los obreros, cosa que ahora no es posible. Con ello cumplíamos uno de los más fervientes deseos de Ferrer Guardia, deseo que no ha quedado cumplido con cierta edición publicada con carácter de económica.

Pero en vista de la oposición de la Editorial Maucci, no tuvimos más remedio que someter este asunto al arbitraje de la Cámara Oficial del Libro de Barcelona. La mencionada Cámara invitó al editor Maucci a presentar los documentos en que basa sus pretendidos derechos, y este editor ha presentado una copia del contrato por el cual Francisco Ferrer Guardia adquirió del editor francés la exclusiva de publicación de EL HOMBRE Y LA TIERRA.

Ahora bien: según los informes de los familiares de Reclus y de algunos de sus compañeros, el autor de EL HOMBRE Y LA TIERRA no vendió jamás sus derechos de propiedad intelectual, aunque es posible que, en el caso concreto de esta obra, en razón a los cuantiosos gastos en dibujos, mapas, clichés, etc., que supone su edición, hiciera alguna concesión especial a favor del primer editor francés.

Pero esta concesión, en todo caso, no es de suponer que Reclus la hiciera en forma definitiva y absoluta, sino limitada por un número determinado de años, que ya deben haber caducado.

Para aclarar este extremo, que nos colocará definitivamente en condiciones de poder publicar o no nuestra edición, hemos escrito a la familia de Reclus para que averigüe el texto y las condiciones de la mencionada concesión especial hecha por Elíseo Reclus al primer editor, y en estos momentos estamos pendientes de esta averiguación.

Así, pues, rogamos nuevamente a todos una nueva espera, con la seguridad de que pronto esta cuestión ha de quedar resuelta definitivamente, y de cuya resolución daremos cuenta a nuestros lectores oportunamente.

Lo que decían, antes de la República, los hombres de la República

El capitalismo y la preeminencia de las cosas

En el orden jurídico concordante con el capitalismo, en parte creador de él y en cierta medida por él creado, al reconocer al individuo determinadas libertades que le ponían en aptitud legal de escalar la riqueza, esto es, los bienes materiales, creyó haber hecho cuanto era necesario en pro de la justicia civil; creyóse que el automatismo económico-jurídico resultante del régimen de libertad había de ser el encargado de llenar con realidades justicieras el cuenco vacío de las libertades consagradas.

Mas el corazón real del régimen civil naciente era el derecho de propiedad. El Poder público se había reservado respecto de todos los derechos subjetivos, llamados derechos del hombre y del ciudadano, fáciles medios de suspensión; mas no así con el derecho de propiedad, respecto del cual se atenuó prontamente el sentido social de la Revolución francesa; es que el derecho de propiedad era el dios de carne y sangre ante el cual prosternábase desde sus albores la sociedad política capitalista y al que jerárquicamente quedaban supeditados todos los otros derechos: lo primero, las cosas; después, las personas.

Mac-Culloch escribía con acuidad profunda en 1830: «La pasión irreprimible por la ganancia, el *auri sacra fames* (hambre sagrada de oro) impulsa a los capitalistas.» (*The principles of Political Economy*, página 179); el mundo había puesto como blanco de la voluntad la posesión de riquezas.

El movimiento político de la clase poseedora, factora principal del derecho elaborado desde mediados del siglo XVIII, una vez

que libertó la persona y los bienes de la supeditación señorial en que vivían, procuró poner, sobre todo los últimos, a buen recaudo, y en efecto, tan plenamente consiguió su objetivo, que, al ensanchar, aún más que en edades pretéritas, la separación entre los hombres y la utilización del beneficio que merced a su labor rinden las cosas, ha hecho posible esta descripción del régimen vigente —escrita sin propósito condenatorio— por un eminente jurista francés: «Los verdaderos bienes son los derechos sobre las cosas, porque permiten combinaciones merced a las cuales las cosas trabajan ellas solas para el propietario, reportando una renta sin que cueste esfuerzo. En una palabra, el verdadero bien de la renta, la renta gratuita.» (Hauriviu: *Principes du Droit Public*, segunda edición, 1916, página 391.)

Pero como en la creación de la riqueza siempre intervienen sujetos individuales y colectivos, cuando se dice que las cosas trabajan por sí solas a favor del propietario, lo que realmente se quiere decir y se dice es: primero, que el propietario no necesita trabajar para que se acrezca su patrimonio; y segundo, que otros hombres, o una corporación, o la comunidad nacional, o las necesidades de la vida económica internacional, se encargan de elevar la estimación de su bien o de aumentar la suma de sus beneficios, ya a causa de necesidades perentorias, bien por virtud de esfuerzos sociales exaltadores del valor de los bienes económicos; es decir, lo que ello significa es, que, gracias al orden jurídico constituido, él tiene derecho a ser beneficiario pasivo y privilegiado del aumento de riqueza social, y para que disfrute en plena paz de los beneficios que le reporta su derecho no se ha regateado a éste los ape-

La palabra de «La Esfinge Roja»

(Contestación a Isaac Puente)

Han Ryner

El gran camarada Tolstoi condenaba con la misma severidad al Gobierno, a quien definía como «la violencia organizada», y a los procedimientos revolucionarios violentos. Aunque Sebastián de Ribíes, uno de los héroes de *La Esfinge Roja*, se halle más cercano a Tolstoi que yo, no le sigue por completo en tan trascendental cuestión. Una prueba palmaria de ello es el diálogo en el que confronta sus razones con la de su hijo Gustavo, partidario de la violencia en oposición a la tiranía, y en el transcurso del cual no niega a éste «el viático de una partícula de complicidad» (pág. 151) y llega incluso a proclamar la justificación ética del acto revolucionario o de la rebeldía o violencia individual, puesto que dice: «Cuando alguien se abroga sobre ti un derecho, te da sobre él otro derecho... el de la vida y muerte.» Y en párrafos siguientes saluda a los revolucionarios con estas palabras: «Sois hombres justicieros.»

Pero, más lejos, añade: «Jesús de Nazareth y Epicteto de Hierópolis están por enci-

lativos supremos; es un modo de amparar con el influjo de lo mágico su débil constructura ética.

El rasgo diferencial de la moderna sociedad capitalista es, pues, de un lado, la separación jurídica entre el Poder político y el económico; de otro, la separación profunda en el seno de lo económico entre los elementos objetivos materiales de la producción —lo instrumental— y los subjetivos humanos: entre el productor y los medios de producción.

FERNANDO DE LOS RÍOS

(*El Sentido Humanista del Socialismo*, páginas 80-83 (1926).

ma de la justicia.» Suponiendo que la apreciación sea en un todo exacta, no veo por qué motivo ni en nombre de qué podríamos exigir, y precisamente al oprimido, la generosidad de elevarse por encima de la justicia. Sería una equivocación; mi deber consiste en iluminarle acerca de la eficacia o de la inanidad de su acción.

La ingeniosa refutación que intenta hacerme Isaac Puente bajo el título de «Sísifos» reconoce, sin embargo, que, en el pasado, toda revolución social fracasó o fué escamoteada, aunque concluye: «Pero el pasado no es el fiel reflejo del futuro.» Indudablemente. Y cuando se trata de manifestar esperanzas me siento más próximo a Isaac Puente que a Sebastián de Ribíes; pero diferimos con respecto a los medios indispensables para llegar a la transformación social.

«El fin justifica los medios.» Esta máxima, de la que los jesuitas y otros maquiavélicos han abusado, puede interpretarse de una manera aceptable. Pero vayamos con cuidado, porque algunos medios destruyen irremisiblemente bastantes fines.

La violencia, que es un medio de suma utilidad para los tiranos, ¿puede encerrar alguna virtualidad práctica puesta al servicio de los enemigos de la tiranía? ¿Puede la coacción ser la base de la libertad?

No quiero hacer notar el poderío irresistible que la ciencia moderna ha puesto en manos de la violencia organizada, es decir, del Estado. Recordemos solamente la epopeya de aquel desdichado acorazado holandés cuya tripulación sublevada huyó en él, y la cual, bajo los efectos de una sola bomba —y no de las más mortíferas— hubo de entregarse, rindiéndose a la voluntad de las autoridades. Mirándonos en este espejo comprobamos que, bajo sus formas antiguas y violentas, el llamamiento a la rebelión mani-

fiéstase, en la actualidad, romántico y periclitado, iba a decir, incluso, tan ridículo, como lamentable. Constituye, el acto revolucionario, para la autoridad, una promesa de fácil victoria y de refuerzo de su poderío inicuo.

Mi actitud condenatoria de la revolución violenta no data de los últimos y atroces adelantos de la ciencia. Incluso en aquellas épocas en que la revuelta tenía posibilidades de triunfo «material», parecíame real y profundamente ineficaz.

Y es que, para luchar por medio de la fuerza, el revolucionario debía consentir a plegarse a las condiciones sin las cuales la fuerza se trueca en debilidad: la disciplina y la obediencia ciega a los jefes. En un principio había de sujetarse a estas condiciones durante un largo período de preparación, y, luego, debía inclinarse ante ellas mientras durase el indeterminado lapso de tiempo en que tenía efecto la lucha. Todos sabemos, con excesiva diafanidad, de qué manera los consentimientos provisionales adquieren un carácter definitivo. Los jefes no hallaban nunca llegada la hora de desprenderse del dulce hábito de mandar.

Por su parte, el revolucionario, a fuerza de disciplinarse, deja a un lado, y luego lo pierde por completo, el sentido libertario; conviértese en un instrumento, como otro soldado cualquiera, y adquiere cierta madurez rebañil que le hace sentirse apto para entrar en un cuerpo policíaco, aunque éste se denomine, para consolarse o glorificarse, «Cheka». La victoria externa, obtenida a costa del sacrificio de aquello que en nosotros había de más precioso y humano, es una derrota de nosotros mismos, de la humanidad y del propio sentido revolucionario. Resulta, en fin de cuentas, que hemos combatido para proceder a la elección de nuevas manos, y, vencidos o vencedores, hemos reforzado la tiranía.

Ante esto, Isaac Puente exclama: «Es esta una doctrina invitadora a la parálisis y a la renunciación.»

Nada de eso, apreciable camarada. Condenar un método ineficaz de acción no implica renunciar a toda actividad. Las actitudes de no violencia tienen una eficacia exterior por lo menos igual a la de los métodos violentos y poseen la ventaja de que no destruyen el alma revolucionaria so pretexto de contribuir al éxito de la revolución. La huelga del hambre ha libertado más presos que el asesinato del carcelero.

No sabemos cuál será el resultado defini-

tivo del movimiento gandhista. Y aunque mi admiración por ese héroe que se llama Gandhi no lleva aneja mi adhesión a sus puntos de mira excesivamente nacionalistas, apruebo en absoluto la parte negativa de su método, ese sistemático rehusar el empleo de la violencia. La lucha dura, con sus alternativas de éxito y fracaso, desde hace tiempo. Pero, en cambio, un alzamiento armado habríalo reducido prontamente el Gobierno inglés por medio de granadas incendiarias o de gases asfixiantes. Pero aun admitiendo que un éxito inverosímil hubiese sido el corolario de una rebelión sangrienta, al término de ésta, mahometanos e hindúes habríanse dedicado a matarse mutuamente.

Ni parálisis ni renunciación. La acción no violenta, la negativa de complicidad, el dedicarse a despertar conciencias en toda ocasión propicia, tal es la actividad de perenne eficacia; y siempre, no descuidar jamás la educación, o, mejor dicho, según la expresión original de Sebastián de Ribíes, la inducción y el resurgimiento del espíritu crítico.

La paciencia es el complemento de la perseverancia. No sintamos jamás el descorazonamiento; no nos dejemos arrebatar nunca, tampoco, por el enloquecimiento impulsivo ni por el sentimiento al fácil reflejo de violencia. No vayamos, so pretexto de que es necesario actuar, a hacer, ingenuamente, todo lo contrario de lo que quisiéramos. Tengamos presente que no lograremos calmar la furia del huracán elevando contra la tempestad adversa un viento contrario.

SEXUALISMO LIBERTARIO

(AMOR LIBRE)

Por Eugenio Pagán

De la excepcional importancia de este libro da idea el INDICE:

Cupido encantado.—*La sombra de Malthus.*—*En las entrañas del problema.*—*Huelga de vientres.*—*La prostitución.*—*Una prostitución masculina.*—*El terrible venéreo.*—*El culto a la himenolatría.*—*La cuestión feminista.*—*Peligros de la concurrencia intersexual.*—*El hombre, enemigo de la mujer.*—*La sociedad capitalista contra el amor.*—*La poliandria, la poligamia y la promiscuidad.*—*El incesto.*—*La ciencia frente al amor.*—*El amor libre.*—*Eros y Baco.*

Precio, 1 peseta.

La cadena de la buena suerte

María Lacerda de Moura

Recuerdo que, cuando joven, recibí por tres o cuatro veces una hoja de papel cuyo título rezaba: «Cadena de la suerte», o bien «Cadena perenne» o cosa similar. El contenido de tales hojas era siempre, con poca diferencia, el mismo, y las recomendaciones que en ellas se hacían, terminantes: aquel que rompiese la cadena veríase perseguido por todos los reveses y desgracias.

Para atraerse la dicha y el éxito era ineludible obligación hacer siete o nueve copias de la hoja y remitirlas inmediatamente a algunas personas con cuya amistad contáramos. Y sucedía, así, que la misma cadena, a veces, volvía, por tres o cuatro veces consecutivas, a manos de determinada persona.

Recuerdo asimismo que cuantas hojas de esta índole recibí, obtuvieron, de mi parte, un trato indiferente y que jamás contribuí a la difusión de tamaños absurdos puesto que no me molesté en sacar ni una sola copia. Ello horrorizaba sobremanera a mi familia que ponía el grito en el cielo —como vulgarmente se dice— lamentando de antemano las innúmeras desgracias que, según ellos, habrían de interponerse en mi camino.

Y he aquí que, hace pocos meses, vino a mis manos, por intermedio del correo, una nueva hoja correspondiente a otra «Cadena de la suerte». Ello no tendría importancia si no hubiese venido dicho papel acompañado de una circunstancia realmente sensacional, pues al pie de la misma figuraban, como eslabones de esa «cadena», nombres de personalidades prestigiosas que, con semejante proceder, acaban de pagar ridículo tributo a una corriente de baja superstición.

He de confesar que me quedé boquiabierta. Hombres de responsabilidad social, estudiantes, médicos, profesores y políticos temieron atraerse la desgracia rompiendo la cadena y decidieron hacer las copias de un papel que nada dice, si no es poner de ma-

nifiesto la supersticiosa flaqueza del rebaño humano.

Para evidenciar la imbecilidad que guía la redacción de tales textos, en lo que lo de menos es la ortografía, la prosodia y la sintaxis, y a fin de que el lector se percate de la fascinación avasalladora que estas corrientes supersticiosas ejercen, incluso en el ánimo de personas que, por su posición científica e ideológica, habrían de hallarse a cubierto de contagio, copio la hoja de papel que recibí, íntegramente, incluyendo los nombres de las personalidades que formaban la cadena en la que con tan poco acierto me incluyeron a mí y la que en mí quedó rota. Veamos:

BUENA SUERTE CADENA DE PERENNIDAD

Haga nueve copias de esta hoja y remítalas a nueve personas de entre sus amistades, a aquellas a quienes desee usted buena suerte. Esta cadena fué iniciada por un coronel del ejército americano y tiene que dar la vuelta al mundo tres veces. Escriba las copias, a ser posible, después de 24 horas de recibida ésta, y no rompa la cadena puesto que, de hacerlo, la desgracia le perseguiría y su ruina sería segura. Durante los nueve días que sigan a aquel en que haya usted enviado las copias recibirá beneficio inesperado, de lo contrario le ocurrirá algún perance.

DATOS CONCRETOS

El señor Ruiz debe su fortuna a haber cumplido o ejecutado con exactitud las recomendaciones expresadas. El doctor Albary, de Victoria, obtuvo, en nueve días, el premio de 20 mil dólares por el que tanto tiempo había suspirado. El doctor Gómez, al tiempo justo de haber cumplido con lo prescrito vió con sorpresa que le había caído el premio mayor de la Lotería por valor de seiscientos mil pesos. El doctor Francisco Montes, de Oce, no quiso tomar en serio cuanto queda expuesto y a los nueve días de haber recibido la cadena, sin que le diera curso arruinóse por entero. El señor sabrá qué le conviene más. Que Dios la auxilie y la guarde.

CADENA DE LA MUERTE

Del doctor Blas Arruda al doctor Plinio Cardoso y de éste al doctor J. Ignacio Fonseca; de éste al doctor Miguel Presgreave, de éste a la profesora Eunice Caldas, de ésta al doctor Américo Nano, el cual la remitió al profesor Fausto Souza quien, a su vez, enviola al profesor Víctor Gramada, éste a José Fonseca, que la transmitió a Luis Fangoso, éste a Erótides de Campos y éste a Adolfo Silva, éste a Benedicto D. Cortinho, éste a Francisco Andrade del cual —a través de bastantes nombres que no menciono— pasó al doctor José de Alcántara Pepe, éste la remitió al doctor José Piedade, éste al doctor Carlos Guimaraes Junior, éste al doctor Lázaro de Camargo Almeida, éste al doctor Juan Bautista Carmigiani y éste a doña Ermelina Parmigiani Ferreira la que remitió a María Lacerda de Moura.

Y aquí finaliza, de una manera efectiva, la cadena, en la que aparecen nombres tan prestigiosos para la ciencia y la pedagogía brasileñas como lo son en España Marañón, Ortega Gasset, Fernando de los Ríos, Azorín, Barnés, Ramón y Cajal y otros.

Que me perdone y disculpe la amable señora Ermelina Parmigiani, a la que no tengo el gusto de conocer, pero la cadena, ahora, tendrán que rehacerla ellos. Yo no estoy dispuesta a perpetuar la ingenuidad supersticiosa que requiere dar «tres veces la vuelta al mundo» en una hoja de papel tan incoherente que no acierto a expresar lo que quería decir.

En vano procuré descifrar la corriente. No la hallé. La primera parte explica lo que hay que hacer y cómo. La segunda narra la suerte de los que cumplieron fielmente, a ciegas, las obligaciones estipuladas en aquélla, y cuenta la desgracia de aquel que no tomó en serio la cadena. Tanto en un caso como en otro sólo se citan los nombres truncados, fragmentarios, de personas a quienes no es posible identificar, pero la credulidad humana es infinita, y bastan esas vaguedades para despertar el interés.

La tercera parte contiene los nombres de las personas que forman lo que podríamos denominar los eslabones de la cadena. Pero, ¿dónde está la corriente mágica? ¿Qué debe decirse para atraerse el éxito? ¿Dónde están las palabras sacramentales?... ¿En qué consiste la corriente?

Las «Cadenas de la suerte» que circulaban durante la Gran Guerra no eran, ni en mucho, tan incoherentes. Tenían un objetivo indefinido: eran una maniobra de los aliados. Contaban fantásticas apariciones de guerreros que expresaban su fe en la futura

victoria de los aliados «en defensa de la civilización».

Impresionaban al explicar la aventura del coronel X —indefectiblemente americano— que había conversado con Juana de Arco o con un caballero vestido de albo ropaje que montaba brioso corcel, los cuales aseguraban que la victoria habría de sonreír a los planes del Cuartel General Jefe de los ejércitos aliados. De esta suerte, cada eslabón de la cadena era un grano de simpatía en favor de las fuerzas americanas, francesas e inglesas, etc., y una merma de opinión para los «bárbaros» de Alemania; era la manifestación de una corriente adversa para los «boches», los «mutiladores» de criaturas belgas; constituía una avalancha formidable contra los seguidores del Anticristo, y, en suma, contra la competencia de la célebre «Made in Germany»...

Había en aquellas hojas expresiones altisonantes de patriotismo y confianza en Dios, en el Dios de los protestantes y católicos americanos, naturalmente, pero contrarias al Dios de los católicos y protestantes alemanes, ya que los acorazados y aviones, los submarinos y los cañones, las banderas y las bayonetas, todo estaba bendecido por el Dios respectivo de cada nación.

Pero existe un Dios católico francés y otro Dios católico italiano que nunca llegarán a ponerse definitivamente de acuerdo, así como, durante la guerra, el Dios de los ingleses y americanos era enemigo del Dios alemán. ¡Secretos de la diplomacia y de la política clerical que, nosotros, pobres laicos, jamás llegaremos a discernir con diaphanidad!

De otro lado, la «Cadena de la suerte» que circulaba durante la Guerra europea perseguía un fin determinado: acumular pensamientos de simpatía y entusiasmo en torno a las gestas y a la victoria de los aliados.

Esta que recibí ahora contiene en su mitad la idea mutilada y en una forma inasequible, pero en lo fragmentario de la misma se advierte una vaga noción del sistema empleado para sugestionar a los demás; tiene un sabor de evidente infantilidad norteamericana, y, a pesar de ello, hay personas de relieve que la copian y la transmiten. ¡Parece increíble!

La mayoría de los nombres insertos en la hoja me son perfectamente conocidos. ¿Será verdad que se hayan prestado a semejante... ingenuidad? ¿No vieron que la tal cadena era un absurdo y que carece de nexo, de corriente interna? ¿No se percataron de que nada hay en la hoja que justifique la preocupación

imbécil de los nueve días, de las nueve amistades y de las desgracias y suertes? ¡Presenta tan sólo la absorbente preocupación del dinero como el único factor de felicidad!

Me resisto a creer que personas de alguna responsabilidad mental se dejen arrebatar por tales tonterías. Prefiero imaginar que las tales cadenas son copiadas y distribuidas por alguna persona crédula de la familia de esos hombres ilustres. Pero... ¿con su aquiescencia?

Y es así como se perpetúan todos los errores sociales. Preconceptos, prejuicios, rutina, todos los crímenes de lesa felicidad humana son transmitidos de generación en generación, inconscientemente, a través de la tradición de las «Cadenas de la buena suerte». No se necesita raciocinar, y el gesto de repetir es facilísimo.

Y la «Cadena de perennidad» da la vuelta al mundo innumeradas veces, siglos y siglos, milenios y milenios, trocándose en incubadora de «verdades muertas», arrastrando cadáveres insepultos, cultivando «mentiras vitales» que todos repiten, que todos divulgan y transmiten: doctos y doctorados, cultos e iletrados, librepensadores de rebaño y aun las almas simples de los religiosamente cristianos; todos se dan solidariamente las manos para la inalienable conservación de los eslabones de esas cadenas de errores y crímenes de lesa felicidad individual y humana que constituyen el patrimonio social.

Murió el raciocinio. ¿Qué inexorable fatalidad nos impele a repetir los gestos vulgares de «todo el mundo»?... Y ahora, un cálculo. Imaginemos un momento la fantástica suma de sellos utilizados en el envío de las «Cadenas de la suerte», de nueve en nueve, hasta dar por tres veces la vuelta al mundo.

Cada persona gasta, dentro del país —puesto que cuando la «cadena» atraviesa las fronteras el gasto es mayor— 2'70 pesetas si no hay recargo alguno en el franqueo, sin contar el papel empleado y el tiempo perdido. Las nueve primeras personas gastarán pues, sólo en sellos, 24'30 pesetas; las demás, ya en número de 81, emplearán sellos por valor de pesetas 218'70, después de lo cual, habiendo aumentado el número de eslabones a 729, ascenderá el dispendio a 1.968'30 pesetas, y las 6.561 personas siguientes gastarán 17.714'70 pesetas. Y esto es tan sólo una débil muestra. Imaginemos con de-

tenimiento a qué fabulosa suma de millones nos conduciría el cálculo, si lo prolongáramos.

¿Y la energía? ¿Y el papel? ¿Y el número de personas que hay que emplear en tan torpe menester en las oficinas de Correos? Todo es dinero para las arcas del Estado. ¿Y en qué se emplea la suma de tanta imbecilidad humana, empeñada en desperdiciar esfuerzos ingentes y en rellenar la Hacienda pública, sino en la construcción de acorazados y aviones, en el sostenimiento de los ejércitos y de la policía, en la producción de gases asfixiantes y ametralladoras y para lanzar a los hombres unos contra otros para que se destrocen mutuamente en las carnicerías guerreras?

Cada una de esas corrientes es una posibilidad de negocio para los grandes fabricantes de armas que llenaron sus cajas de caudales a costa de la sanguinaria matanza en los campos de batalla, a costa de toda la imbecilidad social que se empeña en servir de pelele para dirimir las competiciones económicas que culminan en el banditismo de las guerras.

¿Hasta dónde llegará la ceguera del género humano? «Cadena de perennidad...» «Buena suerte...» ¡Cuánto simbolismo!

Y es así, perpetuando la rutina, la tradición, los errores, las supersticiones y la imbecilidad del rebaño social, como los grandes, los magnates, los poderosos, los sacerdotes y los seudosabios de la parábola ryneriana llegaron a cerrar los párpados del pueblo que, ciego, no deja de ensalzar a sus tiranos...

Buena suerte... Cadena de perennidad... Imbecilizar a los individuos, ¿no será la más alta misión social?

La intuición

La intuición se basta a sí misma; de aquí que procede exclusivamente de ella y a ella es fiel, como la obra de arte verdaderamente tal no puede ser falsa ni refutada en ningún tiempo. La intuición no es una opinión, es la cosa misma; en cambio, con el conocimiento abstracto, con la razón, nacen a la vez la duda y el error en el terreno teórico; en el práctico, la inquietud y el arrepentimiento. Si en la representación intuitiva, la apariencia deforma la verdad por un momento, en la abstracta el error puede perdurar durante miles de años, sojuzgando despóticamente a pueblos enteros, haciendo posible que sus siervos, aquellos a quienes alucinó, carguen de cadenas a los que no se dejaron seducir.—SCHOPENHAUER.

Defensa de la objeción de conciencia

Pedro Roggers

Antes de examinar las cuestiones promovidas por la objeción de conciencia, en particular sobre el valor que conviene asignarle en caso de conflicto internacional y si los revolucionarios pueden reivindicarla seriamente, debemos ponernos de acuerdo sobre el sentido de esas tres palabras a fin de evitar cualquier equívoco. Si se tradujeran literalmente, serían objetadores de conciencia TODOS los que rehusan su concurso (directo o indirecto) a la guerra. En consecuencia, los revolucionarios lo serían. Pero esta expresión ha tomado un sentido limitado: ya no se designa ahora bajo ese nombre más que a los hombres que rehusan INDIVIDUALMENTE llevar las armas. Además, algunos quisieran limitar aún esta denominación a los tolstoianos, lo cual es un error, pues hay otras formas de ser objetador que la actitud pasiva de los tolstoianos. Desde el punto de vista revolucionario, los discípulos de Tolstoi no deben interesar apenas. Su doctrina les condena a ser eternas víctimas y un revolucionario no tiene la costumbre de devolver bien por mal. Pero el objetador de conciencia no se halla obligado en modo alguno a esperar tranquilamente a los gendarmes poniendo a disposición suya el texto de la declaración que hará en presencia de los jueces militares, indiferentes y condenando de antemano al infeliz que cae en sus garras. Se ha escrito mucho sobre la objeción de conciencia. Como siempre, los taimados, los utilitarios, los materialistas han tratado de tontos a los que arriesgan su vida por su actitud. Pero, razonablemente, revolucionarios de pacotilla, no esperéis que las gentes que están en el Poder tengan en este punto el gusto del suicida y que os dejarán obrar con toda tranquilidad. No esperéis hacer la revolución con mangas de encaje. Debierais reflexionar en que el Poder capitalista empleará todos los medios para impedir la insurrección. Y en tal caso, si no os halláis dispuestos a hacer el sacrificio de vuestra vida, es que vuestras convicciones son poco sinceras. Respecto al alcance social de la objeción de conciencia, se ha dicho y escrito con frecuencia que no constituía más que un gesto aislado, falto absolutamente de consecuencias. Recordemos algunos hechos que prueban lo contrario: La ejecución del conde de Egmont —el cual fué a su manera un objetador de conciencia— provocó la insurrección de Flandes contra la opresión española. La leyenda de Guillermo Tell, reducida también a la estricta verdad histórica, demuestra que la objeción de conciencia es susceptible de tener consecuencias importantes. A estos hechos históricos añadiremos el ejemplo de la rebelión de Tolosa en 1917, provocada por una negativa individual de marchar. Estos pocos ejemplos prueban que los que hablan de «lamentable fracaso» de la objeción

de conciencia harían bien en volver a leer y en meditar el apólogo de la paja y de la viga. Porque, finalmente, los revolucionarios que engrasaban sus zapatos con tanto ardor en 1914, en lugar de sostener apreciaciones a la ligera, deberían citar con hechos concretos la eficacia de su remedio (1).

Observad que el objetador de conciencia nunca se ha propuesto MATAR la guerra. A menos que sea un iluminado, un individuo aislado no puede pensar en detener la matanza, no más que una paja detiene un torrente. Su gesto, que tiene el valor de un ejemplo, señala la rebeldía de un hombre contra la sociedad que pretende arrogarse el derecho de disponer de su persona y de ordenarle un acto reprobado por su conciencia. Habiendo adquirido el hábito de PENSAR COMO INDIVIDUO, desconfía de la multitud, sabiendo lo fácil que es zarandearla. No es exagerado decir que todos los objetadores (casi con muy raras excepciones) han seguido durante la guerra la línea de conducta que se habían trazado. Por el contrario, se ha visto a los revolucionarios de todos los países degollarse mutuamente con una unión muy notable. ¿Por qué? No vacilo en responder que hay que buscar la causa de ello en el hecho de que sus filas estaban compuestas en su mayor parte (los anarquistas con el mismo título que los demás) de hombres incapaces de tener una opinión personal y un pensamiento propio. No juzgaban sino según el parecer de tal o cual camarada que hablaba bien, según tal o cual escrito que con frecuencia habían mal leído. Pero el hombre más inteligente del mundo puede muy bien equivocarse y estimo que cada cual tiene el derecho y el DEBER de tener una apreciación personal sobre la vida política (2). ¡Ah! Bien sé que esta concepción del papel del individuo dispensa de todo esfuerzo intelectual. Es más fácil aceptar sin discusión una opinión formada que procurar instruirse a sí mismo. Pero la última guerra ha demostrado los resultados de esta psicosis colectiva, mentalidad del carnero perdido en el inmenso rebaño.

(1) Se citará el ejemplo de Rusia. Pero los rusos hicieron su revolución tres años después de la declaración de guerra. El objetador de conciencia no precisa tres años para apercibirse de que la guerra es abominable. Y por otra parte, todo incita a pensar que la revolución no habría tenido lugar si los ejércitos zaristas hubieran sido victoriosos de Alemania.

(2) No quisiera que se creyese que pongo en duda la utilidad de las lecturas. Pero un anarquista debe leer siempre con el sentido crítico, lo que por desgracia no hace todo el mundo.

Esos individuos anónimos han esperado para obrar que comenzara el vecino y han sido incapaces de la menor acción desde el momento en que ellos, sobre los cuales descansaba su confianza, han marchado contra el «enemigo».

Yo digo a todos los comunistas, libertarios o autoritarios: «Antes de pensar en la acción colectiva, aprended a cultivar el individuo. La muchedumbre, para llevar a cabo una acción revolucionaria, debe de estar compuesta de individuos que sepan PENSAR, en caso de necesidad, en contra de todos. *Un revolucionario debe ser capaz de hacer individualmente lo que dice querer hacer colectivamente.*»

Justamente, cada una de las individualidades que forman la inmensa mayoría de los revolucionarios de antes de la guerra no ha tenido el valor de tener razón contra la muchedumbre, porque no había adquirido el hábito de pensar como individuo, es decir, de poner la conciencia y el ideal por encima de las cuestiones del estómago. A su actitud de entonces, opongo la de los objetadores de conciencia que no han vacilado en correr el riesgo del pelotón de ejecución antes que hacer una guerra condenada por su conciencia. Oigo todavía a los taimados, a los utilitarios y a los materialistas decir que no es más que una satisfacción platónica el morir escupiendo su desprecio al rostro de los ejecutores. ¡Pues bien! Morir por morir, es preferible llevarse a la nada la certidumbre de haber cumplido con su deber que decirse: «Heme aquí en el fango con un kilogramo de metralla en el vientre, y esto por mi culpa. Pues si no hubiera sido un cobarde, o bien viviría libre y en paz o bien habría muerto en pie, libre y fiero, en lugar de estar tumbado sobre la tierra sufriendo dolores inhumanos.»

Sin embargo, ¿debe considerarse la objeción de conciencia como suficiente? En otros términos, ¿exime ella de toda acción revolucionaria? Evidentemente que no. El error de los objetadores estriba en olvidar la acción colectiva. Pero el error de los revolucionarios consiste en desdeñar la acción individual, en creer que la objeción de conciencia es incompatible con la causa. Tienen una confianza tan grande y —¿por qué temer las palabras?— tan ciega en la huelga general que no se preocupan más que de precisar su actitud en caso de fracaso de la insurrección. Ahora bien, debieran pensar que el éxito de una revolución frente a un conflicto armado no es nada menos que cierta (1). Me acuerdo que Besnard, durante una conferencia tratando el asunto que nos ocupa, empezaba así un período oratorio: «Estoy persuadido de que toda la clase obrera...» Pues bien, sé muy bien que mis palabras no gustarán, pero no se me impedirá decir que esas palabras demagógicas, si son hechas para halagar a un auditorio, no corresponden en manera alguna a la realidad. No es de todo seguro que todo el proletariado se pronuncie contra la guerra. El poder capitalista dispone de tantos medios de propaganda y de represión (y puede creerse que no se embrollará de legalidad el día de la declaración de guerra), dispone de tantos medios: prensa vendida, iglesia, escuela, cinema y también policía a sus órdenes, magistratura amancebada, que se está

en el derecho de dudar de la victoria de una huelga general insurreccional.

Los revolucionarios, que se creen realistas, son en realidad los peores utopistas al hacer radicar toda su acción futura únicamente sobre probabilidades inciertas. La caída será tanto más dolorosa cuanto que ellos habrán querido ver más alto. Por otra parte, algunos piensan que los trabajadores se mostrarán decididos por la huelga general. No estoy lejos de compartir esta opinión. Es muy posible que la acción del proletariado se vuelva contra él. Los anarquistas se engañan al ver en el cese de la producción una panacea universal. Fuere como fuere, yo creo que cuando estalle la conflagración, los hombres serán desbordados y será demasiado tarde para hacer fracasar la guerra. Y será entonces cuando podrá medirse la sinceridad de los revolucionarios. Si quieren ser lógicos, estarán muy obligados a ser objetadores de conciencia, no ya, lo repito, a la manera de los tolstoianos, sino DESERTANDO, combatiendo con todas sus fuerzas al militarismo. Los pusilánimes, los indecisos, los que no pueden obrar más que viéndose acompañados, esos marcharán como en 1914, al matadero.

Una cuestión que no trataré con extensión, es la de la objeción de conciencia ante el servicio militar. La mayor parte de los escritos acerca de este asunto demuestran una incompreensión absoluta por parte de sus autores. Por mi parte, si no apruebo por completo la actitud de esos objetadores, comprendo muy bien su mentalidad. Son perfectamente lógicos consigo mismos. A este respecto, quisiera citar una reflexión oída hace poco tiempo. Si no reproduzco los términos exactos, su autor, que me agradecerá que no le nombre, no dudará de que interpreto bien su pensamiento. Es ésta:

«Después de todo, el regimiento, no es tan terrible como esto. Siempre me queda la posibilidad de «cortar» por lo sano.» ¿No pensáis que tales palabras son impropias, por no decir más, en boca de un revolucionario? (1). En ese orden de ideas, va a probarse pronto que la guerra es soportable, so pretexto de que siempre puede uno emboscarse. Felizmente, somos todavía algunos los que pensamos que existe otro ideal más digno que el de desfilar con paso cadencioso. No es porque algunos encuentren bellezas insospechadas en la transformación de un hombre en autómeta y por el hecho de que haya «anarquistas» que hallen soportable el servicio militar, por lo que debemos abandonar nuestra lucha contra el militarismo.

Creo haber demostrado suficientemente que la objeción de conciencia puede muy bien ser reivindicada desde el punto de vista revolucionario. Me daría por satisfecho si los anarquistas lo comprendiesen. Dicho esto, tengo que declarar que sostendré una insurrección contra la guerra por todos los medios a mi alcance, pero que nada me impedirá ser objetador de conciencia en caso de fracasar. La acción colectiva no me hace perder de vista la acción individual, pues pienso que *la multitud comienza en el individuo*. Los que lo olvidan se exponen a un fracaso tan lamentable como el de 1914.

(1) Yo creía que la resignación y la no resistencia al mal eran doctrinas tolstoianas. ¿Me habré equivocado?

(1) Tanto más cuanto que en 1914 el pueblo era por lo menos tan revolucionario y pacifista como hoy. Y sin embargo, la huelga general no estalló tampoco. Si hubiera fracasado una insurrección, me callaría, porque los revolucionarios habrían cumplido su deber. Pero no hubo nada de esto, pues es más fácil ser anarquista de palabra que de obra.

El mimetismo en la selección natural

A. G. Llauradó

La selección natural es el alma de la evolución. Y porque entre los prosélitos del evolucionismo muchos aún le rebozan con un cierto tufillo místico ortógenovitalista bergsonianiano o sawiano, nos ocurre volver sobre el tema con algunas pinceladas divulgadoras.

Uno de los hechos más elocuentes y fáciles de observar y comprobar, capaz de eclipsar ancestralismos y embrollos místicos y que permite comprender el verdadero sentido de la evolución por la selección natural, es el Mimetismo. El Mimetismo, arma cumbre de la Selección natural, se da en todas las especies: el pelaje, el color, las formas de todos los animales, que se convierten en un carácter protector contra los peligros, ya de enemigos, ya de elementos, no son más que el resultado de la selección natural. Y estos caracteres protectores no han sido producto de ningún designio ni aspecto alguno de propósito deliberado, sino de una evolución por selección natural de origen ciego y sin plan premeditado.

Ejemplo: Cierta mariposa india posee unas alas exactamente iguales a una hoja seca. Muestra sus nervios, su color, su forma y hasta ciertas manchas que semejan exactamente los corros atacados por la polilla, con tal semejanza que si el animal no se mueve es muy difícil distinguirlo entre las hojas caídas sobre que pulula. Los antepasados de esta mariposa no tenían las alas así porque en el país donde vive no había surgido todavía ningún animal devorador de mariposas; pero en una época en que por evolución del medio o invasión aparecieron pájaros que empezaron a alimentarse de mariposas, hubo una mortandad enorme, de la cual apenas se salvaron algunos individuos; y estos individuos debieron su vida a cierta forma y color de sus alas, que

si bien poco diferentes de las víctimas resultaban suficientes para permitirles pasar más desapercibidas que sus hermanas entre las hojas caídas. En los cruzamientos de estos raros individuos salvados, entran en función las leyes de Mendel, y surgen generaciones con un tanto crecido por total de individuos portadores de los caracteres miméticos de su o sus genitores. De entre estos individuos se salvan con preferencia aquellos cuyo carácter mimético resulta más estilizado y protector, y así, por sucesivas generaciones, se ha ido cribando la primera especie a través de un tamiz que no deja pasar sino los caracteres mejor adaptados al medio en su lucha por la vida, cuya única arma en este caso es el poder pasar imperceptibles. Mendel y Dawin de la mano.

Insistamos con el caso citado por J. W. Heslop Harrison: «Hacia el año 1800, un gran bosque del distrito de Cleveland, en Jorkshire, que tenía pinos y abedules, quedó dividido en dos por una hilera de matorrales. En 1885 se reemplazaron los pinos de una división por abedules, mientras en la otra los abedules fueron casi completamente desalojados por los pinos. En consecuencia, la polilla *Oporabia autumnata*, que habita ambos bosques, se encontró con dos ambientes diferentes. En ellos surgieron una variedad clara y otra oscura, pero en el bosque de pinos el noventa y seis por ciento de los individuos son oscuros, y en el de abedules sólo lo es el quince por ciento. Esta disparidad no es debida a efecto directo del ambiente, pues la raza negra del bosque de pinos no se aclara después de alimentar a las orugas con hojas de abedul durante tres generaciones, como tampoco puede oscurecerse la forma clara colocando a esta variedad en los pinos. Se

descubrió la causa de esta diferencia coleccionando las alas de las polillas que se encontraron en el suelo del bosque de pinos cuyos poseedores habían sido devorados por buhos, murciélagos y chotacabras. Aunque por cada polilla clara había veinticinco polillas oscuras vivas, la mayor parte de las alas encontradas eran claras. Las polillas más blancas, que resaltan sobre la corteza negra de los pinos, están sufriendo un concienzudo exterminio, y, dentro de unos cuantos años, la selección natural habrá hecho su obra y el bosque de pinos estará habitado exclusivamente por insectos de color oscuro.»

Pero no es potestativo de las mariposas, de las que sin ir a la India podemos ver maravillosos casos de mimetismo sin más que salir al campo; y hasta provocarlos; si no de todos los animales, incluso del hombre.

Este ya no tiene que defenderse de otros animales y no necesita recurrir al mimetismo protector; pero necesita defenderse de los elementos, y la selección natural viene en su ayuda con metafóricos mimetismos adaptadores por selección y evolución o evolución selectiva, tan ciega y fuera de los alcances de la voluntad y de factores internos creadores y de místicos fines ancestrales, como en la mariposa.

Esa que llamamos raza negra, por ejemplo, no ha sido siempre así; ni mucho menos tenemos derecho a concebirla como un producto de los países tropicales, puesto que vive y prospera bien en cualquier parte del mundo; ni aun menos podemos suponerla creada con masa distinta a la de cualquiera otra raza (?); sino que como las mariposas miméticas, es el resultado de la selección natural por adaptación al medio. No ha sido el sol de los países tórridos el que con su abundancia de ultravioletas y demás radiaciones actínicas ha creado el pigmento negro protector, sino las leyes de Mendel, controladas por la selección.

En un país tórrido es evidente la ventajosa situación del hombre protegido por el pigmento negro de su piel, sobre el blanco. Este está condenado a sucumbir. De la misma manera que hemos visto la selección fomentando el mimetismo protector de las mariposas, podemos verla fomentando el pigmento negro de la piel. El triunfo de los mejor dotados para la adaptación, seleccionados a través de esa maravillosa combinación de los cromosomas de los gametos en el proceso de la fecundación, ha originado al hombre ne-

gro y al blanco y al amarillo sin necesidad de crear nada, ni de complicar la vida con mamotretos fantásticos.

El antropeide no era negro ni blanco ni amarillo, sino sencillamente peludo; lo que le era suficiente para luchar contra los elementos; pero al perder el pelo, también por adaptación evolutiva, lo suplió ventajosamente con la variedad, seleccionada por el ambiente, del pigmento de su piel, cuando fué hombre.

No olvidemos que los caracteres recesivos pueden pasar a ser dominantes en determinadas circunstancias, siendo una de ellas la selección, y que, mediante ésta, no sólo se consolidan, sino que se esfuerzan a medida que los que fueron dominantes degeneran, sin que aunque resulten imperceptibles, lleguen a anularse, permaneciendo en un estado de latencia que una nueva selección inversa puede volver a convertir en dominantes.

No se piense tampoco que la selección natural se traduce siempre en beneficios, ni que es un sistema ideal. Es muy lenta, malgastadora, pródiga y dolorosa. La evolución ha privado de movimiento y cerebro a los percebes y las ostras; ha producido el *mantis* hembra, que empieza a devorar a su compañero durante el acto sexual; ha engendrado las sanguijuelas y los mosquitos, que chupan la sangre; ha adaptado a algunos insectos a devorar a sus propias crías, y a otros a devorar desde el vientre a su propia madre; ha producido no sólo criaturas hermosas e inteligentes, sino parásitos degenerados y enfermedades peligrosas. Lo que al fin es una negación de las teologías con su fin premeditado, preconcebido y perfecto.

Sólo el hombre con la conquista de la conciencia podrá encauzar la selección en bien y acelerar su ritmo, aunque hasta ahora no pase esto de ser una esperanza.

Leonardo de Vinci

Havelock Ellis

... Cuando nuestra imaginación se divierte con la idea de un futuro superhombre, es De Vinci el que se nos presenta como su precursor. Vassari, quien nunca había visto a De Vinci, pero que hizo de él un retrato tan notable, no ha podido pintarle sino como «sobrenatural» y «divino». En una época más reciente, Nietzsche ha dicho de De Vinci «que hay en él algo de sureuropeo y de silencioso, característica de alguien que ha visto un círculo demasiado extenso de cosas buenas y malas». Aunque vagamente, Nietzsche describe, más exactamente que podría hacerlo Vassari, un rasgo característico de esa extraordinaria fisonomía infinitamente encantadora y desconcertante. Cada hombre de genio percibe el mundo bajo un ángulo diferente y esta es su tragedia, pero ordinariamente éste es un ángulo mesurable. Ahora bien, no podemos medir el ángulo en que se situaba De Vinci: atraviesa la línea de nuestro pensamiento humano convencional utilizando medios que son a veces una revelación y a veces un misterio impenetrable. Nos recuerda este dicho de Heráclito: «Los hombres tienen ciertas cosas por malas y ciertas cosas por buenas; Dios tiene todas las cosas por iguales.» Se ha discutido mucho para definir a De Vinci ya como artista, ya como hombre de ciencia. Es ésta una discusión fútil y sin significación. En la vasta órbita dentro de la cual gravitaba, esta distinción no existe, o no existe más que débilmente. Era inexplicable para sus contemporáneos, cuyas opiniones nos transmite Vassari. Maravillábanse, tales ignorantes, de su ciencia y de su talento, pero se les aparecía como una personalidad variable e inestable. No podían concebir que no perteneciera a la multitud de confeccionadores de lindos objetos que llenaban entonces los talleres de Florencia. Lo veían hombre hermoso, armónicamente proporcionado, llevando una larga barba rizada y luciendo una tónica color rosa; lo llamaban artesano, artista, poeta; pero lo hallaban un tanto fantástico.

El medio en que trabajaba el artista era la Naturaleza, el mismo medio en que trabaja el sabio; todos los problemas de la pintura eran considerados por De Vinci como problemas científicos, pero examinaba como artista todos los problemas de física. «El genio humano —decía— no podrá imaginar nunca nada más sencillo, más hermoso o más apropiado que lo que imagina la Naturaleza.» Consideraba —como lo hizo más tarde Espinoza— la realidad y la perfección como una sola y misma cosa. Observaba cómo formando parte de su labor los dos aspectos de la vida: extensión del campo del conocimiento humano e intensificación de la potencia de la habilidad humana; en cuanto al arte o a la práctica, como él decía, sin la ciencia, es un navío sin timón. Desde luego, personalmente, se ocupó mucho de pintura —medio ordinario de producirse, de su tiempo—, pero pintó pocos cuadros; escribió también un Tratado de Pintura; poseía una percepción más amplia de sus posibilidades que cualquier artista de todos los tiempos. «He aquí el creador del paisaje moderno»,

exclamó Corot ante los cuadros de De Vinci. Ha dejado una notable descripción de los efectos exactos de color y de luz que se producen cuando una mujer vestida de blanco se tiende sobre el césped a pleno sol, descripción que demuestra que había comprendido claramente el problema del *aire libre*. Es posible probar —y esto, sin disputa— que previó métodos aun más modernos. Rechazó estos métodos, porque le pareció que el artista podía obrar con más libertad moviéndose a mitad de camino entre la luz y las tinieblas. Decía que el Placer y el Dolor debían ser considerados como los gemelos, puesto que se les encuentra siempre juntos, aunque volviéndose el dorso. Logró imaginar también el método del *claroscuro*, por medio del cual la luz revela la riqueza de la sombra y la sombra exalta la gloria de la luz. Ninguna invención podía ser más característica de este hombre cuya comprensión del mundo ha implicado siempre la noción de los contrastes y de contrastes temidos con mayor intensidad cuanto que no es de uso para el resto de los hombres.

Es de notar que De Vinci haya descrito constantemente la función del artista como la indignación y la limitación de la Naturaleza, opinión tildada de anatemática por el artista ortodoxo. De Vinci no era un artista ortodoxo; ni siquiera, como se les considera tradicionalmente, uno de los más grandes pintores del mundo. Puede simpatizarse también con la tentativa hecha por M. Bernardo Berenson, cuando quiso clavar a De Vinci en la picota. Los proyectos o ensayos, el señor Bernardo Berenson los admira con toda su alma, como todo el mundo, pero excepto en lo que atañe al inconcluso *Adoración*, que considera como la cima del arte, afirma que sus cuadros son para la mayor parte sin expresión y repugnantes también. Esta crítica no sitúa a De Vinci, como artista, en un plano superior a Botticelli y concluye que fué menos un gran pintor que un gran inventor en materia de pintura. Es posible que De Vinci hubiera suscrito esta conclusión. Consideraba la pintura, en cuanto a él, como una invención sutil que permite aplicar la especulación filosófica a todas las cualidades de formas. Parecíale ser él mismo, aquí y siempre, como un hombre en pie a la entrada de la oscura caverna de la Naturaleza, penetrando en ella con la espalda encorvada, una de las manos puesta sobre la rodilla y la otra resguardando los ojos, poseído a la vez por el temor y por el deseo: temor de las tinieblas amenazadoras de la caverna y deseo de descubrir los tesoros que pudiera ocultar. Hemos aquí lejos de la actitud tradicional del pintor; nos hallamos, aquí, más próximos de la actitud de ese gran investigador de los misterios de la Naturaleza que, tarde ya, tuvo el sentimiento de que no había sido más que un niño recogiendo conchas y piedrecillas en las orillas del gran océano de la verdad.

Es casi tan plausible el considerar a De Vinci, en primer lugar, tanto como un ingeniero que como un pintor... Se le ha pintado como el fundador de la pro-

fesión de ingeniero. Su ciencia tenía siempre a la aplicación. La experiencia muestra el camino a la práctica —decía— y la ciencia es el guía del arte. Todos los problemas del mundo le parecían, en un sentido general, como problemas de mecánica. Toda la Naturaleza era un conjunto dinámico de fuerzas trabajando de acuerdo y es esa visión instintiva del mundo, por así decirlo, la que parece dotar a De Vinci de ese olfato maravilloso para descubrir un mecanismo vital en todas las actividades naturales. Es imposible indicar, ni aun sumariamente, la inmensa extensión de la región en que él edificaba un mundo nuevo —de su declaración, escrita en grandes caracteres: «el Sol no se mueve» (siendo la Tierra, según él, una estrella que se asemeja «mucho a la Luna») hasta su invención original de una campana de buzo. Bastará con enumerar... algunos puntos: estudió la botánica en el espíritu de la biología; fué el fundador de la geología, dándose cuenta de la significación de los fósiles y de la importancia de las erosiones fluviales; sus estudios de las teorías mecánicas y de sus aplicaciones en la guerra como en la paz hacen de él el prototipo del hombre de ciencia moderno. Se distinguía como biólogo en todos los dominios del mecanismo vital e inauguró antes que Vésale (quien no supo nada, sin embargo, de los trabajos de su predecesor) el estudio minucioso de la anatomía. Era hidrólogo, geómetra, algebrista, mecánico y óptico. Previó las futuras máquinas de vapor, la navegación y los transportes que de ello resultarían. Inventó innumerables variedades de máquinas balísticas, fusiles a vapor y armas que se cargaban por la culata. Ingeniero militar al servicio del duque de Milán, construyó máquinas que podemos denominar «tanques». No son éstas más que algunas de las actividades en que se ejerció la maravillosa penetración de De Vinci en la naturaleza de las fuerzas que edifican el mundo. Su arte divino de servirse de ellas para uso de los hombres no ha sido revelado sino bastante recientemente. Durante siglos, sus métodos han permanecido ocultos en libros de notas manuscritos, dispersos por Europa y difícilmente descifrables. No se hallan expuestas por medio de vagas declaraciones intuitivas, sino que insisten laboriosamente sobre los detalles precisos de las dificultades a vencer. Ese cielo industrioso no reemplaza —como ocurre con frecuencia— a la facilidad natural, pues De Vinci era una persona dotada, por el contrario, de facilidades naturales maravillosas, muy elocuente y muy persuasiva. Al mismo tiempo sus conclusiones más generales y más meditadas son expresadas en un estilo que combina el máximo de claridad con el máximo de concisión —estilo muy alejado de las redundancias ordinarias de la prosa italiana— lo que hacía De Vinci, además de esto, un maestro de su propia lengua.

Pues bien, este hombre extraordinario no era un filósofo abstraído encerrado en su laboratorio. Fué también una de las fisonomías más atrayentes y más vivas que pisaron el suelo de nuestro globo. Su nacimiento hállase rodeado de misterio, como ha acontecido algunas veces a ilustres personajes. Era hijo natural. Su madre Catalina, de la cual se nos dice solamente que era de «buen canto», pertenecía a los Vinci, como Ser Piero, el padre; algunos años después del nacimiento de Leonardo, llegó a ser «la respetable esposa» de un ciudadano de su ciudad natal. Ser Piero De Vinci era notario, de una familia de notarios, el notario más ocupado de Florencia, un hombre vigoroso, en todos los casos. Se casó cuatro veces y su vástago más joven tenía cincuenta años menos que Leonardo. Por otra parte, el mismo Leonardo poseía una resistencia física

extraordinaria; se ha descrito su gracia y su encanto, sus dones de juventud, sus aptitudes para el canto y la música (tocaba el laúd maravillosamente). Su educación escolar no era, sin embargo, más que elemental. A excepción de lo que había aprendido en el taller de Verrocchio —hombre de múltiples actividades, pero joven aún en la época—, De Vinci habíase educado por sí mismo y es esto lo que le permitió el realizar esa completa emancipación de la autoridad y de la tradición que le hizo indiferente también con respecto a los griegos, con lo cual estaba tan emparentado.

Era zurdo; su manera particular de escribir ha hecho sospechar por espacio de largo tiempo que se servía de ello para disfrazarse, pero hoy se ha reconocido que se trataba de la escritura invertida de un niño zurdo ineducado...

No es ésta la única anomalía que presentaba la curiosa naturaleza de De Vinci. Sabemos que en varias ocasiones se le ha acusado de «delitos» homosexuales, en su juventud; el resultado de estas acusaciones es incierto, pero se tiene alguna razón para creer que hizo conocimiento con la prisión. Toda su vida le gustó rodearse de jóvenes hermosos, sin que su nombre haya sido tachado de «licencia» o de «vicio». El carácter preciso de su temperamento sexual permanece oscuro. Ese temperamento nos burla, pero nos obsesiona cuando consideramos sus cuadros más famosos. Hay, por ejemplo, el *San Juan Bautista*, del Louvre: podemos rechazarlo, con tal distinguido crítico de arte contemporáneo, como una blasfemia impudente, o detenernos allí durante largo tiempo sin poder determinar claramente en qué oscura región de lo inconsciente freudiano hase aventurado aquí De Vinci. El propio Freud ha dedicado uno de sus más sugestivos ensayos a una interpretación psicoanalítica de la enigmática personalidad del célebre florentino. El mismo admite que su ensayo es una especulación; hay que tomarlo tal como es o dejarlo. Ahora bien, Freud ha visto justamente que en De Vinci la pasión sexual había sido sublimizada grandemente en pasión intelectual, de conformidad con lo que él mismo enunciaba que «nada puede ser amado u odiado antes de que hayamos hecho conocimiento con ello primeramente» o también que «el amor grande y verdadero surge del gran conocimiento, y allí donde no se conoce más que poca cosa, no puede amarse sino de manera mediocre o nada en absoluto». Así es como De Vinci llegó a ser un maestro de la vida. Así es como Vassari podía decir de él, casi en los mismos términos empleados por un hombre notable, pero enteramente distinto, el santo jesuita Francisco Javier, que «el esplendor de su magnífica fisonomía llevaba la serenidad a todo espíritu desgarrado». Poseer por el dominio de sí mismo las fuentes del amor y del odio es trascender el bien y el mal, dicho de otro modo, gozar de la potencia del superhombre para curar los corazones desgarrados por el bien y por el mal.

Cada ser de genio es, a la par, en cierta medida, hombre y mujer y niño. De Vinci fué esto a un extremo superlativo y sin ningún conflicto aparente. Sus disposiciones infantiles no podrían ser puestas en duda y, aparte el problema de su temperamento sexual, mostrábase niño hasta en la alegría extraordinaria que manifestaba al inventar juguetes fantásticos, imaginando chanzas desconcertantes y dibujando misteriosas y simbólicas figuras que han llevado neciamente a algunos a creerle ocultista. Su ternura, más que femenina, es también manifiesta, tanto en sus cuadros como en su vida. Isabel de Este, encargándole pintar el Niño Jesús en el Templo, hacía justamente alusión a la «gentileza

y a la dulzura que señalan vuestro arte». Esta ternura no se manifestaba solamente con relación a los seres humanos, sino también hacia todas las cosas vivientes, animales y plantas, y parece que era vegetariano. Al mismo tiempo, era varonil, expresamente varonil, absolutamente exento de toda molición o debilidad. Gozaba de la belleza tan bien como de la fealdad; impulsado por su avidez de conocer, placiale visitar los hospitales para estudiar allí a los pacientes; meditaba acerca de la guerra y de las batallas y no experimentaba remordimiento alguno inventando diabólicas máquinas de destrucción militar. Su espíritu había sido vaciado en un molde resueltamente realista y positivo; aunque él haya recorrido verosímelmente todos los dominios del pensamiento, nunca impugnó la metafísica. Su adoración de la Naturaleza participaba de la religión, más aún, del éxtasis, pero afectaba el desdén hacia las religiones establecidas y su actitud ofendió perpetuamente a «los tímidos amigos de Dios». Por medio del verbo y por la práctica, exaltó la altiva soledad del alma individual y no experimentaba más que desprecio hacia el rebaño. Por el retrato que pintó de sí mismo, en su senectud, podemos reconocer cómo esa actitud había sido impreso en su rostro, cuya mirada distraída e inhumana hállase absorta en una contemplación intelectual del mundo extendido ante él.

Por último, Leonardo de Vinci se presenta a nosotros como un objeto de temor más que como un objeto de amor. Y no obstante, en tanto que es tipo de ese superhombre que tratamos de concebir difícilmente, De Vinci es el enemigo no del hombre, sino de los enemigos del hombre. Los grandes secretos que con una clara visión arrancó a la Naturaleza, los nuevos instrumentos de potencia que su energía fabricó, todo esto sirvió y deleitó a la humanidad. De Vinci es la eterna encarnación de ese espíritu humano siempre en el trabajo y cuya tarea no se concluye nunca. Aun hoy hállase a la entrada de la oscura caverna de la Naturaleza —de la caverna de la misma naturaleza humana—, con la espalda encorvada y la mano resguardando los ojos; esfuérase obstinadamente en penetrar la noche, poseído a la vez por el temor y el deseo; temor de las tinieblas amenazadoras y deseo de descubrir allí el milagro redentor que se halla quizá encerrado en ella.

Noticias

El Grupo de Estudios Científicos de Valencia ha acordado solicitar del Ayuntamiento que se rotule con el nombre de Francisco Ferrer Guardia la hoy llamada plaza de Pellers, en la cual estuvo instalada la Escuela Moderna de esta ciudad.

La iniciativa nos parece acertadísima, y a ella nos adherimos con todo entusiasmo, deseando verla realizada en plazo breve.

A cuantos simpatizen con este noble propósito les rogamos envíen su adhesión al do-

micilio del Grupo mencionado: Plaza del Poeta Liern, 6, entresuelo.

* * *

El Centro Cultural Enciclopédico de Madrid se propone publicar en español *La enciclopedia anarquista*, que, bajo la dirección de Sebastián Faure, se publica ahora en Francia, con la ayuda de numerosos colaboradores de todas las tendencias y de todas las nacionalidades.

La importancia excepcional de esta obra no necesita ser encarecida, pues es ya conocida de todo el elemento estudioso. Constituye un monumento de conocimientos cuya posesión se hace indispensable a cuantos deseen aumentar su bagaje cultural acerca de las ideas de liberación humana.

Al igual que en Francia, esta obra será publicada en España en fascículos mensuales de 48 páginas, y sólo será servida por suscripciones pagadas por adelantado.

Los pedidos pueden hacerse al Apartado número 12.195, Madrid.

Hacia una nueva organización social

Por Higinio Noja Ruiz

O la humanidad sucumbe en el más espantoso cataclismo guerrero, retrocediendo a los negros tiempos de esclavitud y de barbarie, o el progreso mecánico, inexorablemente, ha de imponer la nueva sociedad de productores, basada en el libre acuerdo, sin privilegios, sin tiranos y sin odios. ¡Cien millones de seres humanos, condenados a morir de hambre mientras el capitalismo arroja al mar miles de toneladas de trigo para saciar su feroz egoísmo, imponen, inevitablemente, este dilema terrible!

El autor de este libro expone de una manera irrefutable, con datos de una autenticidad irrefutable, que la sociedad libre ya no es un sueño utópico forjado con palabrería de mitin, sino una realidad práctica de posibilidades inmediatas.

¡Leed este libro! ¡Propagadlo en todas partes!
Precio, 2 Ptas.; encuadernado en tela, 3'50.

Diabetes y avitaminosis

Adam, el hombre nuevo

En 1890, el doctor Ejikman, genial médico holandés, destacado en la penitenciaría de las Indias neerlandesas, fué el primero, en Oriente, que acertó a aliviar los sufrimientos de los desgraciados reclusos, sujetos a un régimen uniforme de arroz pulido, los cuales morían a causa de horrendas crisis de «beri-beri»

Adoptando como medios de experimentación las gallinas y demás aves de corral de la penitenciaría, y sometiénolas al mismo régimen de arroz descascarillado, descubrió que, únicamente las cáscaras de este cereal eran capaces de curar las dolencias que semejante alimentación acarrea. Aplicando a los presos la experiencia que tan buenos resultados le diera con las gallinas, obtuvo idénticos resultados positivos. De tales hechos dedujo que el salvado de arroz contenía el antídoto de un veneno radicado en el grano. Este constituyó el error —de apreciación o interpretación tan sólo— en que incurriera aquel sabio, pero a él cabe el mérito de haber orientado y espoleado al mundo científico hacia un estudio destinado a proporcionar los más halagüeños desenvolvimientos y que debía conducir al descubrimiento de las vitaminas de nutrición.

El «beri-beri» es la enfermedad específica de la avitaminosis en factor B, y se manifiesta por síntomas constantes y regulares, como son: la pérdida del apetito, los vómitos, la diarrea, etc.; la respiración llega a ser anhelante; se hace imposible realizar cualquier esfuerzo y el enfermo se tumba, desfallecido; un edema penosísimo desfigura al doliente y hace que todo contacto le sea doloroso; la temperatura central desciende, sin que pueda evitarse por ningún medio; el aquejado de esta enfermedad es entonces presa de graves complicaciones microbianas que precipitan su debilitamiento, y, por fin, sobreviene la muerte entre crisis de polineuritis.

Recordamos tan triste cuadro para relacionarlo con los síntomas que se han puesto de relieve al estudiar los desórdenes del meta-

bolismo hidrocarbonado. Semejante interdependencia ha sido evidenciada en esta última década por numerosos investigadores que se han esforzado en aclarar el mecanismo de la acción de las vitaminas en el organismo. Sin detenernos a enumerar la interminable serie de estudios emprendidos a este respecto, transcribiremos tan sólo la conclusión que ha prevalecido.

Cuando faltan las vitaminas de nutrición, los hidratos de carbono *no tienen eficacia alguna como fuentes de energía*, hasta tal punto que su metabolismo peculiar ha de considerarse como dependiendo íntimamente de aquéllas. Si faltan las vitaminas prodúcese la acidosis de la sangre y una acumulación de productos tóxicos que acarrea, en un momento dado, una crisis nerviosa por medio de un mecanismo comparable al que da origen al coma diabético.

Todos los autores estiman, en general, que tal es el caso del organismo que no puede efectuar con toda normalidad las oxidaciones internas de los tejidos, el cual periclita por una verdadera asfixia interior.

Así nació, en el ánimo de los biólogos, la idea de que existía una relación entre la carencia de vitaminas de nutrición y la diabetes.

No es que ambas afecciones deban identificarse, ni que dependan de una causa común, sino tan sólo que una y otra tienen como síntomas análogos el de no poder utilizar los hidratos de carbono, por cuya causa, se relacionan íntimamente a la presencia de las vitaminas de nutrición en los alimentos hidrocarbonados. En los dos casos nos hallamos en presencia de idénticos síntomas: acidificación de la sangre, exceso de azúcar en la misma, estado de desnutrición, sensibilidad a las infecciones, etc.; e incluso pueden compararse hasta en el caso extremo de sobrevenir algunas polineuritis.

Es interesante saber que todos los ensayos llevados a cabo durante estos últimos años, proporcionando a los diabéticos productos

ricos en vitaminas, tales como la levadura de cerveza, han dado como resultado un alivio inmediato y el de aumentar su tolerancia para con los hidratos de carbono. Esta es la conclusión que estableciera, ya en 1923, el profesor Rathery como resultado de sus experiencias, emprendidas con el concurso de los doctores Desgrez y Bierry.

El principal obstáculo para perseverar en este sendero tan fecundo, consistía en hallar un manantial de vitaminas que fuese más regular, más estable y más activo que la levadura de cerveza, y, sobre todo, que no tuviera un sabor tan nauseabundo.

Por este motivo, tales estudios han sido reanudados en estos últimos años, por el profesor Marcel Labbé, en colaboración con el químico doctor Nepveux y el biólogo doctor Gringoire. Disponiendo de una fuente estable, constante y cuatro veces más rica en vitaminas que la levadura de cerveza, y, sobre todo, más agradablemente ingerible, han podido confirmar dichos puntos de mira con el más rotundo éxito. El profesor Marcel Labbé resumió sus trabajos en una comunicación leída el 23 de mayo de este año en la Academia de Medicina, y en la que confirma los siguientes puntos:

El estudio de la avitaminosis B, tal cual la revela el «beri-beri», permite afirmar la importancia del papel que desempeñan las vitaminas de nutrición en el metabolismo de los hidratos de carbono.

La hipervitaminosis, o sea la administración suplementaria de la ración normal de vitaminas, proporciona resultados concordantes en el aspecto de que la función glucogénica del hígado aumenta en proporción a la abundancia de las vitaminas, y, de igual suerte, se acrece el tenor en compuestos oxidoreductores, tales como la glutación.

Desde aquel instante, dichos autores dedicáronse a regularizar entre los diabéticos la formación del glucógeno hepático, enriqueciendo su alimentación en vitaminas de nutrición. Los enfermos sometidos a semejante tratamiento obtuvieron rápidamente una disminución del tanto por ciento de azúcar en la sangre, y, por medio de un tratamiento cuidadosamente orientado, lograron reducir la cantidad de azúcar a la normal. Al propio tiempo, el peso del enfermo ascendía y mejorábase su estado general.

Estos atrayentes trabajos, que merecen ser conocidos del gran público, contienen enseñanzas apreciables. Hay que dejar de creer

que la preocupación de recuperar las vitaminas de nutrición, al igual que otros elementos fundamentales asimilativos, sea tan sólo privativa de los presos neerlandeses sometidos a un régimen de arroz pulido. En nuestros países, y en climas tan benignos como el de Europa, en la civilización actual, no conocemos el «beri-beri», pero somos víctimas de la diabetes y de otras enfermedades de la nutrición. No debemos, pues, sentirnos nada orgullosos de nuestras grandes industrias de la alimentación en las que se desconocen o se ignoran adrede tan esenciales nociones. Si no somos todos los occidentales diabéticos, es porque en todas las cosas existen gradaciones. Los enfermos de la nutrición forman legiones en los países latinos, y los casos son tanto más graves cuanto que datan de la más tierna infancia.

Es urgente, pues, saber, en beneficio de sí mismo y de los familiares a quienes se tiene el deber de alimentar, que la alimentación vitaminada es la base de la salud, no de una manera alegórica, sino estricta y literal.

LA BANCARROTA DEL CAPITALISMO

Por Diego Abad de Santillán

Prólogo de Luis Fabbrí

Concienzudo y documentado librito acerca de la descomposición política y económica de la sociedad capitalista. El índice, que insertamos a continuación, da idea de la valía y el interés de este trabajo de Santillán:

Las crisis periódicas en la economía capitalista.—La crisis actual es una crisis definitiva del sistema.—Repercusión de la crisis económica.—El imperio de la técnica.—Productores y consumidores.—La industria moderna.—La desocupación obrera.—La desocupación en Estados Unidos.—El malestar del mundo.—Reducción de la jornada.—Socialización de la riqueza.—Transformación política.—El peso del militarismo.—Fascismo y bolchevismo.—El mundo del trabajo.—Administración de las cosas.—Organización de la economía socializada.

¡ Propagad, difundid este valioso librito!
Precio, 1 peseta.

Ciencia y Metafísica

Eugenio Leante

Es preciso hacer, dado el desarrollo actual de los conocimientos humanos, una distinción bien señalada de estas dos importantes ramas del saber llamadas Ciencia y Metafísica.

Para un número considerable de positivistas, la Metafísica es desdeñable, sobre todo desde que Voltaire se burló de ella en su conocido *Diccionario Filosófico*.

Mas pensemos que de entonces acá el orden de los conocimientos ha tomado grandes proporciones. Cuando Voltaire se burlaba de la Metafísica, las polémicas entre los escolásticos, los teólogos y los seglares eran encarnizadas: por futilidades, pura palabrería, hojarasca; sin olvidar que muchas veces conducían a la hoguera. Ejemplos: Miguel Servet, Juan Huss, Giordano Bruno.

El error fundamental, cuando nos proponemos especular acerca del mundo que nos rodea, es por entremezclar el punto de vista de la Ciencia y el de la Metafísica.

La filosofía oriental y los filósofos griegos trataron de exponer la diferencia entre los aspectos científicos y los metafísicos, pero no con la precisión necesaria, al menos para la mente occidental. Descartes, Spinoza, Leibnitz, Kant, Spencer, ejemplos son, también, de esta imprecisión.

Pretendemos abordar esta tesis lo más claramente posible, no obstante la complejidad del asunto. Cabe anticipar que la Ciencia y la Metafísica es la escisión producida en un punto de la evolución psíquica: son ramas que brotan de un mismo árbol, pero con marcada divergencia.

Cuando hacemos uso del lenguaje científico para explicar los fenómenos íntimos de la vida, esto es, metafísicos, expresamos errores.

Para nuestro común estado de conciencia un cuerpo que cae es atraído por la fuerza de gravedad. En este sentido expresamos una ley a posteriori del fenómeno, aceptán-

dolo como un hecho real. Para una mente metafísica lo enunciado es relativo, es la percepción de un hecho en determinado estado de conciencia, puesto que podría suceder que el fenómeno fuese de *levitación*. Este hecho, que necesariamente obedece a una ley de la Naturaleza, aunque desconocida para el físico, requiere también una explicación, así como para su obtención y percepción un determinado estado de conciencia.

Nuestro lenguaje es de procedencia biológica, es producto de la traducción que hacemos de lo que nos rodea conforme lo perciben, y lo han percibido, nuestros sentidos. Estos han tenido, necesariamente, a través de su evolución en la materia orgánica, que realizar el potentísimo esfuerzo de captar, de concentrar en lo íntimo de la conciencia el mundo en presencia. «La vida —dice Keiserling— no es sino la facultad de afirmar cierto estado de equilibrio interior, en medio de los cambios exteriores.»

Pensemos por un instante, lo cual saben todos los grandes estudiosos, que el elemento material que nos circunda no es tal como lo percibimos. El conocimiento nos lleva a la concepción epifenoménica, más bien metafísica, de que la sustancia material es vibración, es movimiento; mas nosotros no percibimos ese movimiento: lo inducimos.

Por lo que se ve, los sentidos no nos revelan la continuidad vibratoria de la materia. ¿Pretenden engañarnos? No. Precisamente el esfuerzo biológico, de carácter milenario, que decíamos anteriormente, ha sido que nuestros sentidos puedan creer que **existe** inmovilidad, estatismo, en un universo en perenne movimiento, que vibra eternamente... En realidad, luceando en las profundidades de la vida, resulta esto una verdadera maravilla.

De este engaño, de esta fantasmagoría, de esta *maya*, como dice la filosofía oriental,

hemos obtenido grandísimas ventajas, entre ellas la ciencia que nos orgullece, la mecánica que de ella se deriva.

En un universo móvil, vibrante, realizamos el grandísimo milagro, mediante el mágico esfuerzo de nuestros sentidos, de concretar, de detener, de limitar cuanto nos rodea, dándole una morfología que cabe decir específica.

Nos explicaremos. Decimos específica porque es posible sospechar que cada especie animal posee una visión diferente del medio ambiental en razón a sus necesidades biológicas; realiza las maravillosas concreciones de la materia según sus conveniencias. Aunque, precisa advertir, que en un orden general los resultados perceptivos son idénticos, o al menos semejantes. Un animal que corre salva los obstáculos en forma parecida al hombre. Lo mismo podríamos referir acerca de otras acciones.

Consideremos que siguiendo el plano inclinado de nuestros sentidos resolvemos los problemas vitales, y los resolvemos favorablemente. Mas como queda expuesto, las percepciones no son una certidumbre, lo que no debemos olvidar cuando las especulaciones filosóficas se dirigen al terreno de la realidad.

En este punto, de gran interés para el estudioso, para el filósofo, estriba la distinción marcadísima entre los conocimientos científicos y los metafísicos. La ciencia, producto de nuestra evolución biológica o psicofísica, a virtud de los sentidos, iluminados por el instinto vital, ha logrado que lo móvil aparezca en nuestra conciencia como inmóvil, introduciendo así en nuestro lenguaje una serie de expresiones, tales como: espacio, tiempo, evolución, extensión, magnitud, fuerza, materia, número, cantidad, etc. Gracias a estas concepciones, la inventiva, nacida de la inteligencia humana, ha podido desarrollarse extremadamente.

Si lo expuesto, indiscutiblemente, es para el hombre una brillantísima conquista, no es óbice para que el pensador restrinja su punto de vista y comprenda que tras la fantasmagoría realizada por los sentidos, de esa maya, de esa ilusión circunstancial, mejor dicho, no tras de ella, sino con ella, está interpenetrada la corriente de la vida, el impulso generatriz de los fenómenos de la Naturaleza; la esencia, el nómeno, el *alma mundi* del Kosmos.

Cuando así pensamos, cuando nuestra intuición, que es en este caso la que nos ilumina, nos permite vislumbrar lo interior de cuanto nos rodea, dejando a un lado nuestros engañadores sentidos, estamos en plena metafísica, entonces especulamos desinteresadamente. No llevamos como el científico, acuciado por la inteligencia, propósitos de inventiva, de aprovecharnos de los elementos que nos proporciona la Naturaleza, sino que nos introducimos mediante la intuición, ese sublime superinstinto, en las interioridades, en el arcano del Universo, para sentir lo más hermoso que proporciona la existencia: *la emoción*. Es lo que alcanzamos cuando escuchamos un poema, una buena música; cuando presenciamos una magnífica pintura, una obra escultórica, un panorama de la Naturaleza; o también cuando el amor aprisiona nuestro corazón.

No se nos ocurre en presencia de una obra artística analizar los elementos mágicos de que está formada, sino que el esfuerzo emotivo es sintonizar con el alma, con la esencia, con lo íntimo de lo percibido, lo cual es, en último término, la corriente invisible, impulsora, emocional, de la Vida.

La ciencia analiza, disgrega, diluye, desdobra los elementos materiales que constituyen los fenómenos; la metafísica tiende a conocer la sublimidad íntima de los mismos.

El año 2000

Por Edward Bellamy

Este célebre libro no es sólo una bella fantasía; es, además, una obra precursora, una hermosa perspectiva profética del progreso moral y técnico que el tiempo va confirmando con exactitud asombrosa. Las páginas de este gran libro muestran las maravillosas conquistas del intelecto humano con una anticipación de cien años.

La sociedad humana camina indefectiblemente hacia el estado armónico e igualitario que Bellamy profetizó con intuición perfecta. Pasado el caótico momento actual motivado por el estertor agónico de un sistema inicuo, el incesante progreso mecánico y científico habrá de imponer, forzosamente, nuevas normas de convivencia regidas por la gran comunidad de trabajadores libres, sin tiranías y sin odios.

Precio, 2 Ptas.; encuadernado en tela, 3'50.

El amor y el saber

Julián Izquierdo Ortega

La fórmula que mejor recoge el sentimiento totalizador de la vida moderna pudiera ser ésta: ama y duda.

Nada más hermoso ni más pleno. El amor, que integra, y la duda, que disgrega. El amor que une con lazo fraterno a los seres, y la duda, que hace de cada cosa un islote flotante en el océano del mundo.

El amor, que crea, y la duda, que destruye. Amor y duda. Vida y cultura. El amor es la fuente de la vida. *Fons vita*. La cultura es su cauce. Pero, ¿qué es el amor? ¿Qué es la duda?

Es el amor ese sentimiento que une nuestra vida con la vida del prójimo. El amor hace ver en el hombre que pasa a nuestra vera algo entrañable e íntimo. Un trozo disperso de nuestro «yo». Parece un soplo divino que juega con la carne del planeta. Extraño flúido que domina y salva. Descuaja la raíz de cada ser y la replanta en el subsuelo de la vida amada. Permite al hombre huir un instante de sí mismo para ser en otro, para hacerse otro.

Nada más altruista ni de mayor intensidad patética. El amor salva porque arroja el espíritu del amante lejos de su esfera habitual, para hacerlo respirar en otra atmósfera. Prodigio máximo. Que la vida —que es sobre todo gravitación sobre sí misma— se abandone un momento, para entregarse a algo ajeno a ella. Magnífica generosidad. ¿Cómo? Si la vida posee fronteras y el amor es la espuela que la obliga a saltar sus propias bardas, ¿cómo es posible que la vida se salve en el amor? No lo sabemos. Pero, evidentemente, el amor es «más vida». Hay en el amante un fuerte apetito vital, un hondo deseo de agotar el licor maravilloso de la existencia, un invencible anhelo de pisar la zona que separa la vida de la muerte. Ese deseo de morir que se posa en tantos amantes corazones, ¿no será que en el fondo la vida se complace en superarse a sí misma?...

El amor y la muerte. He aquí dos ritos del humano vivir. Los dos antagonistas irreconciliables. El amor nos lanza sobre la superficie del planeta. La muerte conduce nuestra barca hasta la otra ribera. Más fuerte que la muerte, implacable, sigue creando el amor. Es que los amantes burlan el tiempo inexorable, surcando lo eterno desde la grupa del minuto fugitivo. De sus labios temblorosos se desprende como una burbuja de ilusión esta palabra mágica: siempre.

Siente el amante una sed insaciable de palpar el secreto del Cosmos. Ya dijo agudamente Max Scheler

que el amor no es ciego, sino clarividente. El amor remueve el subsuelo del alma y hace del hombre otro hombre. Nada se le opone. Nada le intimida. Desdeña la edad y los prejuicios morales, y la amistad, y la dicha burguesa, y la enfermedad, y el dolor y la muerte. Instala nuestro centro de gravedad en la vida de otra persona. Cuando ese centro deja de atraernos, aparece nuestro vivir como un fragmento que divaga sin norte.

Romeo y Julieta, Calixto y Melibea... lo demuestran. Y Werther, el suicida, un poco antes de cortar el hilo de su vida, escribe: «Aquí estoy, Carlota; no me estremezco al empuñar el yerto y pavoroso cáliz en el cual voy a beber el sueño de la muerte. Tú me lo brindas y no me emperezco. Aquí se cifra todo y aquí se cumplen todos los anhelos y esperanzas de mi vida. Tan sereno y tan erguido descargo el aldabazo sobre la puerta herrada de la muerte. Es hacerme partícipe de la dicha el morir por ti, por ti, Carlota, rendirme en holocausto.»

Y el ala sutil del amor cabalga la vida, maravillada y radiante, por el cielo puro de la ilusión. Placer, placer... Amor y placer se acarician en un anhelo irrefrenable de eternidad... Ya lo dijo Nietzsche del placer. Ambos gozan la suprema avidez de devorar el tiempo. Hay un ansia incontentada en el amor de llegar al fondo de la cacería del ser. Tal vez nada como él proporcione al hombre la certeza de haber llenado su destino.

El amor a las cosas crea la filosofía... Pero, ¿sólo el amor? No, la cultura es obra ingente del amor y la duda. Amor y duda. He aquí un fecundo connubio. La llama del amor vierte sobre el mundo raudales de simpatía y de fe. La duda, vigilante, fría, es como el ojo desconfiado y atento que nada acepta sin haberlo examinado con rigor. El amor presupone el algo a que se ama. Pero la duda lo discute todo; nada admite hasta haberle aplicado el microscopio a lo indubitabile. Dudando llega a la suprema certeza. El amor es poesía. La duda es filosofía. ¿Qué es la vida sin amor? Una flecha sin blanco. Amor concreto a una persona o amor abstracto a una idea. Dudando busca el pensamiento sus propias raíces, y, por tanto, se afirma.

Amor y duda. Pasión e intelecto. Fe y razón. Hombre que ama y duda; he aquí el hombre pleno. Porque este es el gran secreto: vivir intensamente la vida y, además, pensarla. Vivir y verse vivir. Surcar y especular.

Preguntas y respuestas

R. Remartínez

Las preguntas (no más de dos o tres), deben redactarse claramente, en papel aparte, y dirigirse a ESTUDIOS, Apartado 158.—Las peticiones de cuestionarios, acompañando sello, deben dirigirse al doctor Remartínez, Conde de Salvatierra, 19.—No se contestarán más que aquellas preguntas que tengan un interés general, y que respondan al carácter divulgador y cultural de esta Sección.—Todas las preguntas se contestan por riguroso orden de recepción.

PREGUNTA: De J. Palma.

RESPUESTA: No tengo noticias de tal invento ni lo creo posible tal como lo dice usted. Si un individuo es ciego por destrucción de su retina o del nervio óptico, no hay medio artificial de sustituir dichos delicadísimos órganos.

PREGUNTA: Diga el régimen alimenticio para un *remero de yolas, boles, etc.*, y si es conveniente darse un baño después del entreno.—Saturnino Martín.

RESPUESTA: No puedo complacerle más que a medias. El régimen alimenticio para cualquier individuo no depende solamente de su oficio, sino de su temperamento, constitución, estado de nutrición, capacidad asimiladora, etc., por lo cual sólo puedo indicarle algo en líneas generales.

En todo trabajo corporal fuerte, y por tanto en los entrenamientos atléticos, conviene una alimentación especialmente rica en azúcares y féculas (hidratos de carbono). Las frutas frescas dulces y las frutas secas formarán parte principal del plan dietético. Asimismo, sobre todo en el invierno, o en individuos delgados, se administran en cierta medida las grasas vegetales (fruta oleaginosa: almendras, nueces, coco, etc.), o aun cierta cantidad de leche o quesos frescos. Desde luego sin faltar la correspondiente ración de proteicos (albuminoides), asimismo, vegetales, que proporcionarán las legumbres y los cereales. Pero el plus de ración conviene sea de hidratos de carbono, elementos energéticos por excelencia.

En cuanto al baño es siempre conveniente dárselo a inmediata continuación de todo ejercicio violento, deporte, etc., siendo la mejor forma una ducha breve y fría reaccionando bien.

PREGUNTAS: ¿Qué procedimientos hay para modificar el carácter? ¿Cuál es el origen de la materia? ¿Qué es la Teosofía?—Un admirador del doctor Remartínez.

RESPUESTAS: Gracias por el seudónimo y paso a contestarle.

A la primera: Es difícil, pero puede conseguirse con una gran constancia. Es cuestión de observarse asiduamente y mediante oportunos y consuetudinarios ejercicios de autosugestión, irse inculcando las condiciones de carácter deseadas en sustitución de las que se pre-

tende corregir. Le aconsejo lea la obrita de A. Besant *El poder del pensamiento*, cuya lectura le será más útil que cuanto yo pudiera decirle en el poco espacio de que dispongo. Lo esencial del método estriba en practicar cada noche al acostarse, hasta conciliar el sueño, ejercicios de autopersuasión en que uno mismo se vea *tal como quiere ser*, es decir, no pensando en que tiene tal o cual defecto, sino imaginándose corregido ya y en posesión de la cualidad contraria que se desea adquirir. No se pensará, por ejemplo, en el caso de querer corregirse el pesimismo o la tristeza: YO NO SOY PESIMISTA. YO NO SOY TRISTE, sino que se dirá uno a sí mismo con toda la energía y convicción posible: YO SOY OPTIMISTA. YO LOGRARE CUANTO ME PROPONGA. NADA PUEDE Oponerse a que yo triunfe. ESTOY ALEGRE Y SOY DICHOSO. Etc., etc. Siempre son sugerencias positivas. Este ejercicio repetido cada noche procurando que tales ideas (u otras adecuadas a cada caso particular) ocupen el pensamiento hasta el instante de conciliar el sueño, es de resultados maravillosos. El inconsciente, actuando durante el descanso, acabará por incorporar a la conciencia la idea sugerida.

A la segunda: El origen de la materia puede que no sea ninguno. Explicaré este acertijo. Es muy discutible el concepto de materia si ahondamos en un sentido científico y filosófico. En efecto, la más dura roca, el trozo de materia más sólida que podamos percibir por medio de nuestros sentidos no es en última esencia sino un conglomerado de moléculas y éstas a su vez un agregado de átomos de diferentes cuerpos simples. Ahora bien, sabemos que el átomo en sí, en su infinita pequeñez que le hace imperceptible hasta con los más poderosos aumentos microscópicos, no es sino una estructura ¿material? constituida por un ion a cuyo alrededor giran (concéntricamente según se tenía entendido, irregularmente según pretende Bohr) los electrones, que parecen ser ultramicropartículas cargadas de electricidad negativa y hay quien afirma que ínfimas *cargas eléctricas sin masa material alguna*. Vea, pues, que lo que queda de materia es algo confuso y que su origen pudo ser la energía misma universal ya que según la noción física, la materia no es sino la condensación o manifestación de la energía.

A la tercera: La Teosofía, etimológicamente, quiere decir Sabiduría de los dioses, y es una escuela filosófico-científica que tiene como objetivo principal el estudio comparado de las diversas religiones para buscar el origen común de todas ellas o su fondo perdido o desvirtuado por los hombres, al mismo tiempo que estudia las leves y poderes de la Naturaleza y que fomenta el establecimiento de una gran Hermandad de todos los humanos sin distinción de credo, casta ni color. Escuela admirable y filosofía digna de un estudio concienzudo y científico. Esto es la Teosofía, concepto bien lejano

sin duda de la noción vulgar que de esta disciplina se tiene por algunos.

PREGUNTA: *¿Se puede crear en el hombre o en la mujer, mediante algún preparado científico, un estado de simpatía o antipatía hacia otra persona.—J. A.*

RESPUESTA: No, señor. Los filtros de amor y los bebedizos embrujados de los cuentos de niños que al tomarlos se siente uno enamorado o lleno de odio, no existen. La sugestión ha podido crear en ocasiones resultados que han podido ser atribuidos al preparado, pero no hay tal. Es una superstición más, sin fundamento, como tantas otras.

PREGUNTA: *Si la función crea al órgano ¿por qué la vista cuanto más se aplica más pronto se agota?—Un lector.*

RESPUESTA: Hay modo en las cosas, que dice el latino aforismo. En efecto, la función crea el órgano. Los peces ciegos que se han hallado en aguas de algunas grutas donde jamás llegaba un rayo de luz han podido en sucesivas generaciones en que se los ha hecho vivir en medios progresivamente más iluminados llegar a tener una vista, desarrollando sus ojos que antes tenían completamente atrofiados. Por la misma razón se hipertrofia los músculos con el ejercicio o se atrofian con la inactividad. Pero eso dentro de ciertos límites. Para el músculo, que el ejercicio desarrolla, un exceso de actividad acaba por perturbar su función e intoxicándole por la exagerada producción de venenos (que se producen en toda contracción muscular), no dándole tiempo a nutrirse ni al necesario reposo ineludible a todo elemento vivo, llega a dejarlo inútil.

Otro tanto sucede con la vista. Un ejercicio moderado la desarrolla y beneficia en tanto que un exceso de actividad, sobre todo en condiciones de deficiente higiene, congestiona la retina, enerva el nervio óptico y acaba por actuar perniciosamente sobre los centros de la visión. En resumen: La falta de actividad acaba por suprimir

la función y debilita o atrofia al órgano que la ejerce; un ejercicio metódico con los prudentes lapsos de reposo lo desarrolla y un exceso de función acaba por hacer defectuoso su cumplimiento y enerva al órgano que la verifica.

PREGUNTA: *¿Tiene cura un invertido sexual de 23 años?—F. Sabater.*

RESPUESTA: Si desea curarse y siente deseos de regeneración seguramente que sí, a menos que su organismo tenga tal desviación de sus características y bondades perturbaciones endocrinas que lo impidan.

El tratamiento principal ha de ser psíquico o mental y muy preferentemente hipnoeducación, es decir, el inculcarle mediante las sugestion adecuadas los principios de normalidad sexual.

PREGUNTA: De don Amadeo Pérez.

RESPUESTA: Pero ¿es posible que crea usted en esas cosas?

PREGUNTA: *¿Qué es necesario para titularse profesor de cultura física y cómo podría yo, sin ser médico, escribir un libro de gimnasia?—I. P.*

RESPUESTA: Debe usted primero hacer los estudios necesarios y en cuanto a escribir el libro hay dos caminos: o bien documentarse pacientemente (a fin de no cometer errores en la exposición o en los detalles técnicos) o bien buscar la colaboración científica de un médico enterado de estos menesteres.

Preguntantes cuyas preguntas ya han sido contestadas en otros números de ESTUDIOS: Señores Alsina, Un platónico, P. Meliá, M. Navarro y Marcelino Lledó.

Precisan cuestionario las de los señores: J. C. Soler, Claudio Guillem, Tomás Mariñas, Jesús Gracia, Juan Ariño, Isidoro Albarrategui, Francisco Haro, Manuel Haro, Luis Martín, Indalecio Crespo y F. F.

SEBASTIAN ROCH

(La Educación Jesuítica)

Por Octavio Mirbeau

Hacia muchos años que esta célebre obra estaba agotada, siendo muy difícil encontrar un solo ejemplar. La actuación solapada, tenaz, de los negros hijos de Loyola había casi conseguido hacerla desaparecer. Y es natural que su interés fuera el borrarla, a ser posible hasta de la memoria de los hombres, porque en ella, con la maestría que le era peculiar, la pluma genial de Mirbeau fustiga duramente al espíritu rastrero, hipócrita y falsario que informa la enseñanza confiada a estas nefastas milicias negras.

Hoy se halla nuevamente este valioso libro a disposición de todos los hombres de espíritu libre, y los que tengan el buen gusto de leerlo saborearán, a la par que una hermosa novela sugestiva e interesantísima, una obra maestra aleccionadora y muy útil.

Precio, 2 Ptas.; encuadernada en tela, 3'50.

SECRETOS DEL CONVENTO

Por Sor María Ana de Gracia

Este interesantísimo y sugestivo libro se debe a una mujer sincera y valiente que, desafiando el peligro, y obedeciendo únicamente a los dictados de su conciencia limpia y pura, revela con toda franqueza las torturas de su corazón, mostrando a la faz del mundo las intrigas, las insidias e infamias que ocultan los muros de esos antros de oscurantismo.

Como ella, miles de mujeres, llevadas por el fervor de un amor místico engañoso, sufren en silencio dentro de esas cárceles sombrías, baldón ignominioso de nuestro siglo, creadas por especuladores de negra conciencia al calor de una doctrina cuya esencia es toda amor y bondad.

Este libro es todo verdad y nobleza. Léedlo y dadlo a leer a esas infelices jóvenes tocadas de misticismo, víctimas propiciatorias de la araña clerical.

Precio, 2 Ptas.; encuadernado en tela, 3'50.

Bibliografía

A MULHER E UMA DEGENERADA, por María Lacerda de Moura. Civilização Brasileira, Editora. Río de Janeiro.

La afirmación del psiquiatra Miguel Bombarda de que la mujer es una degenerada, sirve de base a María Lacerda para escribir este magnífico libro.

Como todo libro de polémica, singularmente cuando está concebido por una mentalidad de primer orden como en este caso concreto, desde las primeras páginas se apodera del lector un encanto y un interés extraordinarios. Asombra la luminosidad del pensamiento de la autora, su dominio del tema, su enorme preparación y la valentía con que arremete contra todos los prejuicios y contra el vulgo letrado e iletrado.

María Lacerda, creemos haberlo dicho en otra ocasión, no sólo es una luchadora de nervio sino una mujer de una cultura nada común y una escritora que une a un estilo terso y bello una profundidad de pensamiento poco corriente.

En este libro, la gran ensayista se ha superado a sí misma. Libro bravo, audaz, pleno de erudición, constelado de ideas de primera categoría. Nunca se enfocó el problema de la emancipación femenina con más vigor ni con más consciencia. No hay un solo aspecto de la interesantísima cuestión que deje de ser examinado detenidamente y con toda suficiencia. Miguel Bombarda, cuyas teorías absurdas se hacen polvo en esta crítica implacable de María Lacerda, ha encontrado una contendora de talla y de solvencia y su afirmación, que tanto humilla a todas las mujeres, ha quedado deshecha al mismo tiempo que se ha destacado a toda luz su absoluta inanidad. Esto sólo sería un mérito más que suficiente para realzar la valía de un libro. Y los que corozcan el modo de escribir de la ilustre escritora brasileña, saben que no es este su mérito mayor.

LAS CONFESIONES, por J. Jacobo Rousseau. Editorial Maucci. Barcelona.

Siempre resulta interesante conocer cómo han vivido, cómo se han educado y cómo han luchado, los hombres que han dejado de su paso por la vida una huella más o menos profunda. Se desprende de ello una lección provechosa. O una serie de lecciones. No porque debemos imitar. Sino porque en los dolores, en los aciertos y en los desaciertos de quienes antes que nosotros lucharon y se desarrollaron, debemos aprender a tener el suficiente tesón para perseverar siempre en el camino emprendido en tanto estemos persuadidos de su bondad, y a evitar errores.

Las Confesiones, de Rousseau, unen al interés que ofrece la vida de todo grande hombre, el mérito de estar escritas por una de las mejores plumas, quizá la mejor, del siglo XVIII, y su acento de sinceridad.

No sólo se puede apreciar en esta obra la vida y el carácter de su autor, sino que, además, el lector penetra en los más diversos ambientes y traba conocimiento con

numerosos tipos de un mérito destacado en la literatura de la época, en la política, y en lo que se ha dado en llamar vida de sociedad.

A veces el autor incurre en puerilidades deliciosas, pero en todo momento nos hallamos ante el escritor de fuerza y el hombre sincero que no se cuida de atenuar sus errores ni de dar apariencias de virtud a sus vicios.

Por todo esto, esta obra debe ser conocida. Se lee con el interés y el provecho que se desprende de todos los escritos de este singular escritor. Con la particularidad de que no es lo que se lee un producto de la imaginación del escritor, sino su propia vida, dolorosa y heroica.

SEBASTIAN ROCH (*La educación jesuítica*), por Octavio Mirbeau. Editorial ESTUDIOS. Valencia.

Las obras de Mirbeau serán siempre leídas con un interés extraordinario. No era este escritor de los que escriben por escribir. Cada vez que tomaba la pluma era para desnudar a la estúpida sociedad en que vivimos, para poner al desnudo sus lacras y sus vicios. Y no por eso dejan de atesorar sus libros, humanos y dolorosos, raudales de belleza.

En *Sebastián Roch*, describe con una maestría muy suya, la vida en un colegio de jesuitas. La deformación de la juventud confiada a los buenos oficios del jesuitismo; los vicios que en esos centros se propagan y cultivan, la profunda hipocresía de los continuadores de la obra de Ignacio de Loyola; todo lo que de nefasto tiene para la sociedad y para el individuo la actuación de los que laboran *ad majorem Dei gloriam*, destaca en esta magnífica novela.

Está bien tratado el asunto, ocioso es decirlo, pero no es sólo el asunto lo que avalora esta obra. Es que como novela es algo valioso y bien logrado. Tipos mirablemente dibujados. Descripciones de una belleza y una realidad insuperables; trama bien urdida y bien desarrollada. Emoción. Interés. Variedad de motivos. Riqueza de matices. Y todo ello, prestigiado por el estilo vigoroso, preciso y bello de Mirbeau.

Merece esta obra ser divulgada. A pesar de su valía y de haberse editado en español hace ya años, no se conoce cuanto debiera conocerse, especialmente por la labor que para que no se conociera realizaron siempre, a cara descubierta o embozadamente, los beatíficos nietos de San Ignacio.

LA GUINEA INCOGNITA (*Vergüenza y escándalo colonial*), por Francisco Madrid. Editorial España. Madrid.

Hemos leído con creciente interés este interesantísimo reportaje, y su lectura nos ha sumido en hondas meditaciones, unas veces. Otras, nos ha emocionado. Y otras, las más, hemos sentido rugir en nuestro pecho una gran indignación.

Lo que ocurre en la Guinea española y que F. Ma-

drid relata sin ambages y con primor en este libro, es sencillamente ignominioso. No se puede permanecer impasible después de conocer esto. Allá todo se encuentra sumido en el mayor abandono. Sanidad. Comunicaciones. Enseñanza. Trabajo. Administración. Se hace almoneda de negros. La esclavitud impera de hecho. Se emplea el látigo como procedimiento persuasivo para obligar al indígena a trabajar al servicio del blanco. Negocian y se apoderan de todo lo que da algún rendimiento, las Misiones.

Esto es lo que, en síntesis, viene a demostrar este nuevo libro de F. Madrid. Libro valiente, sincero, verídico, escrito con gran soltura, en un estilo pulcro y brillante e inspirado en un noble propósito.

ORIGEN Y DESARROLLO DEL TRABAJO HUMANO, por Jorge Fr. Nicolai. Editorial ESTUDIOS. Valencia.

No conocíamos ningún estudio acerca del trabajo humano que en menos palabras dijera más que este del profesor Nicolai que tenemos a la vista.

Conocida es la autoridad científica de este hombre inquieto, todo actividad, siempre laborando por la dignificación humana y prestando a los problemas más vitales las luces de su claro talento y de su enorme preparación científica.

En esta monografía que acaba de editarse en España, el lector hallará, no sólo una interpretación fiel y lógica del trabajo como elemento de progreso y como factor educativo del hombre, sino que al mismo tiempo encuentra deducciones y sugerencias que le hacen entrever lo que ha de ser, según todas las apariencias, la Humanidad de un futuro muy próximo, cuando transformados los actuales métodos de organización del trabajo y de aprovechamiento y distribución de sus frutos, el hombre se liberte de la esclavitud que supone la lucha tenaz por el alimento diario y pueda entregarse con entera libertad y desembarazo a aquellas actividades para las cuales se sienta con vocación y aptitud en tanto que la máquina, que no ha dado ni de mucho, cuanto puede y debe dar, se encarga de proporcionarnos con una discreta vigilancia por nuestra parte, cuanto nos sea necesario para vivir al abrigo de toda preocupación y sin que nos falte nada de lo necesario.

Lamentamos no poder dedicar a este interesante estudio un comentario extenso que, por otra parte, no creemos necesario. El lector deducirá del estudio directo del libro conclusiones muy parecidas a las nuestras y tendrán el mérito de haberlas deducido él mismo.

De todos modos recomendamos la difusión y estudio detenido de esta obra, de un valor sociológico y humano verdaderamente grande.

UN JUGADOR, por Fedor Dostoievsky. Editorial Maucci. Barcelona.

La literatura de Dostoievsky, muy conocida en España, no necesita nuestros elogios. Cualquiera que haya leído una sola obra del genial novelista, habrá conservado de ella una impresión imborrable, por escasa que sea su sensibilidad.

Sin embargo, al dar la noticia de esta nueva edición de *Un Jugador*, forzoso es que digamos que en esta novela se pueden apreciar las características principales del gran escritor. hondura en el análisis psicológico de los tipos. Admirable dibujo de caracteres. Emotividad. Patetismo. Grandeza de concepción. Singular dominio de la materia que trata.

Quien no haya tenido aún la suerte de leer nada de

este escritor admirable, hallará en esta obra una verdadera obra de arte y un cacho de realidad viva revelado con un singular acierto y un calor de humanidad insuperable. Quienes conozcan otras obras suyas, encontrarán en ésta un fruto más, bien logrado, de su privilegiado talento y de sus dotes maravillosas de novelista.

SOCIALISMO, SINDICALISMO, ANARQUISMO. Editorial ESTUDIOS. Valencia.

Otro folleto de la colección «Ayer, hoy y mañanas», en el cual se mantiene el interés que esta colección ha despertado en cuantos la conocen.

El Socialismo, el Sindicalismo y el Anarquismo, están estudiados de un modo sintético y preciso en este volumen, a través de individuos como Bakunín, Bovio, Cornelissen, Kautsky, Merlino, Kropotkin, Reclus, Paut Gilie y otros de parecida valía en el mundo de la filosofía, de la sociología, de la ciencia y de las letras.

Estos folletos, si bien no bastan para hacerse una preparación sólida en materia política y social, sí sirven para iniciar al individuo en estudios más serios y extensos y para dar una idea acerca de lo que sobre todos los aspectos de la sociología, la economía y la política, han dicho los hombres más destacados. De ahí precisamente su mérito.

LE NORME DELLO SPIRITO RICOSTRUITIVO, por Gastón Leval.

El aspecto constructivo del anarquismo, tan necesario hoy, es lo que sirve de tema en este interesante folleto a nuestro amigo Leval.

La tesis está bien tratada y el trabajo muy bien concebido y escrito con la pericia que es peculiar en nuestro camarada.

Este trabajo se publicó en castellano en estas mismas páginas de ESTUDIOS, antes de aparecer este folleto. Nuestros lectores lo conocen con toda seguridad y ello nos releva de hacer más extensa esta nota.

EN TORNO AL PROBLEMA DE LA PROSTITUCION, por Luis Huerta. Ediciones de la *Gaceta Médica Española*. Madrid.

Conocida es la valía auténtica del profesor Luis Huerta como ensayista y como escritor. Nosotros que siempre le leemos con deleite y provecho, no hallamos palabras bastante expresivas para dar una idea de la estima en que le tenemos y de la admiración que nos inspira. Pero sí podemos decir, como nuestra pobreza de expresiones lo permita, lo que pensamos de este nuevo ensayo que, como todos los suyos, es una verdadera obra de enjundia y valentía.

El problema de la prostitución está estudiado en este ensayo con todo rigor científico y con esa elegancia de forma y esa nobleza de fondo a que Luis Huerta nos tiene acostumbrados. Y, además, con una erudición asombrosa y con un dominio del tema, admirable.

Eso es, en pocas palabras, este ensayo que la *Gaceta Médica Española* ha tenido el acierto y el buen gusto de editar. Reciba nuestro querido amigo en esta nota, el sincero homenaje de nuestra simpatía al mismo tiempo que nuestra modesta felicitación.

H. N. R.

Una página maestra

De la igualdad

Proudhon

«Es cierto —dice Jobard— que si hubiésemos aprendido a amoldar nuestras instituciones a las leyes que rigen el Universo, no nos hubiéramos equivocado tan torpemente como lo hemos hecho muchas veces; por ejemplo, tomando la *igualdad* como ley natural, cuando la Providencia ha cuidado mucho de escribir al frente de cada página de su gran Biblia: *desigualdad, desigualdad* en todo y para todo. Tanto empeño parece que ha tenido en librarnos de ese calamitoso error.»

Yo preguntaría a Jobard:

—¿Cuándo ha visto usted la desigualdad en la Naturaleza, sino como una *anomalía*?

Todo es variable, irregular, inconstante, desigual en el Universo: éste es el hecho tosco advertido a primera vista. Pero esta variabilidad, esta anomalía, esta inconstancia, esta desigualdad, en fin, está encerrada en muy estrechos límites, que le impone una ley superior, que es la igualdad.

Iguales son los días del año, iguales los años; las revoluciones de la luna variable, en un cierto límite variables, se someten a la igualdad. La legislación de los mundos es una legislación igualitaria.

Descendamos a nuestro globo: la cantidad de agua que cae anualmente en cada país, ¿no es sensiblemente igual? ¿Hay nada más variable que la temperatura? Sin embargo, en invierno, lo mismo que en verano, de día como de noche, la igualdad es su ley. La igualdad gobierna el Océano: el flujo y reflujo marchan con la regularidad del péndulo. Observad los animales y las plantas en su respectiva especie y en todos encontraréis la ley de la igualdad por encima de las pequeñas variaciones causadas por influencias exteriores.

La desigualdad, pues, no tiene sus raíces en la esencia de las cosas, en su contextura íntima, sino en el medio en que están. Quitad esta influencia del corazón y todo queda en la más absoluta igualdad. La hoja es enteramente igual a la hoja, la flor a la flor, el individuo al individuo. El mundo ha sido hecho con «número, peso y medida»; todo lo que contiene está pesado en la balanza, es decir, sometido a la igualdad. ¿Podéis encontrar un hecho, un solo hecho, cuya ley no esté formada por una *concordancia*, por una *simetría*, por una *armonía*, por una *ecuación*, por un *equilibrio*, en una palabra, cuya ley no sea la *igualdad*? Existe un orden de conocimientos creado a priori que por una admirable conformidad rige a la vez los fenómenos de la Naturaleza y los de la humanidad: son las matemáticas. Y las matemáticas, ¿son otra cosa que la ciencia de la igualdad «en todo y para todo», como dice Jobard? Ninguna industria sabría fabricar una esfera perfecta; ¿quiere decir esto que no puede afirmarse la igualdad en todos los radios de la esfera? La bola impulsada por la mano del jugador, ¿cumpliría su objeto si estuviese construída según el principio de desigualdad?

	En rústica	En tela	Ptas.
Palabras de un rebelde, por Kropotkín...	1'50	3	
Cuentos de Italia, por Máximo Gorki ...	2	3'50	
Anissia, por León Tolstoi ...	3	4'50	
Problemas trascendentales, por Tárvida del Mármol ...	1'10		
La transformación social de Rusia. Cómo se forja un mundo nuevo, por Máximo Gorki ...	2	3'50	
¿Qué hacer?, por León Tolstoi ...	2	3'50	
La educación según la Naturaleza, por Daniel L. Coello ...	4		
Poetas y literatos franceses, por Pedro R. Piller (Gastón Leval) ...	3		
Infancia en cruz, por Pedro R. Piller (Gastón Leval) ...	3	4'50	
La esfinge roja, por Han Ryner ...	3	4'50	
¡También América!, por Campio Carpio ...	4		
La montaña, por Eliseo Reclus ...	2	3'50	
El arroyo, por Eliseo Reclus ...	2	3'50	
Evolución y revolución, por Eliseo Reclus ...	1'50	3	
El calvario, por Octavio Mirbeau ...	2	3'50	
El imperio de la muerte, por Vladimiro Korolenko ...	2	3'50	
El dolor universal, por Sebastián Faure ...	3	4'50	
La Etica, la Revolución y el Estado, por Pedro Kropotkín ...	2	3'50	
Los hermanos Karamazow, por Fedor Dostoiewski. Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía y más de 350 páginas ...	3	4'50	
La vida trágica de los trabajadores, por el doctor Feydoux ...	3'50	5	
Ideario, por Enrique Malatesta. Un tomo de 224 páginas ...	2	3'50	
Crítica revolucionaria, por Luis Fabbyi ...	2	3'50	
Ideología y táctica del proletariado moderno, por Rudolf Rocker ...	3	4'50	
Los cardos del Baragán, por Panait Istrati ...	2	3'50	
La Religión al alcance de todos, por R. H. de Ibarreta ...	2	3'50	
Las ruinas de Palmira, por el Conde de Volney ...	2	3'50	
La Internacional Pacifista, por Eugen Relgis ...	1		
Albores, por Albano Rosell ...	3	4'50	
Problemas económicos de la revolución social española, por Gastón Leval ...	3	4'50	
La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico, por Pierre Ramus ...	3'50		
La Inquisición en España (ilustrada con diecinueve láminas) ...	1		
El sacrilego, por José Sampérez Janín ...	5		
Secretos del Convento, por Sor María Ana de Gracia ...	2	3'50	
Sebastián Roch (La Educación jesuítica), Octavio Mirbeau ...	2	3'50	

FOLLETOS FILOSOFICOS Y SOCIALES

	Ptas.
La bancarrota del capitalismo, D. A. Santillán...	1
Origen y desarrollo del trabajo humano, por el profesor G. F. Nicolai ...	1
Rusia actual y futura, por el profesor G. F. Nicolai ...	1
Los principios humanitaristas, por Eugen Relgis ...	0'30
La propiedad de la tierra, por León Tolstoi ...	0'30
La Iglesia y la libertad, por Loturot-Desgranges ...	0'40
La prostitución, por Emma Goldmann ...	0'25
La lucha por el pan, por Rudolf Rocker ...	0'50
La libertad y la nueva Constitución española, por Higinio Noja Ruiz ...	0'30

El militarismo y la guerra ...	0'25
La fabricación de armas de guerra, por Rudolf Rocker ...	0'30
Huelga de vientres, por Luis Bullfi ...	0'25
Las fealdades de la Religión, por Han Ryner ...	0'50
Generación voluntaria, por Paul Robin ...	0'25
¿Maravilloso el instinto de los insectos?, ...	0'30
Feminismo y sexualidad, por Julio A. Munárriz ...	0'50
Superpoblación y miseria, por Eugenio Lericolais ...	0'40
La virginidad estancada, por Hope Clare ...	0'20
El mareo, por Alejandro Krupin ...	0'50
La tragedia de la emancipación femenina, por Emma Goldmann ...	0'20
Entre campesinos, por E. Malatesta ...	0'35
La filosofía de Ibsen, por Han Ryner ...	0'25
¿Qué es el comunismo libertario?, por Ramón Segarra ...	0'50
El comunismo libertario (Sus posibilidades de realización en España), por Isaac Puente ...	0'40
Maternología y puericultura, por Margarita Nelken ...	0'25
Amor y matrimonio, por Emma Goldman ...	0'30
El matrimonio, por Elías Reclus ...	0'30
La libertad, por Sebastián Faure ...	0'30
El sindicalismo, por Anselmo Lorenzo ...	0'30
El sindicalismo revolucionario, por V. Gri-fuelhes ...	0'30
El problema de la tierra, por Henry George ...	0'30
Educación revolucionaria, por C. Cornelissen ...	0'30
Estudios sobre el amor, por José Ingenieros. Segunda edición ...	0'75
El subjetivismo, por Han Ryner ...	1
Juana de Arco, sacrificada por la Iglesia, por Han Ryner ...	0'60
Crainquebille, por Anatole France ...	0'50
La muerte de Oliverio Becaille, por Emilio Zola ...	0'50
Luz de domingo, por Ramón Pérez de Ayala ...	0'50
Infanticida, por Joaquín Dicenta ...	0'50
Urania, por Camilo Flammarion ...	0'50

Colección «Ayer, hoy y mañana»

Estos folletos, magníficamente presentados, constituyen una pequeña enciclopedia de gran valor cultural, pues el tema de cada uno de ellos lo forman opiniones cuidadosamente seleccionadas de las figuras más destacadas de la intelectualidad mundial. Van publicados los siguientes:

Pobres y ricos ...	0'30
La política y los políticos ...	0'30
Democracia, sufragio y parlamentarismo ...	0'30
Periódicos y periodistas ...	0'30
Capital, dinero y trabajo ...	0'30
La guerra ...	0'30
La sociedad actual ...	0'30
Criminales, leyes y juzgadores ...	0'30

CORRESPONSALES ADMINISTRATIVOS DE «ESTUDIOS»

Barcelona.—Unión de Quiosqueros: Barbará, 12.
Madrid.—Agencia de Distribución: Moratín, 49.
Sevilla.—José Romero Luquez: Reyes Católicos; Nuevo Quiosco.
Granada.—Manuel Laguna: Zenete, 15.
Buenos Aires (Argentina).—Fermín Cortés: Uspallata, número 1.757.
Rosario Santa Fe (Argentina).—J. Emilio Núñez: 9 de Julio, núm. 826.
Montevideo (Uruguay).—Emilio Huerta: Maldonado, número 1.051.
Camagüey (Cuba).—Manuel Gaona: Lanceros, 17.

Medios para evitar el embarazo

Por el Dr. G. HARDY

PRECIO:

En rústica:
3'50 ptas.
Encuadrado en tela:
5 ptas.

Obra utilísima, ampliamente documentada e ilustrada con 39 grabados en el texto, detallando los más modernos y perfectos procedimientos científicos para evitar la concepción no deseada, y los medios anticoncepcionales más eficaces y seguros.—Primera edición española autorizada por el autor, notablemente corregida y puesta al día.—Libro de utilidad excepcional, importantísimo.—Indispensable en todos los hogares cuyos cónyuges deseen orientarse en sus relaciones sexuales para una procreación consciente y limitada, a completa voluntad suya, tanto del hombre como de la mujer.—Esta obra ha merecido los honores de los más duros ataques de la mojigatería francesa, y los más sinceros elogios de los hombres científicos de espíritu libre, médicos, abogados, escritores, artistas, etcétera, habiéndose vendido numerosas ediciones en Francia.

Consultorio Médico de ESTUDIOS

Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Ex interno de la Facultad de Madrid
Académico corresponsal de la Academia de Medicina de Barcelona

Ex médico de la Cruz Roja

Electricidad médica, Diatermia, Fototerapia,
Rayos X, etc.

Consultas (muy reservadas) por correspondencia.
Descuentos especiales en consultas y tratamientos
a los lectores, enviando el cupón.
Pedid cuestionario.

CONSULTA EN VALENCIA:

Calle del Conde de Salvatierra, 19, de 9 a 1

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEÓPATA

Fuente Dorada, 7, pral. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídase «Cuestionario de preguntas», adjuntando el franqueo para la contestación.

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará tres pesetas en la primera consulta, y una peseta en las sucesivas.

Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 por 100 en la primera consulta, y el 25 por 100 en las sucesivas.

ESTUDIOS

CUPON CONSULTA

Núm. 122.—Octubre 1933

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.